

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 9 - 15 diciembre 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 419

NO HAY FRONTERAS PARA LOS NIÑOS HUNGAROS

UN HOGAR
ABIERTO EN
CUALQUIER
PARTE DE
LA TIERRA

EL UNICO
PATRIMONIO
DE LOS
FUGITIVOS:
SUS HIJOS



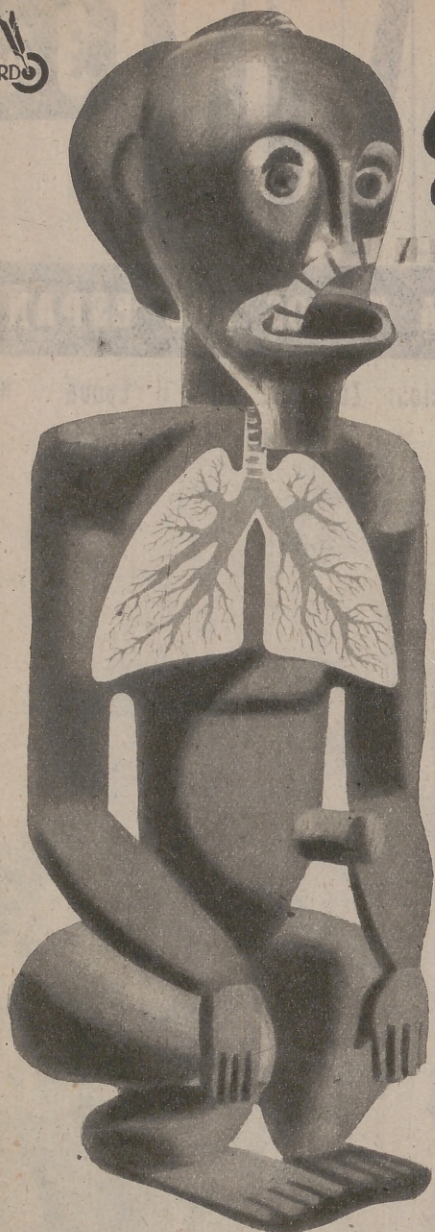
MISTERIO EN TORNO AL CASO DE LAS VIUDAS DE EASTBOURNE

Por Pedro MARIO HERRERO (Pág. 25.)

LA INFORMACION, LA VIDA Y LA ESCUELA (Pág. 9). ● Cuatro vidas paralelas (Pág. 13). ● Los países en la ruta del cabo de Buena Esperanza (Pág. 17). ● Doscientos equipos en el Documento Nacional de Identidad (Pág. 28). ● Huercal-Overa, tierra de sorpresas (Pág. 32). ● Semblanzas de mis recuerdos, por Bertrand Russel (Pág. 46). ● Entrevista con Villar Palasi (Pág. 51). ● Carta blanca a Ivan Serow (Pág. 59)



Estornudos



No se estornuda sólo ahora. El estornudo no es un producto de la civilización. Estornudan los salvajes y los más rudimentarios seres humanos.

Lo que sí puede considerarse como resultado de los progresos del mundo son los remedios aplicables a las enfermedades de las que el estornudo es el síntoma principal: enfriamientos, constipados, etc. Impedir que el simple e inocente estornudo tenga consecuencias graves es la misión profiláctica de los antisépticos y balsámicos broncopulmonares.

**ANTISEPTICO
BRONCO-PULMONAR**

Su médico le confirmará que un buen balsámico es el mejor coadyuvante de los antibióticos



EUBRONQUIOL

AFECCIONES DE LAS VIAS RESPIRATORIAS

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID



El éxodo a través de la nieve y los bosques

NO HAY FRONTERAS PARA LOS NIÑOS HUNGAROS

UN HOGAR ABIERTO en CUALQUIER PARTE DE LA TIERRA

EL UNICO PATRIMONIO DE LOS FUGITIVOS: SUS HIJOS

EN el jardín de una pequeña villa en Budapest un cañón ruso acaba de ser instalado. Los niños de la casa, con los ojos muy abiertos, ven desde la ventana, por los destrozados cristales, cómo descienden los soldados rusos.

—Vamos, Peter.

Marika se siente madre. Tiene sólo trece años. Es morena, delgada, de ojos vivos e inteligentes.

El hermano, de apenas ocho años, tiene miedo.

—¿A dónde vamos...?

—No preguntes, Ven.

Los padres están fuera. Hace días que nada se sabe de ellos. El padre combate en las calles. La madre ha colgado del hombro un inmenso bolso en el que transporta un pan negruzco, el

único que se puede conseguir, y algunos pedazos de queso. Hace de enlace entre puesto y puesto; socorre a los heridos de la calle. Ayuda a transportarlos. Ella, como tantas y tantas mujeres, ha abandonado la casa y los hijos para mejor defenderlos.

Marika sabe que a partir de este momento cae sobre ella toda la responsabilidad. Siente que debe salvar a su hermanito pequeño. No importa que sus padres no estén aquí. Ya sabrán encontrarles si salen con vida. El caso es salvar a Peter.

—Vamos, ponte el abrigo. Un

El niño, protagonista siempre de la huida



COMIENZA LA AVEN- TURA

Los chicos han hecho un hatillo minúsculo. Un poco de pan y unos cuantos recuerdos. Por la parte trasera de la casa escapan. No hay soldados por los alrededores. Nadie les pregunta nada. La terrible aventura empieza para los dos chiquillos. Solos, guiados por el instinto los dos hermanos atraviesan la ciudad en ruinas, salen de ella sin siquiera pensar en algún vehículo. No tienen dinero ni confianza en nadie.

Huyen. La hermana mayor es prudente y no quiere arriesgarse. Después de avanzar toda la noche con sumo cuidado para no ser vistos por los tanques y las patrullas rusas, al hacerse de día ordena a su hermano tenderse en el suelo. «Hay que llegar a la frontera como sea.»

Todo aquel primer día de huida fué un continuo sobresalto. Doce larguísimas horas tendidos en tierra estuvieron los dos hermanos estremeciéndose al menor ruido que pudiera parecer sospechoso. Por toda comida un poco de pan y algo de queso. El chico tiene hambre.

—No. No puede ser mas.

Quién sabe en realidad el tiempo, los días que han de tardar hasta alcanzar la frontera. Quién sabe también si la podrán atravesar.

El niño se siente hombre.

—Ya lo creo que podremos pasar, Marika.

De un modo emocionante los dos niños hacen por aparecer fuertes ante el otro. Y mutuamente se protegen y animan.

De noche vuelven a avanzar entre la nieve y el barro, aguantando a duras penas la intolerable humedad. A veces sorprenden largas filas de sombras que como ellos se ocultan. Se suman al convoy durante un rato. Al llegar el día abandonan a sus acotipañantes.

Marika no quiere por un solo momento dejar de ser prudente. «Si le pasara algo a Peter.»

Y uno a otro se ocultan la pregunta angustiada que se hacen interiormente. «¿Qué habrá sido de ellos?»

La familia, la casa con jardín en un barrio residencial de Budapest, la escuela, los compañeros, los amigos, todo lo habían perdido quizá para siempre, el día en que arrastrándose casi sin aliento, conteniendo a duras penas la emoción, los dos niños húngaros cruzaron la frontera.

MILES DE HISTORIAS

Pero esto no es sino una, una sola entre las muchas historias inocentes de las más trágicas aventuras que pueda alguna vez haber ocurrido a la infancia.

Mientras los padres luchaban, mientras las madres actuaban de enfermeras o de enlaces, o quizá también empuñaban el fusil de algún patriota caído, los niños húngaros han sido heroicos protagonistas de mil trágicas historias.

No ya la terrible hazaña de lanzar botellas de gasolina hasta aniquilar tanques rusos, para luego caer bajo el fuego bolchevique, sino hazañas calladas, que requie-



En la frontera austrohúngara, una familia, llevando encima lo poco que pudieron salvar de su hogar destruido, espera su traslado a algún campo de socorro

jersey solo, no; dos, tres, toda la ropa que puedas.

La chiquilla sabe que van a pasar hambre y frío. Y el hambre y el horror hacen siempre parecer el frío mucho más intenso. Ayuda a su hermano a llarse la inmensa bufanda. Sobre una me-

sa fabrica unos gruesos carteles de identificación. Cuelga uno al cuello de su hermano. Ella se coloca también el otro.

Es cuestión de minutos. En el jardín los soldados rusos siguen disparando. La fachada delantera de la casa es una pura ruina.



Para estos niños húngaros, la cena y las golosinas que se les ofrecen en el avión, camino de Suiza, resultan algo verdaderamente excepcional

ren una astucia superior con mucho a la que se supone a pequeños que no alcanzan los diez años de edad.

En el caso que hemos relatado Marika y Peter llegaron hasta la ciudad italiana de Biella, donde fueron acogidos por la familia también húngara de Laszlo Balogh, residente desde hace años en esta ciudad.

Los pequeños ocultan celosamente sus apellidos, siempre teniendo en cuenta a los familiares que quedaron atrás.

Y éste es el común denominador de tantas y tantas historias. Los apellidos se ocultan, los nombres no se dicen cuando se piensa en las represalias que los soviets pueden tomar en los que quedaron en el infierno.

A TRAVÉS DE LOS CAMPOS DE MINAS

En los primeros días del éxodo pasar la frontera resultaba relativamente fácil.

Más tarde aumentaron las dificultades, pero aun así y todo los rusos no podían impedir que convoyes numerosísimos se pusieran a salvo.

Pero ocurre que la furia bolchevique siempre tiene algo más terrible aún que inventar. Siempre algo más terrible. Entonces idearon establecer una línea de campos de minas a corta distancia de la frontera.

Eran los niños los que mejor se las ingenjaban para salir con vida de esta trampa ignominiosa. Sus cuerpos ágiles y leves pasaban con facilidad. Una familia compuesta por cinco miembros al empezar a pasar un campo de minas quedó al final del terrible paso reducida a tres de sus miembros: los niños únicamente. ¿Quién puede imaginar el miedo y el horror de estos pequeños que vieron saltar en el aire los cuerpos de los suyos hechos pedazos y que aún debieron valientemente seguir adelante?

La huida en general se hacía hacia Austria. Y Austria, país pobre, con más de seis millones de habitantes, se ha visto de repente obligada a atender a más de 60.000 refugiados.

Campos de concentración abandonados fueron desde los primeros momentos, en los trágicos últimos días de octubre y primeros de noviembre, acondicionados por la Cruz Roja... En el suelo, sobre la paja, se preparan colchonetas, mantas... Y los grupos de fugitivos van llegando. Son, sobre todo, niños y mujeres. Madres con niños, niños solos con su cartel de identificación.

Solamente en Triaskirchen, Austria ha visto llegar más de 4.000 refugiados.

VIDA EN TRIASKIRCHEN: ARTÍCULO DE LUJO, ¡EL JABÓN!

Alrededor del campo los niños curiosean lo que a su parecer es más principal: las cocinas. Grandes cocinas con ruedas que distribuyen café, pan, sopa y queso a los que los necesitaban.

Los primeros días en Triaskirchen el tráfico era incesante. Nuevos y nuevos grupos iban haciendo su aparición en el campo. Pero también austriacos venidos



En el campo de Triskirchen se multiplican las escenas como ésta



París recibe a un grupo de refugiados húngaros. Algunos compatriotas acudieron a recibirlos ataviados con el traje nacional de su país

de todos los puntos de Austria se aprestaban a procurar un socorro a sus desgraciados hermanos.

Las escenas que en Triaskirchen se han visto han sido de verdad conmovedoras. Cuando una muchacha de la Cruz Roja penetró en el campo con un «jeep» cargado de naranjas y plátanos y empezó a repartirlas entre la población menuda, ¡hubo que ver las caras de la chiquillería que no había comido ni visto ni siquiera en su vida semejante cosa!

La situación de estas pobres gentes es y sigue siendo angustiosa. Un niño le cuesta a Austria unos 600 shillings al mes. Un adulto unos 900. Un gasto insostenible para un país pobre.

Y los niños siguen sin ropa, sin mantas. Hasta sin jabón.

ANTES QUE LA VIDA EMPIECE

En las inmensas naves de Triaskirchen, la vida se ha organizado. La gente —sobre todo niños y mujeres— se recoge en sus colchonetas. Suele haber un gran silencio doloroso.

Sólo los niños con esa facilidad de adaptación tan característica de la infancia se rehacen y recobran la alegría de día en día. En los ojos de muchos aún hay miedo y tristeza. Viejos apenas hay en el campo; no hubieran podido resistir las largas caminatas. Los niños son, por lo tanto, los protagonistas de esta huida. Sus ojos posan sobre el visitante una mirada interrogadora. Algunos han recibido juguetes que estrechan fuertemente contra ellos, como si pretendieran quitárselos.

Entre ellos Triaskirchen ha visto pasar más de veinte que pasaron la frontera «completamente solos», con algún cartel de cartón colgado al cuello, donde estaba escrito algo como lo que sigue:

«Se llama Laszlo Voros vive en Sopron, tiene cuatro años. ¡Atendedle!»

Estas dramáticas llamadas, escritas de cualquier modo en un pedazo de cartón por los padres que no pudieron acompañar a sus hijos hasta la frontera, tienen un regusto dramático, como una mano tendida a la caridad humana. ese «Atendedle» escrito por un padre en el último momento en el que quizá va a ver a su hijo, es para todo cristiano una llamada categórica.

Estos chiquillos se han salvado. Milagrosamente salvados. Han hecho kilómetros y kilómetros con sus piernecitas, que hace casi nada aprendieron a caminar, y guiados por un sexto sentido, han llegado a la frontera.

NO SABIA LO QUE ERA EL CHOCOLATE

En Triaskirchen son otra vez motivo de alegría. A un pequeñín de tres años, un periodista le ofrecía durante una visita una pastilla de chocolate: el niño contempló la tableta un buen rato con toda atención, dándole vueltas entre las manos, sin decidirse, y por fin... la tiró al suelo. No sabía lo que era el chocolate. Cuando el periodista le dió un poquito de otra tableta a probar, el pobre crío ya no se quiso separar de él. Fuera a don-

de fuese en el campo, el menudo personaje de tres años se las ingeniaba para aparecer al lado, con una regocijada cara de agradecimiento. Metiéndose por debajo de las piernas de los soldados, arrastrándose por encima de las colchonetas, aparecía detrás de su nuevo amigo en todas partes, dando gritos de alegría en cuanto le recuperaba.

Luego, por aquí y por allá, en el campo, las historias que las madres se confiaban unas a otras sobre sus pequeños. Una señora había atravesado la frontera con una criatura de sólo cuatro semanas.

—Es el benjamín del campo. Lo he llevado en brazos durante treinta kilómetros, que he hecho andando, junto con mis otros tres hijos. No hemos tenido hambre. Un campesino nos dió pan y queso. También nos dieron algunas manzanas. El frío era espantoso. Los niños no lloraron ni siquiera una vez. ¿Mi marido...? No lo sé...

Otros muchos niños han sido salvados de forma inimaginable.

Como aquella pequeña llegada a Austria en compañía de un muchacho vecino suyo. El joven había visto matar a su mujer. De sus propios hijos no sabía nada. Llegado a su casa, en los alrededores de Budapest, salvó a la hija de sus vecinos, que habían sido bárbaramente ejecutados en su propia cocina.

Ahora, a esta pequeña vecina él la considera otra nueva hija. Los suyos verdaderos ni siquiera sabe si los volverá a ver.

Otros, como la actriz Violette Ferrari y su hijo de tres meses de edad, deben la vida a cosas absurdas.

La actriz logró salvarse con su hijo gracias a unas fotografías del último Festival Cinematográfico en Moscú, en el que aparecía ella con varios dirigentes soviéticos.

LA HISTORIA DE LA DIFUNTA IONKA

Entre todos los refugiados, detrás de todos, la última de todos, había una niña, una pequeña húngara de ojos azules, en los que se podía leer todo el terror del mundo.

La niña estaba como aterrorizada: tenía miedo de todo o de todos. Si alguien se acercaba a ella, si le hablaba, si levantaba una mano para acariciarla, la chiquilla hacía un movimiento para huir, e inmediatamente comenzaba a temblar de un modo atroz.

Había llegado a Austria «totalmente sola». Sola con sólo 23 meses de edad. Aquella niña rubia parecía haber experimentado en su pequeño ser un «shock» tan profundo como misterioso.

Solamente una mujer, una mujer austriaca, pudo dominar aquel inmenso terror de la pequeña. Mientras le ponía un pantalón que había pertenecido a una niña cuya muerta hacía cinco años, la austriaca decía a la pequeña húngara:

—Es el de mi niña ¿sabes? El de una niña tan bonita como tú que ahora ya no existe.

Y aunque la niña no podía comprender, quién sabe si el sonido de la voz, su dulzura, o el cariño que se desprendía de la

madre austriaca le hizo vencer su temor. La niña se dejó poner el pantaloncito azul dócilmente y después estuvo llorando un largo rato. La señora austriaca también lloraba. El pantalón era el último recuerdo que le quedaba de su hija, pero lo regalaba de todo corazón.

Era esta la última estampa de una tremenda tragedia. La tarde del 10 de noviembre los fugitivos se dirigían a Austria en verdaderas riadas, pero la barra blanca y roja del puesto de frontera de Hegyeshalom abatieron sin piedad sobre los grupos de hombres, mujeres y niños, que se habían decidido demasiado tarde a abandonar el país.

La carretera estaba llena de fango, y del cielo caía lluvia y nieve en cantidades fabulosas. En aquel paisaje desolado, barrido, el frío aparecía más intenso. Fue entonces cuando, de entre las piernas de los agentes, una niña salió y se encaminó terriblemente sola, terriblemente decidida, hacia la frontera. No tenía necesidad de que la barra blanca y roja fuera levantada: pasaba perfectamente bien sin necesidad de ello.

Recogida al otro lado de la frontera se pudo ver que la pequeña guardaba algo en un puñito que tenía casi congelado. Aquel puño ella lo apretaba con fuerza inaudita para no perder lo que dentro llevaba. No contestaba a ninguna pregunta que se le hacía. Cuando se intentó abrirla la mano para que soltase lo que llevaba en ella resultó imposible. Por un pico que sobresalía de su manecita se vió que era una carta. Pero la criatura no quería soltarla. Solamente cuando se le hizo presión en el brazo se logró que abriera la mano que tenía casi congelada. La carta era ésta:

«Esta es Ionka, que tiene 23 meses de edad. Sus padres somos médicos en Győr y no podemos abandonar a nuestros heridos. Confiamos Ionka a la piedad de Dios y a la bondad de los hombres».

Cómo esta niña de apenas dos años pudo hacer los cincuenta kilómetros que separan Győr de la frontera no lo sabrá nadie, ni qué extraordinario instinto la llevó a huir de la Policía y a cruzar la frontera.

A Ionka le ha guiado la Piadosa Mano que invocaban sus padres en su patética carta.

LOS PADRES NO QUIEREN SEPARARSE DE LOS NIÑOS

En total no llegan a cien los huérfanos, los niños llegados solos o llevados al exilio por otras gentes que no son sus padres, porque los suyos ya no existen: son los que están en menor proporción.

El resto de los niños han llegado en compañía de alguno de sus progenitores, por regla general la madre.

El cuadro de las madres aún garas acogiendo, cuidando, mimando de alguna manera a sus pequeños, sentadas en alguna maleta o bulto, con una raída bufanda liada a la cabeza y lo poco que del ajuar casero hayan salvado metido en alguna cesta se ha visto en todos los caminos austriacos.

Algunos de los niños han llegado a Graz—los huérfanos—; otros han seguido el camino a algún campo austriaco, hasta el día en que un país de los que se han ofrecido a acogerles les abra las puertas.

En un principio se pensó que niños solos había muchos. Los países occidentales ofrecieron su ayuda a estos niños, y muchas familias se ofrecieron a adoptarles. En España, concretamente, ha habido infinitos ofrecimientos para adoptar alguno de estos infelices pequeños.

Pero el problema así planteado en el primer momento, cambió de aspecto cuando los padres húngaros se negaron a separarse de sus hijos, fuese por el tiempo que fuese. Las familias húngaras quieren esperar e ir juntas hacia donde su destino les lleve.

El problema no por eso es menos grave. Al contrario. En Austria se estancan las oleadas de fugitivos. No hay comida, no hay ropas, no hay pan. Los envíos no bastan. Las criaturas principalmente pasan mucho frío en aquellas inmensas naves destariladas.

El mero hecho de lavarse es un puro lujo. Cambiarse de ropa es imposible. El problema de higiene que se plantea es, pues, espantoso, y sus consecuencias, imprevisibles.

Las botas de muchas de estas criaturas se pudrieron en la nieve, y no han vuelto a conseguir otras. Su alimentación es totalmente insuficiente, ya que todo lo que Austria puede irles ofreciendo, en combinación con la Cruz Roja Internacional, es algo de pan y sopa para «dir tirando». Los envíos que llegan del mundo entero son insuficientes.

Hay que pensar que son sesenta mil personas a alimentar indefinidamente, a vestir y a cuidar mientras no tengan un trabajo, un hogar un porvenir.

LOS QUE EMPEZARON LA NUEVA VIDA

Muchos de estos niños, de estos protagonistas de la terrible tragedia de la huida, han emprendido ya hoy en día el camino de la felicidad en compañía de sus familiares.

Y hoy es el rostro empalmeado de un niño el que se asoma a la ventanilla de un tren que llega a París cuando otros muchos han llegado ya a Suiza.

Y ha sido emocionante verlos en el primer avión que salió con dirección a Zurich llevando cinco familias. Hubo que verlos antes de iniciar el vuelo con qué curiosidad infantil mayores y pequeños esperaban que «aquello se elevase». Y cuando la aeromotora colocó su abundante y bien condimentada cena delante de ellos, hubo que verlos también santiguarse ante el plato y secarse las lágrimas con el reverso de la manga.

A su llegada a Zurich, cada niño recibió una muñeca, y cada niño un juguete. Nada parecido al espectáculo que ofrecían las criaturas que se extasiaban ante el primer juguete de su vida!

La escena se desarrollaba en el lujoso restaurante del aeropuerto de Zurich. Un empleado pasaba por allí por casualidad. Emocionado ante el espectáculo,

el hombre vació todo lo que llevaba en la cartera y compró una caja entera de bombones, que repartió entre los niños.

Todo el aeródromo reía con la risa de aquellas madres húngaras, que lo hacían por primera vez después de tanto tiempo.

UNA SITUACION ANGSTIOSA

A propósito de este terrible problema de los refugiados húngaros, hemos mantenido una interesantísima conversación con don Alfonso de los Santos, director de la Sección de Niños de la Cáritas Española.

—La situación es desesperada, a pesar de todo. A pesar de las ayudas de tantos países se siguen necesitando infinidad de cosas.

Nos dice que lo mejor que se puede hacer por estos infelices es dar dinero, puesto que ésta es la única manera de conseguir hacer envíos en masa mucho más efectivos y prácticos que los aislados. Por este sistema han salido ya de España un camión con siete toneladas de mantas y tres vagones de diez toneladas cada uno.

—Las noticias son desde luego espeluznantes y angustiosas. Los que han llegado ya a Inglaterra o a Suiza o Francia comienzan una nueva vida. Tienen cama y comida hasta que encuentren un trabajo, pero aun hay 60.000 húngaros sin hogar ni trabajo, de los cuales 40.000 están en Viena Austria está haciendo más de lo que puede. Cinco millones de shillings le cuestan diariamente los refugiados húngaros a Hungría.

Estas familias, estos niños, están durmiendo hacinados, carecen de colchones, de calcetines, de bufandas en el crudo invierno del centro de Europa. Cuando llegue la Navidad el mundo cristiano libre tiene la obligación de hacer llegar hasta estos niños algo de amor, de paz y de calor de hogar.

En los paquetes españoles que se van mandando, la Cáritas Española envía una carta en húngaro al niño que lo ha de recibir.

Esta carta es todo un mensaje de hermandad. Ojalá sean miles los paquetes en los que las familias españolas vean incluirse estas líneas:

«Querido niño.

No sé cómo te llamas, ni quien eres. Sólo sé que eres húngaro, que estas fuera de su patria y que en estos momentos desconoces por completo la situación de muchos de tus familiares, quizá de tus mismos padres y de Hungría.

Yo, como español y católico, me compadezco de tu situación y aunque mi deseo sería traerte rápidamente a mi hogar para cobijarte como un hijo más, ante la imposibilidad de hacerlo no quiero dejar sin socorrer tu situación en tanto se aclaren las cosas y se hace posible tu venida a España, si así lo desean tus padres, donde te acogeremos con los brazos abiertos.

Este paquete lleva junto con mi cariño el principio de una ayuda que espero poder realizar tan pronto como nos sea posible.

Desde este momento vienes a formar parte de esta familia y por lo tanto me gustaría que me



Refugiados húngaros, al llegar al aeropuerto de Blackbushe, en Inglaterra



La primera taza de té

escribieras en tu mismo idioma y si no supieras tú, que escribieras tu madre o el familiar que contigo estuviera. Yo procuraré prestarte desde aquí todo el socorro que precisases, para lo cual te ruego me digas qué es lo que más te urge ahora para ver el modo de enviártelo.

Quiera Dios, querido pequeño, que pronto cese esta guerra tan cruel y que podáis volver a vuestra amada patria y a vuestro hogar. Entretanto recuerda que en España tienes un hogar que está dispuesto a abrirte sus puertas y recibirte con todo el amor de que un católico es capaz y pídemelo cuanto desees en la seguridad de que haremos imposibles porque pueda llegar hasta ti nuestro socorro.

Recibe un apretado abrazo y contigo grito ¡Viva Hungría libre!

Maria-Jesús ECHEVARRIA

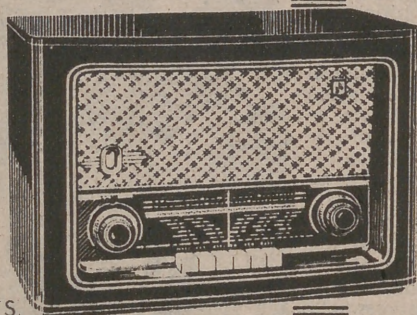


Por qué prefiere
usted un **ASKAR**?

serie
orquestal
1957

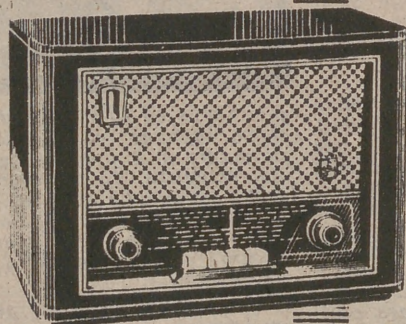
El Técnico

Las nuevas características del programa ASKAR RADIO 1957 hacen que, efectivamente, sean de una técnica perfecta.



3.157,50 PTS.

(incluido impuesto)



2.499,70 PTS.

(incluido impuesto)

- Cuatro gamas de onda: Local, Media, Pesquera y Corta.
- Magnocaptor totalmente orientable incorporado. Antena para Onda Media contra las perturbaciones.
- Dos altavoces de imán permanente, uno de ellos bicónico.
- Sintonizador óptico.
- Preparado para la reproducción gramofónica.
- Eficaz control de tono.

- Tres gamas de onda: Media, y dos Cortas.
- Magnocaptor incorporado. Antena para Onda Media contra las perturbaciones.
- Sintonizador óptico.
- Preparado para la reproducción gramofónica.
- Eficaz control de tono.

ASKAR

RADIO



LA INFORMACION, LA ESCUELA Y LA VIDA



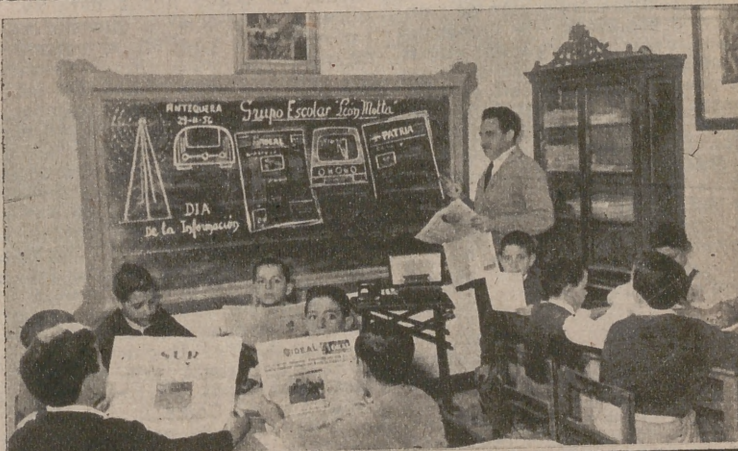
UNA LECCION PARA TODOS LOS DIAS: EL PERIODICO

Conocer el mundo aprendiendo a leer

LA Prensa, lo que propiamente se llama Prensa, ha hecho una nueva conquista en España: la escuela. He aquí una frase que parece redundante, prefabricada. Y no, no lo es. Ha sucedido por primera vez.

Y hay por delante una duda que no será fácil aclarar. Ese «Día de la Información en las escuelas», ¿a quién ha afectado más, al maestro o a los niños? Pequeña es todavía la perspectiva del acontecimiento, pero no le falta fuerza de revelación. He aquí el hecho: niños y maestros, coincidentes en el deseo de novedad, en la sed de la novedad, han ido a una en forma espontánea, activa y sin reservas. Ha sido, pues, descubierto y asentado el principio de lo que ahora no es más que mero comienzo, y perdonen el juego de palabras.

Desde el 25 al 29 de noviembre



El maestro de un grupo escolar de Antequera, en el momento de la explicación sobre la Prensa

—esta última era la fecha indicada por la Dirección General de Prensa — la Prensa informativa tuvo su fiestecita de Reyes. Unos «Reyes» de la información. Fiesta de tres elementos: niño, maestro y periodista. Fiesta completa. Los periódicos de todas las provincias, sin excluir uno, tuvieron cuidado de adobar o endulzar su comentario para el pequeño lector a plazo fijo. Y los maestros—¿qué no hubieran hecho los maestros de haber podido!—se asomaron alegres a la letra impresa, algunos por primera vez, para opinar y decir. Y en cuanto a los niños, impacientes estaban por desvelar el misterio de la información. Buena fiesta, que no se ha perdido en pólvora.

Conclusión: patente ha quedado el valor formativo de la información. Pero con una ventaja: que en la información no hace el niño un papel puramente pasivo. Al contrario, conoce, sabe, contrasta, valora y hasta fija criterio. Pone algo de su parte, no es un mero receptor. Y esto precisamente, esta función de actor y participante, es lo que apuntala la inconstancia infantil.

He aquí otras conclusiones, con toda la realidad y exactitud de un balance. Palabras son de maestros; es decir, ojos y oídos sobre niños:

—Los alumnos que tienen contacto diario con la noticia asimilan mejor cualquier tema muestran mayor agilidad mental y poseen mayores posibilidades de adaptación al medio.

La pedagogía y la psicología dirán.

LA ESCUELA Y LA VIDA

Allá por el año 1940, en la Universidad de Zaragoza preguntaron a una niña, ya para mocita, pero mocita de buena sociedad:

—Vamos a ver, ¿qué está pasando en Europa?

—En Europa... Pues, en Europa... En Europa...

Y a la pronunciación de la palabra Europa seguía un sonido nasal inexpressivo, una especie de sondeo, por fricción aérea del cerebro en busca de los recuerdos.

—¿Qué pasa, mujer?

—En Europa... En Europa...

En Europa había entonces cañonazos efectivos, traslación de fronteras, desaparición de Gobiernos y soberanías; la segunda, guerra mundial, que dentro de cuarenta o cincuenta, o menos, será estudiada, repetida con exactitud de psicacismo por los futuros escolares. ¿No es curioso? Resulta que no se enteran los testigos, o por lo menos coetáneos, de los acontecimientos históricos, que el día de mañana habrán de ser terribles capítulos de la asignatura de Historia con programa, resúmenes, croquis, mapas y papeleta de examen.

Como en estas fiestas primerizas se habla de todo, como sucede en los entierros, un maestro ha recordado estos días la frase de un pensador, a quien preguntaron nada menos que la raíz y sede de la grandeza de España.

—¿Dónde está la grandeza de España?

Esa fué, poco más o menos, la

pregunta. Y el pensador contestó: —En que aprendan a leer los que no sepan, y los que saben, lean.

El maestro traía esta frase por los pelos para adosarla a la fiesta, y no ignoraba la aventura.

Cuenta don Nicolás Rodríguez capellán que fué de la Obra «18 de Julio» de Zamora, en un artículo aparecido el Día Escolar de la Información, que hace unos años, durante una visita, topó en la enfermería con un robusto mozo, un joven de Flores, bien cerquita de Zamora. «En su mesa de noche—dice—había un buen montón de revistas, y le felicité por su amor a la lectura.

—Pero ¡si este joven no sabe leer!—me susurró alguien al oído.

—¿Es posible?

—Padre —dijo el muchacho—, no he tenido maestro.

—¿Es que no hay escuela en tu pueblo?

—Hoy, sí; hace unos años no. Casi todos los mozos del lugar somos analfabetos.

—Entonces, ¿para qué las revistas?

—Le diré. Yo hago mi lectura de este modo: me entretengo en mirar las fotografías que traen y, por las explicaciones que me dan, llego a penetrarme de los sucesos y acontecimientos. Así conozco parte de Madrid y de otras poblaciones.»

Sigue contando cómo aprendió a leer. Y al marcharse hizo esta despedida: «Gracias, don Nicolás. Suscribame a «Correo de Zamora» para no perder lo que he aprendido.»

Así no ha de extrañar la decisión de la Dirección Provincial de Zamora: ha suscrito a los dos periódicos locales las escuelas de los pequeños núcleos de población, de municipios con inferiores condiciones económicas. Pero con una condición: los maestros respectivos habrán de enviar a dicha Corporación algún trabajo realizado por los alumnos que muestre la utilidad de la lectura. Y así también Cuenca, Pamplona, Valladolid, 100 suscripciones. Burgos, 40. Y Zamora, 24, etc.

No hay duda. Los niños tuvieron el 29 de noviembre su día periodístico, pero bien aprovechado. En Lugo, los redactores de «Progreso» hubieron de establecer turnos de día y noche para explicar a los escolares, que sin cesar entran y salían, el proceso de redacción, confección y tirada del periódico. Las visitas de las escuelas a la redacción y talleres de «Mediterráneo», de Alicante, durante toda una semana, mañana y tarde. En Lérida se reunieron todos los maestros en el teatro Principal y, después de sus palabritas alusivas al día, se trasladaron en larga masa al edificio del «Nueva España», donde los insólitos huéspedes fueron obsequiados con dulces. Hubo en San Sebastián, Palencia y otras muchas capitales sesiones de cine adecuadas. En Valladolid, una emisión «cara al público». La edición del día 30 de «El Comercio», de Gijón, fué redactada prácticamente por niños. El director había convocado a «todos los rapaces con vocación para la sacrificada profesión del periodismo». Y el periódico salió casi hecho por niños, a pesar del sacrificio. En fin, no hubo periódico que no fuera visitado, mirado, remirado, vuelta tras vuelta, pregunta tras pregunta, desde el teletipo al reparador.

LA «GACETA DEL NORTE», DE PANTALÓN CORTO

—La verdad es que soy el primer sorprendido.

Quedo convencido. Con palabras y con gestos lo dice de manera inequívoca Antonio González, director de «La Gaceta del Norte», de Bilbao. Antonio González tuvo la idea de lanzar una edición, extraordinaria y gratuita, para los niños. Esperaba buena acogida en la inquieta masa infantil, pero no tanto éxito. El gesto de su cara me lo expresa, porque en los momentos de nuestro diálogo, al día siguiente del «acontecimiento periodístico», aun conserva los gestos de sorpresa.

—¿Fué una cosa calculada medida pensada y bien madura?

—No, no. Fué pensado, concebido y realizado en veinticuatro horas. Había que buscar una forma de aficionar a los niños a leer los periódicos y, dando vueltas, surgió la idea: un periódico con las mismas secciones, con las mismas firmas y hasta con anuncios, pero todo su contenido redactado en forma asequible a la mentalidad infantil.

Llegó a impresionarme. Me impresiona el ver que este hombre director de un periódico de mucha solera y envergadura hombre sereno, que tiene como nota sobresaliente la ponderación de sus juicios, no trate de recatar su alegría, tal vez contagiada del torbellino de lectores. No vale su serenidad para enervar el entusiasmo. Ni su experiencia ni su historia obstruyen la salida de su satisfacción íntima. Porque Antonio González tiene voz y voto de calidad en el periodismo español: equilibrio, seguridad, intuición y visión de lo periodístico, suave gobierno, tranquilo y agudo razonamiento. Rápido ve y con suavidad opera. Y así ha sucedido en esta intuición que apunta las posibilidades del futuro: vió y realizó. Y ahora, al cabo de sus prietos años de periodismo, muestra, sonríe, repasa y goza. ¿Qué hay en todo esto? El anuncio de amplias posibilidades que, por cierto es urgente explorar y explotar.

Trae consigo un ejemplar de la edición especial de su periódico. La mitad de su formato pero igual todo lo demás: editorial, entrevistas, grabados de actualidad con pie, noticias de última hora, reportajes, la historieta de «Don Celess», sección científica, sección de deportes, comentarios sobre problemas de actualidad, cine, miscelánea, crónica de Washington, anuncios... Información y comentarios para niños, obra de periodistas.

Con lento movimiento levanta el periódico, mientras dice:

—Le voy a leer parte del editorial.

Y lee: «Lo cierto es que, por una vez, toda la Redacción de la «Gaceta del Norte» se ha puesto «de pantalón corto» para acercarse en todo lo posible a vuestra

feliz edad, muchos de ellos con la experiencia de ser padres, algunos hasta con la de ser abuelos, y otros, recuerdos bellos que siempre deja la niñez. Esto, en fin, con ayuda de éstos, no lo comprenderéis todavía bien. Con el tiempo seréis hombres, que es lo que estáis deseando ser ahora mismo; pero cuando lleguéis a serlo, cuando ya no haya nadie que os corrija y ríe, ya os convenceréis de que la vida de los mayores es casi toda ella un estar de rodillas en una tarde dominical. Por ahora, y para terminar, sólo os pedimos atención, pequeños lectores, y formalidad para no romper este número. Conservadlo, y cuando pase mucho tiempo, podréis decir con los ojos llenos de recuerdos: «Este fué el primer periódico que tuve mío, mío...»

Al pronunciar las últimas palabras refuerza la pronunciación mío..., mío... Me da la clave.

—¿Cree usted que, efectivamente, prendido en ellos, que se avivó la conciencia de tener una Prensa propia?

Con un movimiento responde afirmativamente, como diciendo: «De eso no hay duda.» Y confirma después con verdadera fruición:

—Le voy a contar uno de los casos: iba por la calle un niño con su ejemplar bajo el brazo, contento, poseído de algo propio. Le salió al paso otro a quien la impaciencia por tener un número le hacía dar vueltas por la ciudad. Entre ellos se entabló el siguiente diálogo:

—Te lo compro.

—¿El qué?

—Ese periódico.

—No lo vendo.

Y el chaval siguió su camino con prisa, pero antes le dió un consejo al postor:

—No vendo. No lo venden.

En verdad creo que nuestra conversación tiene algo de día de Reyes, aunque la cosa entrañe la probable solución de un problema. Porque problema es el de la Prensa infantil. Gran parte de las publicaciones infantiles

—no siempre «infantiles»—suelen avivar sueños del niño, más que formarle y enmarcarlo en su día, en su tiempo, en la historia cotidiana que recoge la Prensa.

—Ya veo que el periódico no airea una tesis clara y abierta en sentido religioso y patriótico.

—Desde luego. Hemos procurado informarles entreteniéndoles. Pero siempre información. Los mismos hechos les llevan a conclusiones que terminan por formarles.

—El reparto de esta edición especial ha sido gratis, ¿A cuánto llega la tirada?

—La primera edición, a 60.000 ejemplares.

—¿Es que hubo segunda?

—Sí, en el mismo día. Una segunda edición de 40.000. Así que en total hemos distribuido 100.000.

—¿Agotados?

Ríe con gesto de «¡Calle usted, calle usted!»

—El edificio estuvo invadido todo el día —dice con tono paternal—. Tantos chicos como chicas, que todo lo querían saber y ver. Y también para enterarse bien del par de concursos convocados. El mismo día 29 eran ya millares las cartas de contestación. Nos con-



Los niños leen atentamente el periódico en la clase destinada a la información

movió uno muy apenado que venía a pedir un ejemplar para su hermano que se había quedado sin el.

Después de un breve silencio, que seguramente aprovecha para dar un paseo imaginativo por el Bilbao infantil del día anterior, me hace ver que aún Madrid continúa su atención a tan sorprendente jornada periodística.

—No hace mucho me ha llamado la telefonista para decirme que no dejar de llamar voces de niños dando las gracias.

—¿Anunciaron ustedes esta edición?

—No. Ni maestros ni niños sabían nada. Nuestras cinco furgonetas se dispersaron por la ciudad, llegaron a las escuelas, dejaron los paquetes..., y adelante. Lo ocurrido después, los mismos niños lo repetían vivamente: «¡Vaya follón!»

—Es de suponer.

—Ante el colegio de Indauchu estubo a punto de volcar la furgoneta. Todo el día estuvieron yendo y viniendo las furgonetas.

—¿Cuántas escuelas hay en Bilbao?

—Bilbao tiene 15.000 escolares, 41 escuelas y 632 maestros.

—Debieron, pues, sobrar ejemplares.

—De ninguna manera. Allí se nos presentó un maestro que había venido en bicicleta desde la escuela de San Francisco. Unos diez minutos de camino. Venía



Don Antonio González, director de «La Gaceta del Norte», que editó uno de sus números totalmente redactado por los niños

acongojado porque a su escuela sólo habían llegado 20 ejemplares.

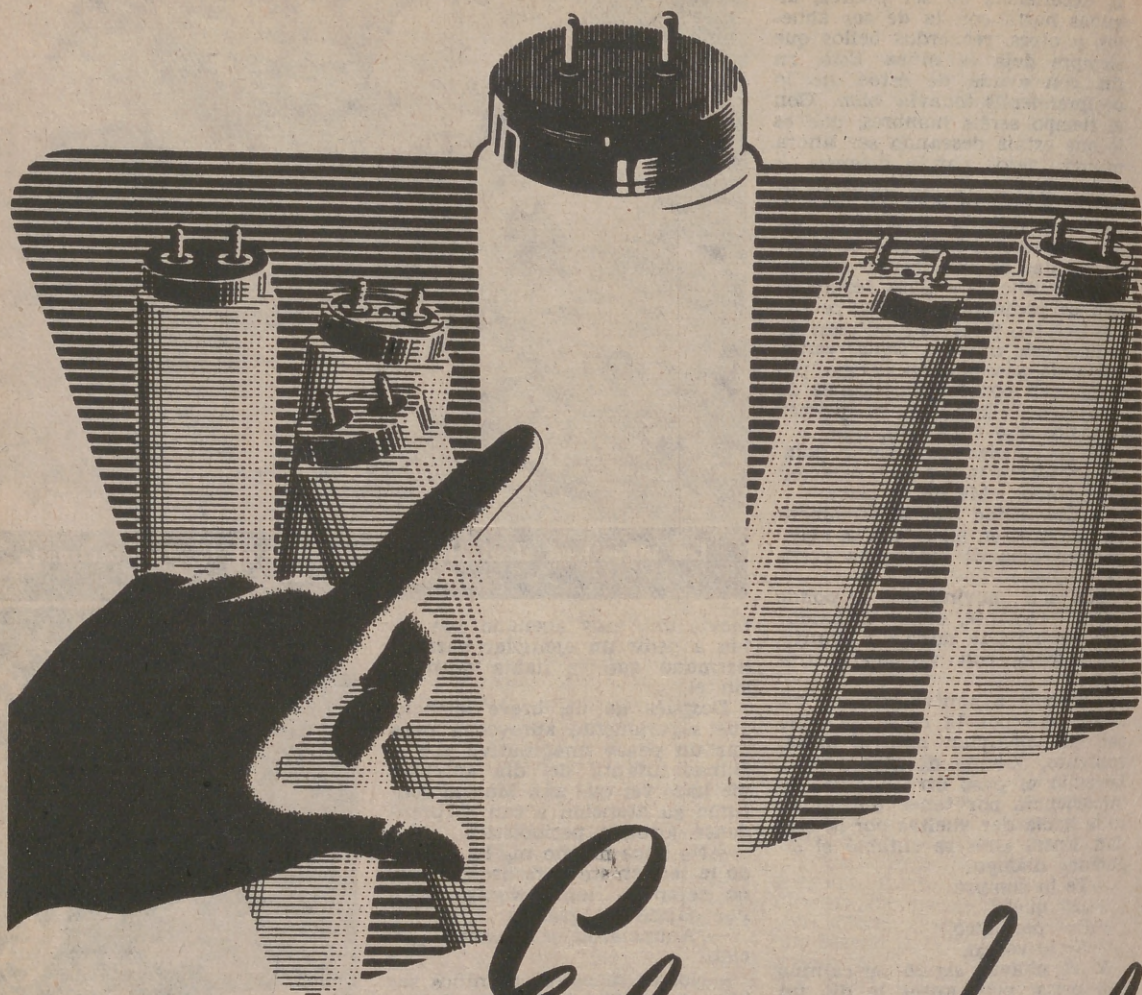
Y no tenía más remedio que llevarse muchos más! Los consiguió y se marchó, ¡qué contento!

—Contentos estamos todos. Nos hemos contagiado.

Y aquí dejamos el diálogo. Con la incógnita en el aire. La incógnita, casi despejada, de un modo de llegar eficazmente al mundo infantil. No es mala conquista para el periodismo auténtico y solvente.

Murales confeccionados por los escolares del Grupo «Calvo Sotelo», de Madrid, con motivo del aniversario de la muerte de José Antonio





Elección fácil...

...NO DUDE:

LA LAMPARA FLUORESCENTE
ELIBE
 FABRICADA EN ESPAÑA CON LICENCIAS Y PROCEDIMIENTOS
WESTINGHOUSE
 ES LA DE
MAXIMA GARANTIA

la lámpara **ELIBE 14-15**
20-40 Watos en 7
 famosas tonalidades
WESTINGHOUSE le re-
 solverá cualquier proble-
 ma de alumbrado en
 cuanto a **Tonalidad,**
Economía y Duración.

PARA MAS DETALLES
ELECTRONICA IBERICA, S. A. "ELIBE"
 MADRID - PRADILLO, 74
 y sus
 DISTRIBUIDORES OFICIALES

Comprar **ELIBE**...es elegir **WESTINGHOUSE**



CINCO VIDAS PARALELAS

ENTRE AMERICA Y SALAMANCA, CICUENTA AÑOS DE APOSTOLADO SACERDOTAL

Una fecha jubilar en el aula magna de la Universidad Pontificia

LATINOS, retóricos, filósofos y teólogos. Los seminaristas se ponen en pie.

El Aula Magna de la Universidad Pontificia de Salamanca, tan impresionante y «filmábilis» que hasta los focos y la técnica cinematográfica han ido a iluminarse a su luz. Aquella sala de tesis de la «Guerra de Dios» de estrados, púlpito y tribuna; de nobles paredes de piedra con medallones pintados... ha sido este año escenario de una ceremonia emotiva, el homenaje del Seminario Conciliar salmantino a cinco sacerdotes al cumplir, en este año, sus cincuenta anualidades de ministerio.

Aunque esta ceremonia de celebrar el Seminario salmantino las bodas de oro de los sacerdotes incardinados en la diócesis es costumbre de todos los años, esta vez han sido cinco los homenajeados, dos de los cuales han ejercido en América su apostolado durante más de veinte años.

Aplauden los seminaristas puestos en pie, y los cinco sacerdotes homenajeados saludan desde el estrado. No es esto un homenaje a la vejez, sino a la plenitud y la continuidad; a la constancia. Esta es una fiesta que da ánimos a los jóvenes y sirve para recopilar experiencias.

La misa jubilar se celebra en los dos Seminarios, el Mayor y el antiguo de Calatrava. A media mañana hay una misa solemne y luego el almuerzo de comunidad entre sacerdotes y seminaristas, almuerzo que preside el obispo de la diócesis.

A media tarde se celebran las vísperas solemnísimas con renovación de la promesa sacerdotal, y después, el homenaje de los sacerdotes de la diócesis, que este año ha consistido en unas palabras de presentación, el canto a cuatro voces de «Los mártires del Coliseo», el relato de anédo-



De izquierda a derecha: Don Evaristo Pérez Costa; don Filomeno Gómez Montes, párroco de Miranda del Castañar; don Vicente Andrés Martín, don Manuel Pérez López, párroco de Valverdón, y don Ludovico Tejedor Morán, párroco de San Cristóbal de la Cuesta

tas de cincuenta años de experiencias por don Ludovico Tejedor, párroco de San Cristóbal de la Cuesta, uno de los homenajeados; «Al son de la guitarra», y la zarzuela cómico-lírica «Los africanistas», adaptada a hombres solos para el grupo teatral del Seminario. Finalmente, ha tenido lugar una recepción con vino de honor.

Y ya está. Los sacerdotes homenajeados se vuelven a casa; la mayoría, a su parroquia rural, y otros a su retiro salmantino.

Esto ocurrió el pasado día 22 de noviembre, y ahora hemos ido a buscar a aquellos sacerdo-

tes para que nos contaran sus experiencias.

LO QUE VALE UN PERU

Don Evaristo Pérez Costa nos recibe con un gorro redondo y negro en la cabeza. Oye menos que cuando era más joven, pero no tenemos que gritar mucho cuando, en la mesa camilla nos cuenta sus recuerdos. Usa gafas y tiene una voz profunda. Vive con su hermana.

Nació en Torres Menudas, a doce kilómetros de Salamanca. El primer año de sacerdocio lo estudió en el Seminario de Ciudad



Don Evaristo Pérez Costa, predicando a la población de Talara, en el centenario de la independencia peruana

Rodrigo, y los demás, en Salamanca, en el Calatrava y en el Seminario Pontificio.

“Me ordenó—el 10 de junio de 1906—el obispo P. Valdés, agustino, quien nos dijo que sólo nos ordenaba con la condición de que nos fuéramos a otra parte, porque en la diócesis no tenía donde colocarnos. Entonces, en Salamanca había muchos más sacerdotes que lugares de trabajo apostólico.

Escribió a varias diócesis americanas, con la intención de irse a la primera que contestase. El primero en responder fué el obispo de Trujillo, y se fué en seguida al Perú.

En tierras peruanas serví varias parroquias, una en la sierra de Ayabaca, como coadjutor, durante tres años. Como aquel lugar está en la sierra traté muocho con los indios. ¡Buena gente!

Tenía que hacer las visitas a los poblados a caballo. A veces, el día entero a caballo, y en las montañas, sobre bueyes domesticados que, por tener pezuñas, resbalan menos.

Las parroquias peruanas son mucho más grandes que las de aquí, y hay que andar mucho en las visitas a los distintos poblados.

Al visitar los poblados indios tenía que ir provisto de cubiertos, porque aquella gente comía con los dedos. Mis visitas periódicas despertaban gran entusiasmo, y todos querían que entrase en su casa a traerles suerte. Cada vez que visitaba a un enfermo me querían regalar una gallina o un conejillo de indias. Me acorralaban a bichos. Con eso de que traía suerte a la casa que visitaba hasta había quien sabía fingirse enfermo.

Una vez me avisaron que tenía que visitar a un enfermo en la sierra. Tuve muchas dificultades para ir por torrenteras llenas de agua. Estábamos en la estación de las lluvias. En un torrente, entre rocás, el indio que me servía de guía se negó a pasar primero para tirar del ronzal del caballo. «Tengo miedo taitito»

Tuve que pasar yo primero y tirar del caballo y del indio.

Otra vez me senté junto a una víbora que dormía bajo las hojas. Ibamos a encender fuego cuando mi guía, indio, dijo, de pronto, con un tono de voz extraño: «No se mueva, taitito».

Luego, después de tres años en la sierra, fui destinado a la tierra baja de Paíta, en un lugar llamado Talara y Negritos. Aquella parroquia la inauguré yo en un poblado petrolífero que explotaba una compañía extranjera. Allí había menos indios que en la sierra, y al principio añoré las sencillas costumbres serranas. Aquellas «llora duelos» de los entierros indios!

En 1925, los españoles del Perú contribuimos todos a erigir una estatua a Pizarro en Piura, ciudad que fundó el conquistador. Fué una ceremonia emocionante.

Junto a las explotaciones petrolíferas aprendí bien el inglés conversando con los ingenieros y técnicos. Aquellos conocimientos me sirven ahora para dar clases. Tengo ocho alumnos.

Ahora, un primo mío está en la misma parroquia que inauguré en Talara y Negritos. Está contento y viste sotana blanca por el clima.

Creo que eso que se hace ahora de enviar a América a muchos sacerdotes españoles está muy bien. Hacen mucha falta en aquellas extensiones, y es una labor heroica, formativa y hasta muy noble desde el punto de vista de la Madre Patria. En la juventud hay que correr mundo. Ahora, con mis setenta y ocho años, tengo que pasar muchas horas en la mesa camilla. Pero sigo trabajando. Enseño inglés y digo misa en las Esclavas. Desde 1926 a los veinte años justos de apostolado en América, regresé a Salamanca y aquí pienso morir. Ya no tengo energías para montar bueyes domesticados ni caballos medio salvajes por las sierras de indios. Pero me queda el recuerdo de aquellos paisajes y de aquellas gentes. Un buen recuerdo.”

Nos despedimos de don Evaristo Pérez Costa, que nos acompañó hasta la puerta con su gorro redondo en la cabeza y su voz de bajo profundo.

COMO UN GIGANTE ENCADENADO

Ahora vamos en automóvil hacia la sierra de Béjar, a Miranda del Castañar, donde el cura parroco don Filomeno Gómez Montes vive. Es otro de los homenajeados.

Es un pueblo serrano que conserva sus murallas. Está casi en Las Batuecas, en un paisaje natural y sedante. Está casi al pie de la Peña de Francia y tiene unos dos mil habitantes. «La sierra es el huevo, y Miranda, la yema», dicen por aquí.

Cuando preguntamos por la casa parroquial nos dicen que el cura está enfermo. Y en efecto, don Filomeno no está de humor y, en la cama, parece como un gigante encadenado, ese hombre corpulento y amigo de la caza.

Hemos pasado junto a un gran hogar, junto a un horno y una artesa. Un jamón ahumado cuelga del techo. ¡Buena tierra esta para curar los jamones!

Pero don Filomeno no está de humor, y además nos expone razones de humildad para no salir en los periódicos.

“Los tiempos han cambiado desde que se ordenó en 1906. Recuerda que cuando empecé su vida sacerdotal los pueblos eran más tranquilos. Las familias se levantaban con el sol y se retiraban al anochecer. Padres e hijos rezaban el rosario en familia y, junto al fuego, se organizaban animadas tertulias y se contaban consejas. Ahora comienzan los bailes cuando antes terminaban y los jovencitos se retiran a sus casas a las tantas de la noche como la cosa más natural...; no cabe duda que los tiempos han cambiado.

Ya cuando estuvo en Ledesma se dió cuenta que las nuevas costumbres exigían métodos nuevos de apostolado. Pero eso es cosa que corresponde más a los sacerdotes jóvenes.

Aquí, en este vértice de la sierra, hay mucho tiempo para meditar en cómo va el mundo. ¡Qué revuelto!, ¿eh?

Los aires de este pueblo son muy buenos, pero el frío a él no le favorece nada. Ya es muy viejo, aunque no tanto como las murallas del Castañar.”

Opiniones sobre los tiempos sí puede dar don Filomeno, pero no quiere «presumir de biografía» y nos da razones de falta de humor y de humildad.

El quiere que su biografía sea más para el cielo que para la tierra y que al repasar sus cincuenta años de vida sacerdotal quisiera haber hecho mucho más.

Respetamos los deseos de don Filomeno Gómez Montes, postrado en la cama y con un gorro puntiagudo de dormir en la cabeza. Como un Quijote yacente ahora y como en descanso de la caza y la poesía. El pueblo de Miranda del Castañar nos daba muchas anécdotas, algunas de ellas preciosísimas, sobre la personalidad, un poco agreste, de un parroco de armas tomar —armas apostólicas— que es muy querido



También don Evaristo Pérez Costa fué uno de los promotores del monumento erigido a Pizarro en Piura (Perú) por la colonia española

de todos. En el pueblo celebran su personalidad tan fuerte como las murallas. Don Filomeno está esperando su "Guareschi" y lo merece el cura y el paisaje impresionante de este pueblo serrano en la frontera de Las Batuecas, pero nosotros, además de no tener méritos literarios suficientes le hemos dado palabra a sus razones de humildad biográfica y tampoco deseamos que un cura cazador de Las Batuecas se levante de la cama para bajar a Madrid con la escopeta al hombro para una lección de modales.

AQUELLA EPIDEMIA DE GRIPE

Y volvemos a Salamanca y hasta a trece kilómetros más lejos; a un pueblecito que se llama Valverdón en la carretera de Ledesma. Es un pueblo pequeño, arrinconado en la carretera y tiene quinientos veinte habitantes.

El cura está en la iglesia y hay cierta curiosidad entre los fieles, en su mayoría niños, ante la llegada de un forastero.

Don Manuel Pérez López, el párroco de Valverdón, es un vivaracho cura rural, mediano de estatura y con cara de retablo franciscano. Nos lleva a su despacho en la casa parroquial.

Nació en Berrocal de Salvatierra, partido de Alba de Tormes (Salamanca) de padres labradores. La familia tenía tres chicas y dos chicos. Una de sus hermanas murió estando él en el Seminario.

Mi vocación sacerdotal fué influida por el sencillo ambiente en que me había criado y también por tener un tío en la cartuja de Miraflores (Burgos) donde estubo treinta y cinco años.

Estudié en el Seminario de Salamanca y en el Colegio de Estudios Superiores de Calatrava. Fuí ordenado en 1906.

En mi carrera sacerdotal he estado primero de coadjutor en Parrada de Rubiales. Luego pasé a ser economo de Monterrubio de Almuña, donde fundé un sindicato agrario mixto, de obreros y patronos. Luego fuí nombrado párroco de Campo de Peñaranda, donde fundé otro sindicato agrario y después párroco de Valverdón. Aquí estoy desde hace treinta y un años.

Mi vida apostólica ha sido de mucho trabajo pero por estar siempre en pueblos no muy grandes puedo decir que ha transcurrido bastante tranquila. Quizá esto influye en que me conserve bien de salud.

Lo peor me ocurrió estando en Campo de Peñaranda cuando la epidemia de gripe de 1918. El médico y yo no podíamos descansar con aquello que llamaron la «influenza española». Muchas familias no tenían quién les asistiera tal fué el pánico que cundió. En ocho días murieron en aquel pueblo más de veintidós personas.

Desde la habitación en que hablamos se ve el río Tormes por la ventana cuando don Manuel nos dice que tiene que pasar muy frecuentemente el río ya que desde hace nueve años, está encargado de la parroquia de Pino de Tormes.

"Allí voy a pie. No se puede usar moto. Paso en una barca y luego andando, ya que



El párroco de San Cristóbal de la Cuesta, con sus familiares

me conservo bien de energías pese a mis setenta y cuatro años.

Aunque me han hecho el homenaje aun no he cumplido los cincuenta años de sacerdote. Los cumpla el próximo día 22, pero como lo han celebrado para todos los del año es igual que me haya adelantado algunos días.

La frontera portuguesa está a noventa kilómetros de aquí en línea recta.

Valverdón tiene Ayuntamiento propio, pero no alcaldes pedáneos. Tenemos seis concejales y hasta algo de crisis de vivienda. Ahora se va a hacer la concentración parcelaria.

Este es un pueblo muy tranquilo. Sólo recuerdo que la vida se alteró un poco algunos meses antes de nuestra guerra cuando llegaron grupos que decían que venían a la siega, pero los verdaderos propósitos eran de soliviantar a los campesinos.

Por lo demás, esto es muy tranquilo, como el agua del Tormes a su paso por nuestro término municipal."

Ha anochecido cuando dejamos al cura de Valverdón al que esperan en la parroquia y emprendemos el regreso a pie. No hay automóviles. Trece kilómetros andando bajo la luna de diciembre

y con algunas sombras como de toros bravos en la dehesa salmantina.

NO ESTABA AUN ABIERTO EL CANAL DE PANAMA

La próxima visita es para don Vicente Andrés Martín en su casa de Salamanca. Es de mediana estatura y nos recibe amablemente. Es muy comunicativo. «Yo rompí el fuego de América.»

"Nací en Mozárbel, diócesis y provincia de Salamanca. Sus padres eran comerciantes y labradores. Eran siete hermanos y él fué el único sacerdote.

En el año 1891 empecé mis estudios en el Seminario de Salamanca, donde cursé cuatro años de Latín y Humanidades, tres de Filosofía y tres de Teología. Al terminar el tercer año de Teología me fuí al servicio militar destinado a Sanidad de Valladolid. Allí compagué mi servicio militar con estudios en aquel Seminario, donde pude cursar el cuarto y quinto años de Teología.

Al ser licenciado del servicio militar me incorporé nuevamente al Seminario de Salamanca. Aun sin haber terminado completamente los estudios me presenta a concurso de provisión de parro-



San Cristóbal de la Cuesta celebró bailando las bodas de oro sacerdotales de su párroco

quias y fui aprobado. Fui nombrado inspector del Colegio de Estudios Superiores Eclesiásticos de Calatrava en Salamanca, donde cursé los tres años de la Facultad de Derecho Canónico.

Ordenado sacerdote en junio de 1906 y no habiendo puestos vacantes en las parroquias de la diócesis me fui a Trujillo (Perú) emprendiendo viaje al mes siguiente de la ordenación.

Allí fui destinado a la capital del departamento de Lambayeque (Chiclayo). Pasado algún tiempo me destinaron a las doctrinas del Norte con facultades para absolver hasta de los pecados reservados al Sumo Pontífice.

Estuve en las doctrinas del Norte quince años seguidos, pasados los cuales regresé a España donde en Salamanca, me designaron la parroquia de Aldeaseca de la Frontera, primero, y de Carnajosa de la Sagrada, después.

Acuciado por la nostalgia del Perú me fui nuevamente a Lima donde el Obispo Monseñor García Irigoyen me designó las mismas doctrinas donde antes había servido.

En el primer viaje no existía aún el canal de Panamá. Se estaba construyendo y había que pasar el istmo en ferrocarril desde Panamá a Colon.

Recuerdo que mi primera travesía del Atlántico duró cuarenta días. Embarqué en Bilbao en el "Alfonso XIII". Pasamos el istmo de Panamá en tren y en Colon embarcamos en el vapor chileno "Palena", que nos llevó a Paíza, primer puerto del Perú, de donde nos fuimos a Salaverry para tomar el tren a Trujillo, donde estaba el obispo que nos había llamado.

Ibamos tres sacerdotes salmantinos y uno fué destinado al sur, otro al centro y otro al norte, que era yo. Por eso sólo me encontré con don Evaristo Pérez Costa, mi compañero de homenaje, al regresar a España después de veinte años.

De los indios recuerdo muchas anécdotas. Una vez predicaba en la iglesia y cuando desde el púlpito decía a los indios: «¿A qué habéis venido al mundo?», se me ocurrió preguntar a uno y cuando esperaba me dijese «a honrar y servir a Dios», dijo que «a vender quesos del tío Lucas».

Y ríe con ganas ese sacerdote con boina negra, cara colorada y que usa gafas para el despacho.

POR TIERRA DE GARBANZOS

San Cristóbal de la Cuesta está en una hondonada. Buen pueblo. Trescientos setenta habitantes de aspecto bastante satisfecho. Es tierra de garbanzos.

Cuando llegamos a la casa parroquial el cura está en la catequesis. Le van a buscar.

Vive con tres hermanas, una de las cuales es la maestra del pueblo.

"Nací en Arabayona, provincia de Salamanca, partido judicial de Peñaranda de Bracamonte el 27 de abril de 1881. Mis padres eran labradores. Criaron nueve hijos, de los cuales fui el mayor.

Cursó todos los estudios en el Seminario de Salamanca hasta ser ordenado por el obispo P. Valdés, agustino, el 22 de septiembre de 1906.

Estuve de capellán de mi casa

durante nueve meses y medio, pasados los cuales me nombraron coadjutor del pueblo de Cañozal, que dista 14 kilómetros del mio. Como el sueldo era muy pequeño —44 pesetas mensuales— y no era suficiente para pagar el pupilo, determinamos poner casa en Cañozal, acompañándome mi madre y dos hermanas, mientras mi padre se encargaba de llevar semanalmente el «sustento de los emigrantes».

Era inquieto, y un día quise ir a hablar al obispo en Salamanca. Necesitaba algo de dinero para el viaje. Se lo pedí al párroco. «No tengo dinero siquiera para echar un cigarrillo», le dije, y el buen hombre me alargó la petaca. Al insistir que necesitaba dinero para el tren—la estación estaba a 7 kilómetros—, el párroco me dijo que no tenía, pero, al fin, sacó un duro diciendo: «Es el único que tengo y dicen que es "sevillano". A ver si lo haces pasar». No lo quise para que no dijeran que el párroco de aquel pueblo era monedero falso y anduve a pie los 14 kilómetros que distaban de casa de mi padre en busca de dinero.

Hablé en Palacio, y a los pocos meses me destinaron de teniente párroco en Salvatierra de Tormes.

En éste estuve algo más de dos años y en él dejé muy buenos amigos y de él guardo muy gratos recuerdos: uno, que la primera boda que hice fué de dos viudos, que por evitarse la «cencerreda» los casé a las doce de la noche, y no sé cómo pudieron enterarse los mozos, que al salir de la iglesia llovió gente con cencerros, latas y humazas; yo me metí en casa, como el que no quiere la cosa, y los novios fueron bien acompañados con música de viento. También aquí se amonestaron unos, y después de la segunda amonestación fué la novia a suspenderlas, y al padre, muy satisfecho, pagó los gastos originados.

El último día que estuve en este pueblo asistía a la fiesta de un pueblo vecino. Se originó un fuego, y como la gente se estaba divirtiendo, tuvimos los curas que hacer de bomberos.

EN LOS AÑOS DEL RIESGO

Al día siguiente, a tomar posesión de Villares de la Reina, a cuatro kilómetros de Salamanca, donde dije la primera misa el día de la Virgen del Pilar de 1910. Por encargo del señor secretario de Cámara pedí al anciano párroco, que salió de allí para rector del Seminario, me diera normas para conducirme en esa parroquia, y el único consejo que me dió fué: «No consienta usted los bailes agarraos».

Se fundó en este pueblo el Sindicato Católico Agrícola y fué muy floreciente, unido a la Federación Católica-Agraria de Salamanca.

Concurse a curatos, fui nombrado párroco de Parada de Rubiales. A este pueblo arribé en febrero de 1921 y al poco tiempo fundé también un Sindicato parecido al que se había fundado en el pueblo anterior. Que ¿cómo fué? Pues de la manera más sencilla. Fué por allí un padre salesiano propagando las ventajas que proporcionaba el cultivo de la veza para segarla en verde y dejar así abonada la tierra con el nitrato almacenado en sus raíces. Reunido el pueblo, casi todo él labrador, les explicó el padre las excelencias de ese sistema de cultivo —que en este momento se me ha

olvidado cómo se llama, es que ya la memoria va flaqueando—, y cuando les dije que preguntaran las dudas que tuvieran, se levantó uno del público y—a quemarropa—me hizo esta pregunta: «Diga usted, señor cura, ¿no podemos fundar aquí un Sindicato?». De momento, no se me ocurrió otra respuesta que ésta: «El Sindicato lo fundan ustedes el día que quieran. Vayan por mi casa y yo les aconsejaré». Y, efectivamente, no lo echó en saco roto, pues aquella misma noche se presentó en mi casa con otros cuatro, deseando su fundación. Les instruí sobre las gestiones que había que hacer, y antes de cuatro meses ya funcionaba el Sindicato admirablemente con unos 140 socios.

Yo les dije que los enemigos de esa obra eran principalmente los usureros—había alguno en el pueblo—y empezaron a hacerme una guerra sorda, que terminó descaída al advenimiento de la República. Me avisaron que había quien fuera de la iglesia estaba observando mis pláticas por si podían denunciarme a las autoridades. Fueron en propaganda electoral los candidatos de derechas y no les dejaron hablar, aunque de las urnas sacaron una mayoría aplastante, como les anuncié ese día, que estaban descorazonados por lo sucedido.

Yo tenía plena confianza, porque uno de los candidatos, aquel íntegro e intachable caballero que fué don José María Lamamie de Clairac, presidente de la Federación C. A. salmantina, ayudó con todos los medios pecuniarios que pudo, a los muchos socios del Sindicato para que pudieran sembrar sus tierras un año en que una formidable tormenta de pedrisco destruyó todas sus cosechas. Y aquellos hombres, reconocidos, votaron como un solo hombre la candidatura en que figuraba dicho señor, aunque no conocieran a los otros.

Y ¿a qué continuar más? Estuve después en Vecinos: buena gente, pero engañada. Tenía un anejo, y un domingo, próximo al Movimiento, cuando regresaba del anejo de decir misa, al dar la hora a una cuadrilla de doce segadores, me contestaron con el puño en alto.

El anejo está rodeado de garardías de reses bravas, y más de una vez tuve que retirarme a un lado de la carretera para dejar paso a las vacas y novillos (bravos) que trasladaban de un cercado a otro...

En este pueblo estaba cuando se inició el glorioso Movimiento, que dió al traste con todo aquel baldón que vivió nuestra querida Patria. Estuvimos mi hermana y yo tres noches en vela (alternando las horas). Un vecino mío me dió una escopeta con bastantes cartuchos de repuesto, diciéndome: «Si vienen, usted dispara, pero al bulto, no al aire». No hubo nada, gracias a Dios, porque si hubiera sucedido algo, no sé qué hubiera pasado. Porque una vez, de joven, disparé a una bandada de pardales y maté uno por casualidad... Debía haber allí más de doscientos...

Y así se han pasado cincuenta años de sacerdocio."

Viejos de edad, pero de espíritu joven y una robusta naturaleza. Esta fortaleza física es suya, y en la de su espíritu mucho tiene que ver lo que sí «Salmántica praestata».

F. COSTA TORRO

(Enviado especial)

Una vista de la península de El Cabo de Buena Esperanza



MEDIA VUELTA AL MUNDO

TODOS LOS PAISES
Y TODAS LAS RAZAS
EN LA RUTA DEL
CABO DE BUENA
ESPERANZA



DE SUEZ AL MEDITERRANEO VEINTE MIL KILOMETROS

PARA las gentes sencillas, que no saben de otra geografía que de la física, es seguro que cuanto está ocurriendo en este momento, tras el cierre del canal de Suez, todo debe parecerles sorprendente. ¡Y, sin embargo!...

Hay, en efecto, una geografía que nos influye mucho más que conocemos de singular trascendencia para el mundo entero. Es la geografía de la circulación o de los transportes. La que hace el milagro que podamos comer, por ejemplo, carne congelada de Argentina; bacalao de Terranova, trigo de Estados Unidos; vestirn con algodón egipcio o mandar arroz al Japón; naranjas a Escandinavia o cebollas y plátanos a Inglaterra. Precisamente este último país—el mismo que por extraña paradoja tiene que importar exactamente todo cuanto necesita cinco días de cada se-

mana—juntamente con Francia, que también necesita importar cuantiosos productos, han sido los que olvidaron la vigencia y el imperativo de esa colosal economía del transporte que hace a los pueblos de todo el mundo interdependientes y que obedece a los principios que nos muestra la geografía de la circulación. «¡Bah!—es probable que dijera más de uno en aquellos países—; si el canal de Suez se cierra, no pasará nada. Acaso, insinuaría quizá, aun no ha vivido el mundo muchos miles de años sin Canal para que ahora pueda preocuparnos que se cierre?»

Es cierto efectivamente, que el mundo vivió muchos siglos sin Canal. Es posible que conocieran los marineros de la época de los Faraones algún cauce artificial que permitiera el paso de pequeñas embarcaciones de remo entre el

Mediterráneo y el Rojo. He aquí lo que se ha dicho. Pero a la postre, si así fué, tal tráfico debió tener una importancia muy limitada. Luego, en fin, semejante comunicación, si existió realmente, se acabó. Y el istmo de Suez resultó, en consecuencia, una barrera terminante entre ambos mares, lo que quiere decir al mismo tiempo entre el Occidente y el Oriente. A decir verdad los hombres de la antigüedad realizaban un comercio muy reducido. Los pueblos púnicos traficaban en trigo que embarcaban en ánforas! La ruta de la seda, mucho más tarde, el camino de la India y de China, fué hallada por Marco Polo a finales del siglo XIII. El comercio con América después del descubrimiento de Colón, se limitó a metales preciosos, especias y poco más. Los grandes transportes, los cargamentos de

millones de toneladas, de rebaños y aun de cosechas enteras, es cosa de nuestros mismos días. Coincidiendo con los descubrimientos españoles los nautas lusitanos no sólo se lanzaron también al otro lado del Atlántico, sino que de modo muy especial reconocieron y cruzaron a lo largo de la costa africana. Juan II se intituló «Señor de Guinea». En el último tercio del siglo XV Bartolomé Díaz llegó hasta El Cabo, y como notara que navegaba ya allí hacia el Este comprendió que había envuelto, por el Sur, la costa africana. El extremo meridional del Continente recibió su nombre; Cabo de Buena Esperanza, sin que parezca cosa cierta que este nombre se le diera Juan II para reemplazar el de las Tormentas que se supuso dado por aquel navegante. Algún tiempo después Vasco de Gama, con ayuda de un piloto indígena y sobre todo, del monzón propicio, llegó al fin, desde El Cabo a la India. La ruta marítima del Oriente acaba de ser descubierta. Por ella navegará luego la Humanidad entera, hasta que un acontecimiento trascendental tuvo lugar el 17 de noviembre de 1869. Fué el día en que el yate imperial francés «L'Aigle», a cuyo bordo iba la Emperatriz, nuestra Eugenia de Montijo, surcó por primera vez el Canal que entre Port Said y Suez—161 kilómetros—había abierto Lesseps.

UNA RUTA TRES VECES MAS LARGA

La repercusión que tuvo la apertura de esta ruta—verdadero atajo en la navegación mundial—fué enorme. De Inglaterra a la India se reducía la travesía a la mitad y a una tercera parte la de China y el Japón. Hasta entonces el tráfico con Oriente se verificaba por buques que penetraban por el Mediterráneo, descargaban en la ribera del istmo sus mercancías, que se transportaban por tierra a la costa del Rojo, y allí embarcaban nuevamente para Oriente. Un procedimiento lento y costoso a la postre. Con la apertura del canal de Suez vino a coincidir el desarrollo de la navegación a vapor—que debería facilitar el tráfico por el Canal, muy difícil para la de vela—y, sobre todo, asimismo el incremento del intercambio mundial. Suez comenzó pronto a ver crecer su

tráfico hasta época reciente limitado a lo que se llaman ahora «mercancías secas»; generalmente, cereales, fibras, oleaginosos, minerales y manufacturas. Pero el motor de explosión iba a resolver nuevamente las cosas. El automovilismo, el avión y la motonavegación; incluso el uso del aceite pasado para los transportes ferroviarios terminó pronto por hacer del petróleo una mercancía de excepción y la primera de las materias primas estratégicas modernas. Surgió así, en competencia con las «mercancías secas», el petróleo como carga predominante en el tráfico del Canal, hasta el punto de representar un tonelaje ya muy superior, exactamente unos setenta millones de toneladas actualmente, de los que 20.5 van ordinariamente a Inglaterra, 12.1 a Francia, 8.6 a Estados Unidos—que, pese a ser el primer país productor, debe importar, no obstante petróleo—, 7.3 a Italia, dos a Bélgica, otros dos a Holanda, etc. No se olvide que el 24 por 100 de la producción mundial del petróleo corresponde a los países del Próximo Oriente y que allí, sobre todo, radica el 40 por 100 de las reservas mundiales de hidrocarburos.

Pero el Canal fué cerrado con ocasión del impremeditado ataque francoinglés, en cooperación con la agresión israelí. Los egipcios han hundido en aquel muchos barcos. Y ahora, hecha la paz, será menester limpiar el paso. Y, como siempre, aprender nuevamente que es mucho más difícil reconstruir que destruir. El Canal, en fin, va a ser dragado, y deberá quedar un día apto para el tráfico para el que se construyó; pero, mientras tanto, he aquí que la geografía de la circulación debe retroceder a la época de Bartolomé Díaz y de Vasco de Gama, y aun casi diríamos que a la de Neco, que se dice que fué el primero que unió al Rojo con el Mediterráneo por el Nilo y patrocinó, además, la primera circunnavegación de África, que realizaron los fenicios hace exactamente dos mil quinientos cincuenta y cinco años, esto es, más de veinticinco siglos y medio. Lo que ocurre ahora es que las circunstancias de la vida de los pueblos no son, naturalmente, las de tiempos tan remotos. Y, por consiguiente, si aquella

circunnavegación, que fué justamente una hazaña, realizada con débiles naves, hoy, para los grandes buques y para el inusitado movimiento que requiere la geografía de las comunicaciones y el creciente intercambio entre los pueblos, la interrupción del paso significa, sencillamente, una catástrofe. Puesto en el trance de traer a Europa—cuyo consumo de petróleo, en sus cuatro quintas partes, procede del Próximo Oriente—41,6 millones de toneladas de Arabia, 43 de Kuwait, 33 del Irán, 4.5 de Qatar, etc.; supuesta necesaria la ruta de Suez, y obstruida o dificultada la red de oleoductos que sale al Mediterráneo, será menester que los barcos petroleros den, como Neco y Vasco de Gama, la vuelta por El Cabo, lo que significa triplicar, al menos, la navegación. Justamente en Europa se sentirá, utilizando la misma flota petrolífera que la que navegaba por Suez, la falta de una tercera parte de estos buques, no porque no naveguen activamente, sino porque tardan tres veces más en recorrer el camino entre los pozos orientales y las destilerías occidentales. A los efectos de rendimiento es como si se hubiera ido a pique la tercera parte de la flota petrolera del mundo entero. He aquí la catástrofe a la que aludíamos, y aunque, por fortuna, semejante hundimiento no haya tenido realidad, las cosas se suceden como si ello hubiera acontecido realmente.

MEDIA VUELTA AL MUNDO

La ruta del Mediterráneo se ha reducido así y no volverá a su actividad de siempre hasta que el saco de este mar, ahora cerrado en Suez, vuelva a abrirse en su extremo. Los petroleros, pues, deben de momento—de desear es que sea por poco tiempo—, al salir del golfo Pérsico y del Rojo, en demanda de Europa, navegar hacia el Sur y no hacia el Norte. ¡Y África es tan larga! Ocho mil kilómetros mide su máxima longitud del Cabo de Buena Esperanza al Blanco, en Túnez. Casi otros tantos—7.500—hay a su vez del de Guardafui a la península de Cabo Verde, en Dácar. El Rojo constituye la primera parte de esta travesía nueva que han emprendido, en singular regata, los petroleros de todas las banderas del mundo. Es un mar estrecho y largo—2.200 kilómetros—, penoso por su calor sofocante y cuyo nivel, comparado con el del Mediterráneo, fué erróneamente calculado por los sabios franceses que acompañaron a Napoleón en la campaña de Egipto. Aquel error de los sabios, al suponer muy diferentes ambos niveles, tuvo una lamentable repercusión. Retrasó más de lo debido la apertura del Canal. ¡Verdad es que ahora, cuando tras de abierto su tráfico alcanzó este su máximo, los hombres, imperdonablemente, lo han cerrado a su vez!

Una circunnavegación de África, ciertamente que constituye un viaje turístico de interés sin igual, aunque los armadores prefirieran, naturalmente, que el viaje perdiera todo interés atrayente para convertirse, sencillamente, en comercial. Este trayecto de 20.000 kilómetros—media vuelta al mun-



El puerto de Sudán, casi a dos pasos del Mediterráneo, a través del Canal de Suez

do—desde Suez o desde el seno del Pérsico hasta la altura de la costa peninsular ibérica, por el Cabo de Buena Esperanza, en efecto, brinda una sucesión de paisajes, de vida y pueblos sorprendente. Africa es exactamente el país de los contrastes. Tiene inmensas extensiones estériles, como el Gran Desierto, junto a valles fertilísimos que recogen por hectárea doble cantidad de grano que las tierras de Europa; las aguas de los enormes ríos ecuatoriales endulzan, hasta cierto punto, las salinas del mar, mientras que hay lagos interiores, como el de Sad, totalmente salobres. Junto a las enormes cimas del Kilimanjaro, mil metros más elevadas que los gigantes alpinos, aparece la cicatriz hendida de los Grandes Lagos. Hay enormes arenales sin ninguna vegetación y bosques vírgenes en donde el sol no puede penetrar nunca. Regiones despobladas y concentraciones humanas enormes. Pueblos negros (dos terceras partes), blancos y gentes de otras razas procedentes de Asia. Bantúes fornidos y miseros pigmeos, Tierras singularmente lluviosas y otras extremadamente secas. Climas fríos, ardientes y templados a la vez.

HORDEANDO EL MAR ROJO

Este país egipcio que los bardos Españas, apenas si tiene dos Españas, apenas si tiene 30 000 kilómetros de suelo de gran fertilidad. Corresponden al valle del Nilo, a modo de un largo oasis que separa dos inmensos desiertos: el líbico, al Oeste, y el arábigo, al Este. Egipto era para Herodoto un presente del Nilo. Y así, efectivamente, es. En junio comienza este río a crecer y cambia el color de sus aguas de azul a verde. La crecida continúa hasta octubre. Su valle se cubre totalmente por las avenidas. Cuando el caudal decrece, el suelo aparece cubierto de un manto de limo rojo. Un inmenso barrizal que, al fin, el sol ardiente secará en tres semanas, dejando a sí preparado el terreno para la óptima cosecha de cereales o de algodón que se avecina. Los árabes dicen de Egipto, con razón, que es, sucesivamente, un campo polvoriento, un mar de agua dulce y un jardín de flores. El Nilo hace el milagro de semejante mutación. La última catarata de este río, la de Assuan, podría aumentar los beneficios de tan singular régimen. Y ahorrar el hambre de millones de «fellahs». Pero, desgraciadamente, semejante proyecto de construcción grandiosa, no ha servido hasta ahora más que para provocar una semiguerra, el cierre del Canal y quién sabe si algún nuevo mal posterior.

Sobre el borde del Rojo, Port Sudán es el gran puerto del país, este nombre un condominio de Inglaterra y de Egipto; hoy, tras un régimen de transición, se rige ya por un Gobierno y una Cámara propias. Allí, en Fachoda, que ahora se llama Kodok, estuvieron a punto de irse a las manos a principios de siglo, por la incompatibilidad de sus ambiciones coloniales, la propia Gran Bretaña y Francia. ¡Las mismas

potencias que ahora, de la mano, han asaltado la zona del Canal! «¡O tempora, o mores!» En seguida Eritrea, la antigua colonia italiana; le que abrió el camino de Abisinia y condujo a Adua, primero, el gran desastre militar de 1896, y a la campaña victoriosa de 1935-36, que convirtió al Monarca de Roma en Emperador de Etiopía en los días del fascismo.

Los americanos discuten ahora a los rusos su influencia en Abisinia. Moscú, en efecto, ha instalado en Addis Abeba una enorme Embajada (?), dispuesta a propagar por toda Africa oriental el credo de la revolución. No se olvide que si Africa es, como se ha dicho, la despensa de Europa y la gran reserva del Viejo Mundo, el interés del Kremlin no puede ser más que uno: perturbar allí, agitar cuanto pueda; predicar el anticolonialismo, como si no fuera el más nefando y criminal de los colonialismos el que la propia U. R. S. S. practica en los «satélites». Pero mientras que los italianos perdieron sus colonias de Eritrea, ingleses y franceses conservan la Somalia. Francia, por cierto, ha abierto en Yibuti la ruta ferroviaria de Abisinia, convirtiendo aquel puerto en su salida natural. Después, en fin, la Somalia italiana, el campo de batalla de Graziani, pues tras la última guerra, por las Naciones Unidas, bajo la administración fiduciaria de la propia Italia. Sobre la ribera del Rojo aún, en la costa de Asia, Yedda, el gran puerto de Arabia, que los americanos han mejorado tanto últimamente y que inaugura la ruta religiosa a la ciudad santa de La Meca. He aquí un lugar, el de este santuario islámico, por tanto, del máximo interés, no sólo religioso, sino político, incluso. El Islam es la religión del Dios único—«Alah», dicen los musulmanes, del que fué profeta Sidna Mohamed—Mahoma—, que reveló la verdad en el Corán—«El Kitab Alah», el Libro de Dios—. Las prescripciones más importantes de la religión musulmana son la oración, el ayuno y la visita, en peregrinación, al menos una vez en la vida, a La Meca. Esta peregrinación exige la visita a la Kaaba o La Homza y la estancia en Arafa o antigua Kaah. Una multitud de peregrinos llega, por tanto, a La Meca procedente de todo el mundo islámico. Tiene lugar un contacto constante entre gentes, unidas por la misma fe. Tal es la importancia que el precepto mahometano da a La Meca.



Massana, el mejor puerto de Eritrea y salida natural al mar, de Etiopía

KENIA, ZANZIBAR, MADAGASCAR, LA UNION SUDAFRICANA...

A la salida del golfo de Aden, y a la altura del cabo Guardafui, las rutas de los petroleros procedentes del Rojo y del Pérsico coinciden. Desde aquí estos barcos han de navegar hacia el Sur a lo largo de las costas de la Kenia, en donde la actividad de los mau-mau ponen en jaque a Inglaterra y en donde esta potencia ha creado, en Mombasa, una gran base aeronaval. Algo así como el Chipre del sur del canal de Suez. Aquí radica el Cuartel General de las fuerzas británicas de Africa occidental, que vigila atentamente la cuenca occidental del Indico en posición equidistante del estrecho de Bab el Mandeb, que lleva al Rojo y del canal de Mozambique, entre esta colonia lusitana y Madagascar.

Poco al sur de Mombasa, la isla de Zanzibar. De ella salieron los últimos viajeros que buccaron afanosos el nacimiento del Nilo. Uno de los más apasionantes misterios de la geografía de antaño. De esta isla hizo partir también Julio Verne, en la deliciosa novela que hizo feliz a la generación de nuestros viejos, el aerostato «Victoria», que capitaneaba el inglés Fergusson y que, al cabo de cinco semanas, descendía, tras de salvar el Tanganika, los Montes de la Luna (?) y la Montaña Aurifera (?), el lago Sad y la región de Tambottú, para alcanzar el Senegal. ¡Hasta este punto era ignorado aún Africa en 1862, fecha en que el novelista galo sitúa la prodigiosa aventura referida!

Madagascar, una de las islas mayores del mundo, cuya pacificación se debió al general Gallieni—el que luego realizara la feliz iniciativa de enviar soldados a cubrir una brecha en el Marne en los taxis de París—, es un viejo trozo de un Continente hundido frente a Mozambique. Esta última colonia portuguesa, con la simétrica de Angola, al otro lado de Africa, constituye uno de los países de mayor porvenir, a juicio del geógrafo alemán Zischka, por la fertilidad de sus suelos. Y, al fin, ya tenemos a nuestro petrolero hipotético bordeando las costas del Africa del Sur, que ya no son tierras de porvenir, sino sen-

cillamente del presente. La razón la proporciona la climatología y la minería a una. Porque África —no lo hemos dicho— es un país de singular simetría. El ecuador la corta por su mitad, de modo que los climas se suceden y corresponden con gran exactitud al norte y al sur de esta línea. Sobre ella queda la inmensa zona ecuatorial, con su clima húmedo y caluroso y su vegetación exuberante, el «infierno verde» que todo lo invade y todo lo domina. A ambos lados de esta zona, las regiones tropicales, con sus veranos lluviosos, ¡la mala estación!—al revés—, y sus inviernos secos, ¡la buena estación! Los países de las enormes estepas de las sabanas infinitas, en donde la población vive del campo —algodón y oleaginosos—; pero también de la ganadería. Una de estas zonas, la septentrional entre el Gran Desierto y la región ecuatorial africana, ofrece el más extenso espacio del mundo para la explotación de plantas industriales; no menos de diez millones de hectáreas. Al norte y al sur de las dos zonas tropicales quedan las zonas desérticas: el Sahara, al Norte, y Kalahari, al Sur, y, por último, en los extremos meridional y septentrional de África surgen dos grandes países de clima idéntico, mediterráneo, dulce y plácido, óptimos para que el hombre blanco que los puebla se aclimate. Tal es el caso de la vieja Berbería—Marruecos, Túnez y Trípoli—, en las riberas del mar Mediterráneo, y de las regiones, en el extremo africano opuesto, de África del Sur. He aquí un país rico y próspero éste; uno de los miembros más prósperos de la Comunidad británica. En el Orange hay trabajo para varias generaciones, se ha dicho, en los territorios auríferos de Oden-daalsrust y en los campos de labor de Vaal y El Artz. La ganadería tiene aquí posibilidades ilimitadas. Estamos en la zona del vacuno, como la de los desertos africanos, es la del camello; la del sur del Sudán y de Abisinia, del caballo, y el rebordé norte del Mediterráneo, del mulo, el asno y el caballo también. África del Sur es, sobre todo, famosa por su minería. Por la riqueza de sus diamantes, que se extraen en Pretoria (Transvaal). Por la abundancia del oro (primer productor del mundo). Las minas de Johannesburgo proporcionan 371 toneladas al año de este metal precioso, esto es, más de la mitad de la producción mundial. África del Sur es un país exportador de minerales, lana, pescado y frutas, y constituye, con Australia y Argentina —todos en el hemisferio meridional—, la más importante zona pecuaria de ganado ovino del globo. Estos tres países proporcionan, en efecto, el 56 por 100 de la lana que consume la industria mundial. Pero mientras que las impurezas de la lana argentina reducen su aprovechamiento al 36 por 100, la de las ovejas de África del Sur lo hacen sólo el 58, África del Sur, en fin, suministra a la industria lanera de la tierra el 13 por 100 de sus necesidades. Con el Congo belga forman una capitalísima

región minera de importancia excepcional. Además de la explotación del oro antes citada, apuntemos que de las 6.000 toneladas de plata que el mundo extrae al año, África del Sur proporciona 80, y el Congo, 160. Y, sobre todo, de los sólo 70 ó 100 gramos de radio que se logran en la tierra anualmente, casi la totalidad los proporciona la región de Katanga en la citada región congoleña. He aquí un dato de la importancia trascendental que vamos a apuntar. El radio se obtiene entre otros, de un mineral llamado uranita, que se encuentra en cierto mineral de cinc denominado pechblenda. Los belgas llevaban este mineral a su país, con anterioridad a la última guerra, además de cobre, que, como aquél, tiene en Katanga los más ricos yacimientos del planeta. Cuando la última guerra comenzó los alemanes encontraron en Olen, cerca de Amberes, grandes cantidades de pechblenda, del que se había extraído el radio. Fueron con aquellos materiales con los que se comenzó la investigación atómica por los propios alemanes en aquellos días de duro batallar, con ánimo de lograr armas nucleares. Desde entonces ha sido América la que principalmente se ha beneficiado de estos yacimientos de Katanga, que están actualmente defendidos por un sistema completo de armas antiáreas y de aviación propia. En 1945, al comienzo de la industrialización atómica, los Estados Unidos importaron de este rincón de África no menos de 9.000 toneladas de pechblenda. Desde entonces, aunque se carezca de nuevos datos, esta importación ha seguido aumentando. La defensa del mundo con las armas modernas tiene, pues, su «santabarbara» en el corazón mismo africano.

EL AFRICA NEGRA

Los países de la costa ecuatorial parte de Camerones y Togo, parte de Camarones y Togo y Sierra Leona, franceses —África Ecuatorial francesa— y modestamente, por su extensión, aunque no por su civilización, españoles (Guinea continental y Fernando Poo). Países de cultivos transformados y, sobre todo, importados, como el café, el cacao y la palma de aceite últimamente. Países de bosque ecuatorial, principalmente, de diversas especies, de ejemplares corpulentos y desarrollo multiseccular. Es el África negra por antonomasia. Mientras que el habitante blanco de África del Sur habita ciudades y pueblos de traza europea, con arquitectura análoga a la nuestra, con elevados rascacielos incluso en las grandes urbes, en el África Ecuatorial sólo las poblaciones son fundadas por los colonizadores totalmente, mientras que los indígenas practican originariamente una economía de tipo «colector». El «moreno» no tiene sino que alzar el brazo para coger bananas o abatir los cocos para alimentarse. Viven aquellos en chozas construidas con materiales vegetales—nipa—; cultivan yuca, y cuando el suelo se cansa trasladan sus poblados a otro lugar en el bosque,

previamente talado. La caza y la pesca completan su alimentación. El café de África del Sur habita, al revés, en chozas circulares, construidas también con materiales vegetales, rodeadas de empalizadas. La antropofagia, antaño muy extendida obedeció más a un rito que a otra razón; el deseo de asimilarse los espíritus de los muertos Stanley, el gran viajero de África, enviado por su periódico a la busca de Livingstone, describe, sin embargo, su natural alma cuando oía a los negros de las riberas del Congo, por el que navegaba, sus gritos de «mian mian» que quiere decir carne.

Estos países tropicales mantienen una temperatura elevada alrededor de 30 ó 35 grados, con escasas diferencias térmicas ni ya anuales, ni siquiera diarias. La lluvia es muy abundante. Hay motivos para suponer que en la parte sur de nuestra isla de Fernando Poo el régimen pluviométrico es análogo, y acaso superior, al de Tehrany, en la zona indostánica del Himalaya, esto es, del orden de 12 metros de lluvia anual, es decir, de 20 ó 22 veces más que en Madrid, lo que significa el máximo mundial o muy poco menos.

Estas regiones ecuatoriales en las que el europeo se aclimata con más dificultad, proporcionan el 70 por 100 del cacao del mundo y han visto aumentar en sólo diez años hasta el doble su producción de café y de té. Sobre su litoral se han establecido puertos importantes, mode nos, así como aeropuertos. A ellos llegaba durante la guerra última el esfuerzo y la ayuda militar de los Estados Unidos, que utilizaban el puerto de Konat y el de Takovady principalmente; pero también algunos aeródromos como el de Batursh, y, sobre todo, Accra. Desde estos puntos un puente aéreo permitía mantener la guerra en Libia, ya que el acceso del Mediterráneo estaba a la sazón interrumpido. Todas estas bases han permanecido equipadas después y aún se han ampliado notoriamente, sobre todo las navales. Sobre el extenso campo de Accra, de suelo laterítico, vimos estacionadas bien pasada la guerra, fuerzas aéreas americanas y británicas. Pero también en las oficinas inglesas de la colonia (refratos de Station), que denunciaban un grave fallo en la causa de la defensa occidental. En efecto, la actividad extremista, que allí se viste también de anticolonialismo, es considerable. Rusia no descuida, decididamente al Continente negro.

En la Costa de Marfil se levanta el típico palacio de Korogho, de barro encalado, que hay que reparar cada vez que sopla un «tornado».

Liberia, más al Norte, es un fruto del prematuro anticolonialismo americano a su vez. Una fundación de Monroe—de ahí el nombre de Monrovia, la capital—, de negros libertos, en régimen republicano. A lo largo de la costa de este país discurre un tráfico marítimo importante entre Europa y África ecuatorial atlántica. Liberia progresa y desarrolla su economía decidida-

mente. No faltan allí españoles que la impulsan; pero el principal esfuerzo lo realiza el dólar americano. La Firestone se instaló hace tiempo para lograr caucho, porque África atlántica, en efecto, se convierte cada día más en país exportador de latex. La Liberia Company fué el último impulso que proporcionó a esta actividad el grupo financiero de Stettinius.

DAKAR, PUNTO DE APOYO PARA SALTAR A AMÉRICA

El viaje de nuestro petrolero hipotético nos proporciona ahora un panorama nuevo. Las costas del África Occidental francesa acusan ya la transición. El África tropical va a dejar paso a la desértica. En el A. O. F. será menester doblar la península de Cabo Verde y Dákar. He aquí un punto bien situado para saltar a América por lo que fuera antaño meta obligada de la travesía oceánica de las primeras rutas aéreas. Hoy en día este puerto y este aeródromo son de los más activos de África. Las pistas de aterrizaje se han ampliado hasta los 3.800 metros, y la dársena del puerto se ha dragado para admitir más buques y mayores. En el interior, cultivos de oleaginosos y algodón y cría de ovejas y vacas sobre las inmensas praderas del país. Es la región también de la nuez del «karitá», que proporciona manteca vegetal muy sabrosa. Más al Norte, a babor, el vigía señalará las islas portuguesas de Cabo Verde, otro eslabón con América, y en cuyo grupo, la llamada de la Sal constituye actualmente un muy generalizado apoyo para que salten el Atlántico los aviones que se dirigen desde Europa a Centro y Sudamérica.

Las costas de Mauritania—son ya un preludio de las españolas del Sáhara. El Gran Desierto es casi tan extenso como toda Europa, y más, desde luego, que los Estados Unidos. Llega del Rojo al Atlántico y está constituido por elevadas montañas abrasadas—el «hoggar», suelos de arenas—el «erg»—y terrenos duros y pedregosos—la «hammada». Sobre este país agrícolamente estéril, quizá mañana, en contraste, rico emporio minero, habita una población muy poco densa—los «saharauis»—en trasiego constante con sus camellos, buscando siempre los territorios que han recibido la última lluvia. Viven en tiendas—«haimas»—que transportan sobre el lomo giboso de aquellos animales. El camello es así su medio de transportes, pero, además, les proporciona leche, pelo para tejer sus tiendas, pieles para fabricar odres que conserven el agua, y hasta el estiércol de este animal se utiliza como combustible, en un país en que no siempre se encuentra qué quemar. Estos hombres—blancos, aunque morenos—enjutos, que «navegan» por el desierto orientados por los astros con la misma seguridad que el marino por el mar, mantienen un comercio simple y rudimentario en su constante caminar y siembran ocasionalmente al paso, en algunas «dayas», un poco de cebada que nadie sino ellos recogerá al regreso, si es que no ha faltado la hume-

dad precisa para que pueda germinar. A través de distancias enormes, salvadas Dios sabe a costa de cuánto tiempo, se encuentran en nuestro Sáhara productos procedentes de Egipto y al revés. Los «hausas», por ejemplo, han llevado hasta las riberas ecuatoriales oceánicas un arte decorativo y hasta un modo de vestir que recuerda demasiado bien al de Egipto. Pero la civilización no se detiene. En medio de este trasiego multiseccular, las caravanas de hoy llevan su radio para escuchar las emisoras orientales y conocer los pormenores de la situación del pleito del Canal!

La gran meseta africana llega casi horizontal y elevada hasta el mar. Una orilla acantilada e inhóspita la delimita. Algunas escotaduras, restos de viejas «sebas» hundidas, por las que penetra el mar, forman sus más seguros refugios; Port Etienne—donde España tiene reconocidos derechos de pesca por el Tratado de París de 1900—y Villa Cisneros, ya en nuestro Río de Oro. Estamos, en efecto, sobre una zona litoral muy rica en pesca, parte de la cual se beneficia y sala en nuestras Canarias para luego exportarla al África ecuatorial. Villa Cisneros es también un aeródromo transoceánico y un puertecillo pesquero, en construcción. Orienta su actividad hacia el mar y el subsuelo, porque el suelo es singularmente pobre. Nos hallamos en el ribazo atlántico del Gran Desierto, en efecto, casi exactamente sobre el trópico de Cáncer. Una costa áspera y sin refugios, que España ha alumbrado ya; el territorio de Ifni, un pequeño enclave español, frente a Canarias, y, en fin, el grupo de este archipiélago, que es español desde los días lejanos de Enrique III de Castilla, y que conquistaron y anexionaron definitivamente los Reyes Católicos. Los nuevos estudios de investigación prueban que los navegantes peninsulares, singularmente originarios de las riberas andaluzas del Atlántico, frecuentaron estas aguas canarioafricanas desde tiempo inmemorial. Desde hace cinco siglos la riqueza pesquera estaba regulada y explotada por los navegantes hispánicos de Andalucía. Canarias son hijas del volcanismo. Sus vallonadas fértiles, cuando disponen de agua suficiente, crean el vergel de sus plataneras y de sus cultivos de tomates. Pero Canarias son, además, una posición de ventaja so-

bre las riberas de África, en el camino de Europa a África meridional y a América central y del Sur. De aquí la actividad singular de sus puertos principales: Santa Cruz de Tenerife, que posee una gran refinería de petróleo, y, sobre todo, el de La Luz, en Las Palmas. He aquí dos «puertos de escala» de una importancia excepcional. En 1953 darán un total de 57.310 buques entrados en los puertos españoles; 3.278 lo hicieron en el de Santa Cruz de Tenerife, y 4.506 en el de La Luz. Este movimiento fué análogo e incluso superior al de los dos grandes puertos peninsulares, Barcelona y Bilbao, y poco inferior al de Gijón, muy activo por el tráfico de carbón. Pero en la actualidad, como consecuencia de la crisis de Suez, el total de barcos que hacen escala en los puertos canarios se ha acrecentado rápida y notoriamente.

EL LITORAL RECTILÍNEO DEL MOGREB

El itinerario de la circunvalación de África va a terminar. Siguiendo la ruta hacia el Norte la navegación deja a levante el litoral rectilíneo del Mogreb, costa rica en pescado—Safi, uno de los principales puertos sardineros del mundo—y que centra en Casablanca la casi totalidad del tráfico marroquí exterior, principalmente consistente en exportación de fosfatos y cereales. Casablanca era penas un pueblo insignificante cuando hace medio siglo acudieron allí españoles y franceses para pacificar el país. Ahora es una inmensa y moderna urbe de unos 700.000 habitantes. Más arriba, Port Lyautey, base aeronaval, y, en fin, Feddala, cabecera del nuevo oleoducto americano que transporta la esencia a doce atmósferas a las cinco bases aéreas yanquis situadas en el Imperio. Cerca del Estrecho de Gibraltar, en la desembocadura del Lucus, Larache, una antigua ciudad reconstruida y modernizada por la obra de España. Allí, junto al río, estuvo Lixus, de la que Plinio el Viejo nos contó, entre otras maravillas, que en ella residió Anteo, el Hijo de la Tierra, vencido por Hércules en una descomunal pelea, y que allí estuvo también el fabuloso jardín de las Hespérides, cuyas extra-

Vista general del puerto de Dákar





El puerto de La Luz, en Santa Cruz de Tenerife

ordinarias y famosas naranjas las guardaba un dragón que fué muerto por el propio Heracles. En el Periplo fabuloso de Hannon se cuenta también cómo al cumplir este almirante púnico la orden de los cartagineses, cruzo el Estrecho con ánimo de fundar ciudades y llegó a Lixus, junto a la cual los indígenas apacentaban sus rebaños. Y, en fin, algo más al Norte, la ruta de África del Sur a Europa occidental pasa a la altura del Estrecho de Gibraltar, otra empresa colosal del gran Hércules, que abrió por allí paso a las aguas entre el Mediterráneo y el mar Tenebroso. ¡La circunvalación africana termina así! Más al Norte es probable que el petrolero hipotético, cuyas singladuras hemos seguido, busque aligerar rápidamente su carga y encontrar breve descanso en algún puerto británico o francés; quién sabe si también escandinavo, belga o de los Países Bajos, aunque muy bien pudiera nuestro buque, a la altura del golfo gaditano, hallar la embocadura del Mediterráneo y, por entre las dos columnas hercúlicas, Abyla, el actual monete Musa, junto a Ceuta, y Calpe, el Peñón «español» de Gibraltar, alcanzar un puerto de nuestro Levante mismo—la rada de Escambreras, donde está la otra refinería española—, del sur de Francia o de la alargada bota italiana. ¡La sed de petróleo es tan grande en el mundo!...

LA ESPALDA DE EUROPA

Comercialmente, la ruta de circunvalación africana, que actualmente debe seguir el petróleo del Oriente Próximo, es demasiado larga. Ya lo hemos dicho, el producto resulta así forzosamente encarecido por la longitud del transporte. En la paz, si la paz es, como deseamos, algo tangible y real, semejante circunvalación es absurda y sólo explicable por los desatinos de los hombres. Pero en caso de guerra es probable que esta ruta le resultaría impuesta al Occidente. El Mediterráneo deberá entonces ser un paraje demasiado peligroso para la navegación por él. La presencia de buques rusos en el litoral albanés (Sasfemo), y quién sabe si en las riberas de algún otro

país comunista (Yugoslavia) y la actividad de la aviación y de la flota submarina rojas harían, sin duda alguna, peligrar demasiado esta ruta. El camino de El Cabo podría imponerse entonces por razones de una seguridad necesaria. Es por ello feliz que el mundo occidental, las grandes marinas del globo, se hayan decidido a construir una moderna flota de buques petroleros de gran tonelaje. Podrán ser estos barcos indispensables en el caso, no desgraciadamente improbable, de un conflicto. He aquí la única ventaja que cabe deducir de la crisis actual.

A su vez, África es un continente clave en la estrategia mundial. Su posesión y amistad le importa fundamentalmente al Occidente. Se ha dicho, no sin razón, que África es la reserva de nuestra superpoblada Europa. Y, en efecto, así es. El potencial económico africano, capital para la defensa del Oeste, es considerable. Pero sobre todo prometedor. No se olvide que en gran parte África es aún desconocida o al menos no suficientemente conocida en la actualidad. Se sabe, sin embargo, que en ella radican disponibilidades ingentes de energía; el 40 por 100, por ejemplo, de las reservas hidroeléctricas mundiales, y más de la mitad del «uranio» y del «torio» que atesora la tierra. La extracción del carbón africano no supera hoy a la de la pequeña Bélgica o a la del Japón. Pero las reservas africanas de hulla se han calculado en 210.000 millones de toneladas. Aunque la producción de petróleo, en África, no sea hoy demasiado importante, adviértase que, por término medio, los pozos de Egipto producen 47 toneladas, mientras que los norteamericanos no llegan a dos.

La defensa de África, como almacén y aun como «espalda de Europa»—tal como la calificó nuestro Caudillo—es, por tanto, esencial. Sus puntos claves están en su contacto con Asia y en el Estrecho de Gibraltar. En el primero la situación actual es delicada e incluso preocupadora. En el Estrecho la posición occidental es firme gracias a la amistad de España, con América y Marruecos. Liddell Hart, abundando en

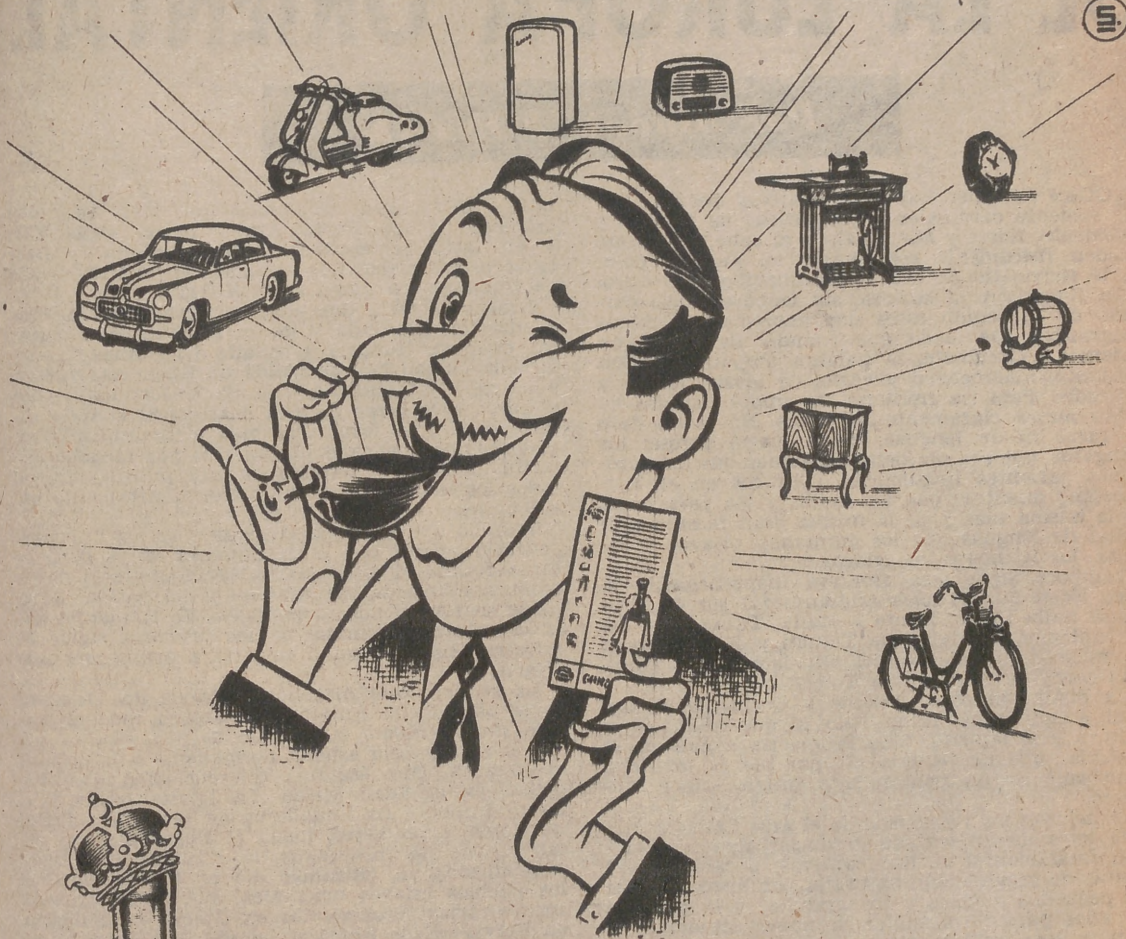
lo dicho, recomendó en su día al Estado Mayor británico que, con preferencia al apoyo militar en el Próximo Oriente, la Gran Bretaña se apoyará en África occidental. He aquí lo que ha confirmado la instalación en Mombasa de una gran base militar. Inglaterra, a su vez, ha mejorado, desde que terminó la última gran guerra, sus bases navales y aéreas del litoral atlántico de África. Francia pensó en la defensa de su mundo africano—una tercera parte del Continente—por zonas o bloques. La situación actual en los territorios ribereños del Mediterráneo, sin duda, ha debilitado su posición. Los Estados Unidos incluso han buscado apoyo en África; con la base de «Wheclus» por ejemplo, en Libia—uno de los aeródromos militares más importantes del mundo que guardan 6.000 hombres—y con los de Marruecos, de Nuaser, S. Silman, Bulhau, Benguedir y Yemaa Sahin, Rusia, en cambio, acecha, inquieta y agita. Desde Lenin el comunismo sabe que su misión es revolver el mundo colonial. En su libro, sobre los problemas del leninismo, Stalin añadió claramente: «Las colonias son las reservas de la revolución proletaria.» Es allí en donde Moscú ha pensado siempre asestar el golpe decisivo a las potencias capitalistas rivales. Un plan de conjunto para defender África no existe. Y debería existir. Militarmente la debilidad máxima del Continente radica en las diferencias existentes entre las potencias europeas y los pueblos ya libres del Continente vecino. Pero también, de un modo especial, en la debilidad de las comunicaciones. Un sistema de transportes aéreos de una fuerza armada común, lista para intervenir donde fuera preciso, sería un gran paso en la estrategia defensiva de este Continente, que ha pasado, de un salto, del «portador» y del camello al avión y que apenas si cuenta con una red ferroviaria—70.000 kilómetros—cinco veces menor que la europea y nueve que la norteamericana, aunque Europa sea, no obstante, por su extensión una tercera parte de África y los Estados Unidos, la cuarta parte tan sólo.

HISPANUS

SUSCRIBASE USTED A

LA ESTAFETA LITERARIA

(Un año: 100 pesetas. Seis meses: 50 pesetas :—: Administración: Montesquiza, 2 - MADRID)



"Cada 7 días, el número SOBERANO de González Byass"

Con cada botella, una tarjeta para concursar
¡SOLICITELA!

Vd. no tiene nada más que elegir un número, del 1 al 121, y si acierta, puede obtener cualquiera de estos 8 regalos que se darán **TODAS LAS SEMANAS**, sorteándolos entre los acertantes:

- | | |
|--------------------------|---|
| 1.º Un scooter LAMBRETTA | 5.º Una máquina de coser ALFA |
| 2.º Un frigorífico EDESA | 6.º Un reloj de pulsera OMEGA |
| 3.º Un VeloSolex ORBEA | 7.º Un mueble-bar ALFA |
| 4.º Una radio PHILIPS | 8.º Un barrilito de lujo de Brandy SOBERANO |

Un coche SEAT al final del concurso para sortearlo entre los acertantes no agraciados en los premios anteriores

Escuche la emisión de los viernes, a las once de la noche, por la cadena de emisoras de la SER, donde al azar, se sacarán los números premiados

GONZALEZ BYASS

PUEBLOS OCCIDENTALES DE LA EUROPA ORIENTAL

Por Antonio FONTAN

POCAS nociones hay más relativas que las meramente cardinales y geográficas de Oriente y Occidente. Norte y Sur, al fin y al cabo, en cuanto pueden físicamente concretarse en los dos polos de la tierra, tienen una determinación más clara.

La historia y la cultura, sin embargo, han cargado de contenido estos dos imprecisos términos geográficos. De modo que cuando alguien dice Oriente u Occidente, la palabra ampara todo un conjunto, heterogéneo y vario, de ideas, hechos y actitudes. Pero las fronteras de ambos mundos no están nunca claramente definidas. No es cuestión de razas ni de lenguas, desde luego, porque los húngaros, que son occidentales, tienen sus más próximos parientes lingüísticos o étnicos en el Turquestán; mientras que los indios y los persas son de la misma raza y de la misma gran familia universal de lenguas que los germanos eslavos y sajones, los latinos y los griegos.

Tampoco sigue esta frontera inaprehensible la línea Norte-Sur de los meridianos: al sur de Grecia se halla Libia; frente a Italia, Túnez; por las orientalísimas ciudades de Tetuán y Xauen pasan los mismos meridianos del Guadalquivir y están más cerca de Sevilla que Toledo.

La distinción entre Oriente y Occidente es tan sutil e indefinible como todo lo que afecta a la cultura y al espíritu, todo lo que ha nacido de la Historia: que no se deja atrapar por la artificial cuadrícula de un pensamiento intemporal y abstracto.

De aquí que a veces, cuando el azar de las armas o la letra de un tratado producen alguna alteración fundamental de las fronteras, o cambian las órbitas de gravitación—naturales por históricas—de los pequeños pueblos y los grandes, y el paso de los años parece consolidar la nueva situación, el hombre más avisado puede verse sorprendido por una mutación involuntaria de sus propias categorías mentales, o, por decirlo más breve y claramente, de sus modos habituales de pensar.

A fuerza de repetir las palabras Alemania Oriental y «la mitad oriental de Europa», estábamos a punto de aceptar ya como un hecho consumado que Dresde y Leipzig, o que Budapest, Varsovia y Praga fueran ciudades más ligadas a Moscú, y quién sabe si a Pekín, que a Roma o Viena.

Un estallido violento como el que en estas últimas semanas han protagonizado unos húngaros heroicos, revela, por un lado, que el hombre no está hecho para sufrir la implacable tiranía monolítica del comunismo, pero muestra también, por otra parte, que es un grave pecado político que se paga con sangre—con sangre de inocentes muchas veces—contradecir a la Historia.

El pueblo húngaro fué seguramente el último incorporado a la comunidad cristiana de Occidente. En el año 1000—cuando en Francia había Capetos, y existía Castilla, y Cataluña tenía ya cuatro barras rojas por escudo—terminaba la vida itinerante y nómada de un pueblo asiático que se instalaba en las fértiles llanuras del Danubio. Vinieron en seguida la evangelización y los Reyes santos de los primeros siglos—San Esteban, San Emerico, San Ladislao, Santa Margarita, Santa Isabel—, los monasterios y el

latín. (En latín se escribieron las primeras crónicas de los Reyes Arpad en el siglo XII, y en latín se escribía y se enseñaba, y hasta se pronunciaban los discursos en el Parlamento de Budapest en pleno siglo XVIII.)

Gracias a estos dos grandes hechos de su cristianización profunda y de su romanización cultural, pudo ser Hungría, a caballo del Danubio, como la bella ciudad hoy destruida de Budapest, bastión o marca de Occidente, con varia fortuna, frente al turco a lo largo de casi cuatrocientos años. Literatura y arte, formas de vida e instituciones sociales, impregnadas desde su raíz por el doble espíritu cristiano y romano de este pueblo, son, en todos los momentos de su historia, netamente occidentales.

Todo lo que hasta aquí se dice de los húngaros podría repetirse con otros nombres, otros datos y otras fechas, de los eslavos occidentales—polacos, croatas, eslovacos, ucranianos—y del pueblo latino—por su raza y por su lengua—, de Rumania, que la colonización romana de los primeros siglos de nuestra Era dejó como colgado a orillas del mar Negro.

La primera diferenciación histórica del Occidente es obra de la Antigüedad: abarca todo el ámbito mediterráneo, en el que la paz secular que aseguró Roma dió asiento permanente a la cultura grecolatina. Una segunda diferenciación histórica ocurre en la Edad Media. La Iglesia latina y el Sacro Imperio, continuadores de la obra cultural de Roma, extendieron hacia el Norte, al paso del latín y de los misioneros, la civilización antigua cristianizada ya. (Bizancio dió un tono peculiar a los pueblos eslavos orientales, que la dominación turca—varias veces secular en Grecia, en Bulgaria, en Servia—y los Romanof, desde San Petersburgo y Moscú, acentuarían en sus caracteres específicos.)

El nacionalismo romántico del siglo XIX se superpone a la anterior historia, despertando lenguas e instituciones. Era un proceso de enriquecimiento o histórico, siempre que no se quisiera eliminar como un gravoso lastre viejo la sustancial comunidad de cultura.

El hecho drástico y brutal del «telón de acero» no podía vencer en un pugilato con la Historia. La fuerte presión policiaca y militar de que se vale el comunismo para asegurar sus conquistas, puede alguna vez, y por algún tiempo, crear un angustioso y artificial silencio que parece la señal de que se extinguió la vida.

Pero los sucesos de Budapest, como antes los de Poznan, nos han devuelto el verdadero rosario de los pueblos. No sabemos bien si los hombres del coronel Pal Maletas eran de la raza de los cruzados de Juan Hunyadi o de Matias Corvino, o románticos nacionalistas revolucionarios como Koschut. En cualquier caso, los bravos y admirados combatientes de la libertad de Hungría, con su anticomunismo, profundo u ocasional, han sido los vengadores de la Historia. Y su sacrificio, una voz de alerta oportunísima para los otros europeos occidentales que se duermen a la verdadera realidad de la hora presente porque se sienten cómodos, tienen paz, son libres y no temen la llegada de la noche.



Budapest. El puente de Kosuthbrueks sobre el Danubio. Al fondo el Parlamento

¿SOLUCION EL 20 DE DICIEMBRE?

TORTUOSOS MISTERIOS ENVUELVEN EL CASO DE las VIUDAS de EASTBOURNE



EL detective superintendente Herbert Hannam bajó del coche y avanzó hacia la casa. Caía la noche en Kent Lodge, Trinite Trees, Eastbourne. El detective esperó antes de llamar a la puerta, para dar tiempo a que el plan previsto se desarrollara con toda perfección. Un coche quedó enfrente, guardando la fachada de la casa y otros dos se colocaron detrás.

Llamó al timbre. Al poco rato abrió la puerta el doctor John Bodkin Adams, vestido con abrigo y sombrero negros. El superintendente dejó caer muy lenta la pregunta:

—¿Dónde va usted, doctor Adams?

—Voy a repartir unos premios en una fiesta benéfica.

—Lo siento. Soy inspector de Scotland Yard. Tendrá usted que acompañarnos a la comisaría.

El doctor Adams entonces pidió permiso para hacer dos llamadas telefónicas. Habló primeramente con un oficial de la Y. N. C. A., explicando que le era imposible asistir a la fiesta, e inmediatamente se puso en comunicación con su abogado, mister H. V. James, rogándole se acercara a su domicilio en el más corto plazo posible.

Luego el doctor Adams se negó a hablar. Entretanto la casa era sometida por la Policía a un escrupuloso registro, en busca de alguna prueba que pudiera añadirse a las ya existentes. Tres maletas fueron transportadas a los coches que esperaban abajo, así como diversos medicamentos y botellas. Veinte minutos más tarde llegó Mr James y acompañó al doctor Adams a la comisaría, que dista un cuarto de milla de la casa.

Al cruzar la puerta, el superintendente Hannam eran las diez y veinte del día 26 de noviembre de 1956.

SCOTLAND YARD CREE POSEER LAS PRUEBAS QUE CONDENARAN AL DOCTOR JOHN B. ADAMS

De esta forma comenzó un apasionante proceso que durante mucho tiempo no tuvo más realidad que los cuchicheos en los salones de té y en las pensiones de Eastbourne. Realmente, todo el asunto tiene una tónica misteriosa, extremada, desde los hechos hasta los protagonistas y el ambiente.

El doctor Adams, de cincuenta y siete años, calvo, redondo de vientre, ojos escondidos tras unas gafas, anchas y macizas espaldas, es el médico de Eastbourne, elegante estación-balneario de la Mancha, a cien kilómetros de Londres. El pueblo, casi siempre silencioso, con augusta paz, es refugio constante de los turistas de cierta edad debido al reclamo de su clima y de su playa, que está considerada como la menos húmeda de Inglaterra, ya que allí sólo llueve durante ciento sesenta y cinco días al año.

Eastbourne es el paraíso de la edad madura. Mujeres y hombres rondando los sesenta años pueden verse en cualquier momento tomando el sol en las terrazas de los tres hoteles más importantes: el Gran Hotel, Berlington Hotel y Cavendish Hotel. Por los parques, cuidados por los mejores jardineros del Reino Unido, se pasean las viudas adineradas, que al atardecer asientan a la única «boite» que existe y que apaga sus luces y cierra sus puertas a las diez y media de la noche.

El doctor Adams, acusado del crimen más sistemático y más cerebral que registra la historia moderna



También, cuando hay función, se las ve en el pequeño teatro local, cuya principal figura es una mujer de cincuenta y cinco años.

La mayor parte de estas mujeres constituyen la clientela del doctor John Bodkin Adams. Y precisamente como consecuencia de sus visitas a las viudas comenzaron a surgir los primeros hechos y se recorrieron los primeros peldaños de una larga lista de sucesos misteriosos.

«HA MUERTO ENVENENADA»

—Mistress Gertrude Joyce Hullet ha muerto envenenada.

—¿Qué dice usted?

—Estoy absolutamente seguro de lo que digo.

La noticia corrió por Eastbourne como la pólvora. Otro médico, llegado de Londres, había rectificado el diagnóstico del doctor Adams, tras analizar sus vísceras, llegando a la conclusión de que la muerte se produjo como consecuencia de haber tomado treinta y seis tabletas más de la dosis normal.

Y el hecho, verdaderamente extraño, vió la luz un poco más tarde, dando pie a las cábalas y la sorpresa, Mrs. Hullet, algunas semanas antes de su muerte, había cambiado su testamento en favor del doctor Adams, expresándole con cálido y emocionado acento su reconocimiento por sus desvelos en el transcurso de su enfermedad.

Dos días más tarde la noticia traspasó los límites de Eastbourne y fue publicada por un periódico londinense, alimentando de este modo la voracidad de un público que se acerca a lo morboso.

En el pueblo los ánimos estaban algo excitados. El doctor Adams, en su paseo habitual, era seguido por las miradas recelosas de los hombres y por las apasionadas palabras de las viudas. Algunas, con lágrimas en los ojos, paraban sus elegantes «Roll-Royce» y le hablaban llenas de indignación:

—Es terrible, doctor, que un hombre como usted se vea perseguido por esa odiosa calumnia. En lo que a mí se refiere, quiero manifestarle que no creo absolutamente nada y que confío plenamente en usted.

El doctor Adams, tras poner una cara de circunstancias, bajaba los ojos y se encogía de hombros, como asegurando que todo aquello era completamente absurdo. Pero al paso de los días algún curioso husmeó en los archivos y lanzó una bomba a la opinión pública: 455 ancianas habían muerto en un período de veinte años en Eastbourne. De ellas, 300 habían testamentado a favor de John Bodkin Adams, médico irlandés, fluctuando las cifras heredadas entre las veinte y las cien mil pesetas, pasando por regalos de automóviles y cuadros de arte. Esto en lo que se refiere a los legados modestos.

La coincidencia de ser el doctor siempre el mismo y el único heredero abrió una encuesta inmensa entre la gente de toda Inglaterra, que, día a día, iba enterándose de más detalles y perfilando claramente el drama silencioso que se desarrollaba en Eastbourne.

Comenzaron a llegar datos con-

cretos. Muchas de las virtudes habían muerto en circunstancias sospechosas, envueltas en espeso misterio, y a menudo se leía en los testamentos la voluntad de que sus cuerpos fueran incinerados y arrojadas después las cenizas al mar. Suponiendo que existiera un asesino, ¿no sería este el mejor método para producir la muerte por envenenamiento, quitando a la Justicia toda posibilidad de demostrar y esclarecer el delito?

La primera lista de mujeres fue redondeada: Florence Emily Chessum, que en 1936 le había dejado al doctor una herencia muy considerable en aquel tiempo, puesto que alcanzaba la cifra de setenta mil pesetas; Emily Tonlinson, que especificó que sus cenizas se arrojaran a las olas del canal de la Mancha; Edith Alice Morrell, que, pese a sus ochenta y un años, no había perdido su coquetería y se tocaba con un sombrero disparatado, mientras en su cuello brillaba un collar de perlas de tres vueltas. Poco antes de su muerte cambió su testamento en favor del doctor Adams; Julia Bradnum, propietaria de una maravillosa casa en Eastbourne, muerta casi de repente tras una visita del médico irlandés. Y cerrando la lista, Sara Florence Jane Henry, prima de Adams y ángel guardián de su profesión. Esta señorita fue por cinco veces testigo de que los moribundos testamentaban a favor de Adams, para más tarde, a su propia muerte, dejarle todos sus bienes, que ascendían a la respetable cantidad de seiscientas mil pesetas.

Todo ciertamente curioso y digno de tenerse en cuenta por la Policía, que, al fin, tomó cartas en el asunto y el 21 de agosto pasado le hizo comparecer, a título de testigo, ante el Tribunal que, conforme a la ley inglesa, debía decidir si la muerte de Mrs. Gertrude Joyce Hullet era natural o si, por el contrario, la viuda había sido víctima de un asesinato, sin excluir tampoco la posibilidad de un suicidio.

DECLARA LA HIJA DE LA VICTIMA

Palacio de Justicia de Eastbourne. Nueve de la mañana. Los jurados, seis hombres y dos mujeres, se sientan, tras haber declarado abierta la sesión el coronel de Sussex del Este, Somerville. El primer testigo se acerca a declarar. Es Evelin Patricia, hija de la víctima, de diecinueve años. Habla firmemente:

—Cuando mamá perdió a su segundo marido recibió una herencia de noventa y cuatro mil libras (nueve millones cuatrocientas mil pesetas).

—¿Dónde vivía su madre?

—En Holywell Mount, la propiedad que está a la entrada de Eastbourne.

—¿Le dijo algo su madre al ponerse enferma?

—Sí, Me contó que el señor Adams le había aconsejado tomar somníferos.

—¿Cuente todo lo ocurrido.

Evelin Patricia habla con voz velada. Recuerda los instantes dolorosos de la muerte de su madre. Un 19 de julio al llegar de su trabajo a la finca el ama de

llaves le comunicó que su madre no había bajado a comer. Sumo rápidamente a la habitación y la encontré postrada los ojos enmarcados por círculos azules y parecía como si estuviera profundamente dormida, con un sueño extraño. Asustada, llamé inmediatamente al doctor Adams; pero estaba ausente, y entonces llegó el doctor Vicent Harris, que se limitó a decir que Mrs. Hullet presentaba un estado comatoso y gravísimo.

—¿Cuándo falleció su madre?

—El día 23.

—¿Fue vista por el doctor Adams?

—Sí. El estuvo a su lado las dos últimas noches. Yo insistí en que mi madre fuera llevada a una clínica.

—¿Qué dijo el doctor Adams?

—Se opuso terminantemente.

—¿La visitaron más médicos?

—El doctor Shera, quien aconsejó que se le hiciera un lavado de estómago. El especialista diagnóstico un envenenamiento por barbitúricos.

—¿Qué dijo a esto el doctor Adams?

—Se encogió de hombros y respondió: «Mrs. Hullet muere de congestión cerebral».

El día 23, aún caliente el cadáver de Mrs. Hullet, Evelin Patricia recibe un sobre sellado conteniendo el testamento de su madre. En él se especifica que decidiendo cambiar el testamento, otorga la mitad de sus cuantiosos bienes a John Bodkin Adams, además de su Rolls-Royce y de un automóvil «M. G.» que le había prometido su marido al médico.

«MURIO DE CONGESTION CEREBRAL»

—Todo lo que usted responda, doctor Adams, será tomado por escrito.

El doctor Adams, tranquilo, la redonda cabeza calva, su mirada hipnotizante, responde con voz apagada, casi en un murmullo:

—No tengo ningún inconveniente. Sólo quiero ayudar al esclarecimiento de la verdad.

—¿Cómo encontraba usted a la difunta?

—Física y moralmente agotada, quizá como consecuencia del fallido de su marido.

—¿Es cierto que su marido pidió en el testamento que se quemara su cuerpo?

—Sí. Yo le conocía bien. Fue yo mismo quien le presentó a Mrs. Hullet.

—¿Recetó usted barbitúricos a Mrs. Hullet?

Reconoce que, en efecto, se lo recetó. Y al ser preguntado que dosis había tomado la difunta, responde displicentemente que él no es un matemático. El magistrado bucea en la sorprendente contestación:

—Es extraño que usted no haya pensado que pudiera surgir un envenenamiento por ingerir demasiados barbitúricos.

—Estoy seguro de que ha muerto de congestión cerebral.

La sala se llena de rumores. Las viejas viudas que abarrotan la sala estiran sus cuellos para ver pasar al doctor Adams en pasos lentos, por la sala. Momentos después, tras deliberar, el Jurado emite su veredicto. «Mistress Hullet se ha dado voluntariamente la muerte».

Y así, de forma asombrosa, pese a que todas las circunstancias le señalaban culpable, John Bodkin Adams salió libre de la sala y comenzó de nuevo a realizar sus visitas a las viudas adineradas, que seguían depositando en él toda su confianza.

SE TEJE LA RED SOBRE EL CULPABLE

Pero Scotland Yard no tragó el veredicto. Lo consideró simplemente como una pausa en el camino de la Justicia. Y nombra al célebre detective, el superintendente Herbert Hannam para que continúe las investigaciones necesarias.

Y el superintendente Hannam, perdido entre el gentío del proceso, pudo estudiar ocultamente los rostros de los personajes interesados con el caso y desde la puerta del Palacio de Justicia de Eastbourne vió ocupar al doctor Adams su pequeño automóvil «M. G.» regalo de Mrs Hullet, viuda rica muerta a los cincuenta años.

Inmediatamente comenzó una encuesta, trabajando en el silencio y celebrando conferencias en Londres, en las que sintetizaba sus hallazgos ante sir Reinald Manningham-Buller, director general; el director de Asuntos Públicos, sir Theobald Mathew; el comisario de la Metropolitan Police, sir John Nott-Bower.

Mientras el doctor Adams continuaba su vida normal. Dando sus paseos a la orilla de la playa, envuelto en un abrigo negro del que sólo sobresale la capucha de la estilográfica que lleva en el bolsillo superior. Cerca de él, en los bancos de los parques, las viejas viudas le saludan al pasar y muchas de ellas se acercan a besarle la mano y a ayudarle moralmente para hacerle olvidar la calamidad que ha hecho correr tinta a todos los periódicos del mundo. Hasta de vez en vez dejan las ricas ancianas caer alguna lagrimita en sus manos.

El superintendente enfocó el asunto con mucha habilidad. Ciertamente, era necesario hacerlo, pues los cuerpos quemados y desaparecidos sus cenizas no dejaban pie para fundamentar ninguna acusación. Pero existía una pista, un hecho por el que podía comenzar a tejerse la red para atrapar al culpable. Ningún asesinato es perfecto; nada se escapa a la Justicia. Y en esta carrera desenfrenada de amontonar dinero, de añadir sumas fabulosas a su cuenta corriente, queda entreabierta una puerta: los testamentos. El afán de las viudas de que sus cuerpos fueran incinerados. Y también el inólito hecho de que el doctor Adams apareciera sistemáticamente como heredero de fortunas.

Y así, en la noche del 26 de noviembre, Hannam se presentó en la casa del doctor Adams y le exigió que le acompañara a la comisaría. Allí—las leyes inglesas son muy especiales y mientras no se demuestre lo contrario el presunto culpable es inocente—entregó cien libras y se volvió de nuevo a su casa. Al día siguiente fué llamado a declarar.

¿TIENE USTED PASAPORTE?

Eran las diez y media de la mañana. Antes, el doctor había seguido su acostumbrado paseo



Julia Bradnum, una de las viudas muertas misteriosamente en Eastbourne en el año 1952



La enfermera Helen Mason que sirvió a algunas de las supuestas víctimas, ha sido interrogada

de visitas. Ahora, ante él, los magistrados—tres hombres y una mujer—se sentaron en los asientos, rozando las cortinas marrón del fondo de la sala. Al llamarle la voz de Harry Odell, John Bodkin se colocó bien su cuello duro y redondo y avanzó doce pasos hasta llegar a la barra. Un alto policía se quedó a su lado; mientras, se leían los cargos. Trece cargos, en un conjunto pacientemente preparado por la Justicia, como trece garrafas que se aprietan alrededor del enmarañado asunto.

Los cargos son éstos: «Ocho falsificaciones de cremación de cadáveres, haciendo voluntariamente cualquier falsa declaración, firmando o extendiendo un certificado falso con intención de procurar la cremación de cualquier resto humano».

«Cuatro delitos de salud nacional, comprendiendo medicinas y tabletas». En estos cargos intervienen los siguientes personajes, ya fallecidos: Mr. Alfred John Hullet, asegurador marítimo del Lloyd, muerto a la edad de setenta y un años, en marzo de 1956 en su residencia de Hollywell Mount. Fué incinerado.

Mrs. Edith Alice Morrell, viuda de un almacenero, muerta a los ochenta y un años, en noviembre de 1950, en su casa de Beach Headroad, Eastbourne. Fué quemada y sus cenizas esparcidas.

Mr. James Priestley Downs, banquero, muerto a los ochenta y ocho años, en mayo del 55, en Park. Fué incinerado.

Mrs. Amy Constante Clavering l'Anson Ware, viuda de mister Weston Ware y cuñada de mister Priestley Down, que vivía con

su cuñado en Park, muerta en febrero de 1950, a la edad de setenta y seis años, en la clínica local de Edgehill.

Mrs. Morrell le dejó bienes por valor de sescientas mil pesetas; Mrs. Hullet, nueve millones cuatrocientas mil.

Los cargos ocupan quinientas palabras y dos folios. La lectura duró tres minutos. El doctor Adams escuchó el documento sin moverse, sin demostrar emoción ni nervosismo; las manos, flácidas, se apoyaban en la barra y sus ojos, se clavaban en el suelo.

Al terminar la lectura, el superintendente tomó la palabra:

—Este es un caso que está en manos del director de Cargos Públicos, que me ha instruido y que considera que en él es conveniente un aplazamiento, necesario para conjuntar cuantas pruebas existen. Sugiero que se aplaze la vista hasta el día 20 de diciembre.

Se le preguntó inmediatamente después al doctor Adams si estaba de acuerdo con el aplazamiento, y contestó que no tenía inconveniente.

Bajo una fianza de dos mil libras se le puso en libertad. Mil de ellas las depositó el propio doctor, y las otras mil, mister Norman Gray, médico quirúrgico dental.

A continuación le hicieron otra pregunta:

—Doctor Adams: ¿Tiene usted pasaporte?

—Sí.

—¿Lo lleva usted encima?

—No; pero dentro de media hora puede estar en su poder.

Un policía acompañó al doctor a su casa. A la salida del edificio de Justicia una enorme multitud le esperaba. El doctor entró en su automóvil «M. G.» e inmediatamente se tapó la cabeza con el abrigo y se enterró materialmente en el asiento posterior del automóvil.

En su casa, entregó su pasaporte al policía. No eran aún las once. Poco después el célebre policía Hannam tenía en su mano el pasaporte de John Bodkin Adams, médico irlandés, establecido en Eastbourne. La salida de Inglaterra, la huida del culpable, quedaba automáticamente convertida en algo imposible.

UN HOMBRE MARCADO POR LA MANO DE LA LEY

Hay que esperar aún hasta el 20 de diciembre. Ese día comenzará el último capítulo de este apasionado y trágico asunto. Cuarenta testigos, todos ellos familiares de alguna víctima, están prestos a declarar cuanto saben. Y mientras tanto cuarenta detectives siguen sus pesquisas, preguntando, fotografiando cientos de testamentos, cientos de actas de defunción que se refieren a viudas fallecidas durante los veinte últimos años.

El detective superintendente Herbert Hannam, de Scotland Yard, pondrá, sin duda alguna, el dedo en la llaga e irá saliendo como racimos de cerezas todos los tortuosos misterios que envuelven el caso de Eastbourne, paraíso de la edad madura y del crimen más sistemático y más cerebral que registra la historia moderna.

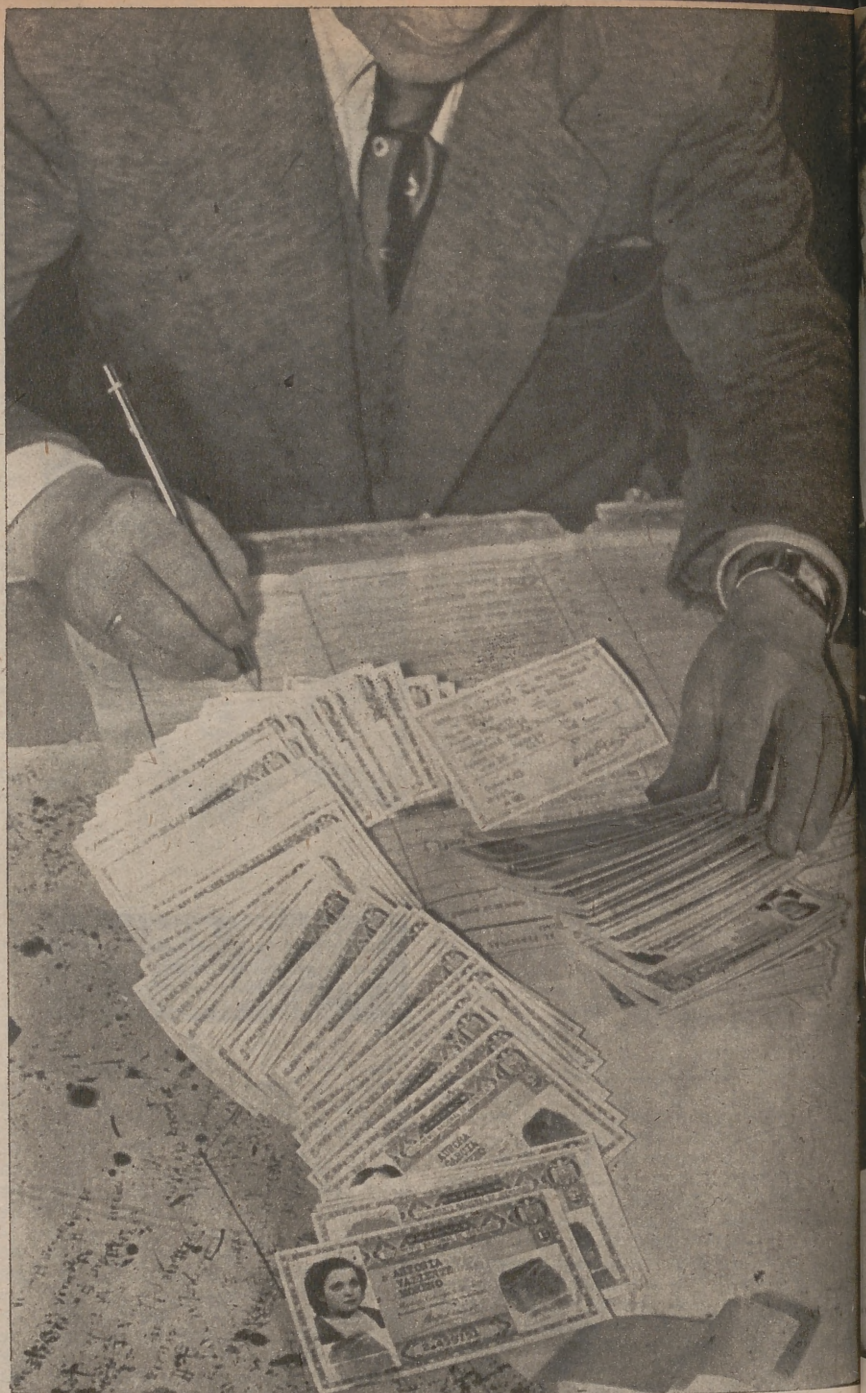
Pedro Mario HERRERO



Los peticionarios del documento, en busca de un número para toda la vida



La clasificación de las tarjetas es una tarea muy entretenida



Ya está el documento en regla. Ahora sólo queda registrarlo para los archivos generales de Madrid

UN NUMERO QUE VALE PARA TODA LA VIDA

200 EQUIPOS EN EL DOCUMENTO NACIONAL DE IDENTIDAD

LOS METODOS ESPAÑOLES, IMITADOS EN EL EXTRANJERO

NUMERO 18 de la calle de Joaquín García Morato. Allí está el corazón de un cuerpo que tiene muchas huellas digitales. Tantas como dedos índices que señalan en su haber más de dieciséis años hay en España.

Cualquier momento de la mañana hasta la una y media es bueno para mancharse el índice en tinta negra y después dejar una huella en unos pequeños cartones. Para hacerse el Documento Nacional de Identidad. A la derecha se rellenan las hojas. A la izquierda se imprimen las huellas. Todavía no hay colas. Ya verán cuando se acerquen las Navidades.

Una «Vespa» acaba de aparcar delante del número 18 de la calle de Joaquín García Morato. Bajan dos señoritas que visten el moderno «gredos».

—Oiga, por favor, ¿para hacerse el carnet de identidad?

Dos señoritas de edad y un



Antes de que el plástico recubra la tarjeta, la máquina de escribir registra todos los datos de la filiación

hombre maduro, bonachón, acababan de hacer la misma pregunta.

—A la derecha rellenan las hojas. A la izquierda se toman las huellas.

Las señoritas de la «Vespa» encuentran todo esto divertido. En cambio, las dos señoras de edad y el hombre bonachón lo toman en serio.

—Pasen por aquí.

Ya se ha rellenado la hoja. Dos funcionarios toman el dedo índice de la mano derecha de una de las señoritas.

—Así. Eso es. No le importe mancharse el dedo porque aquí tenemos gasolina para borrar la mancha.

Un algodón, una pequeña friega y en paz.

Las dos señoritas se ajustan el «grados». Se montan en la «Vespa» y enfilan la calle hacia arriba. En el número 18 han quedado otros peticionarios.

—¿Dónde hay que poner el segundo apellido?

—¿Tiene que ser con mayúscula?

—Mire, yo no soy de Madrid, pero ya que estoy aquí y el plazo vence el mes que viene...

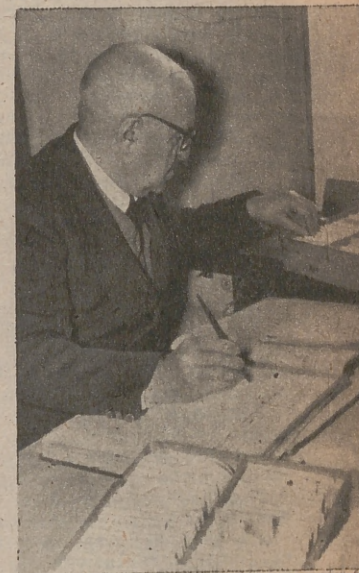
Sin embargo, todavía no hay mucha «cola». Ya vendrá cuando se acerquen las Navidades.

NO PODIA EMPEZAR COMO CARTUCHERA EN EL CARTUCHO

En Joaquín García Morato hay un hombre que no tiene horas en su despacho. Pero cualquier hora es buena para resolver personalmente cualquier problema señalado por unas huellas digitales que a lo mejor se tomarán en Almería y que ahora están en Almería y en Madrid. Las huellas digitales: el común denominador del Documento Nacional



Registro de originales. La comprobación es perfecta



Nueva comprobación; a un lado, el original; a otro, la tarjeta definitiva

de Identidad para todos los españoles.

El general don Fidel de la Cuerda no tiene horas en su despacho. Pero todas son buenas para hablar del Documento Nacional de Identidad, como jefe de todos los servicios.

—Aquí me envió mi suerte y aquí estoy contento. Me gustan mucho los trabajos de organización y los de Historia.

Y la fiesta nacional. Pocas corridas toledanas—es de Toledo—se le han escapado. Con los toros, la música, el general De la Cuerda tiene la virtud de clasificar a los autores de la música clásica que se escucha por la radio, como si se tratase de unos documentos más de identidad. Siempre mantuvo su sable a la altura de las circunstancias. Estuvo de secretario con el general Primo de Rivera, y en 1948 fué nombrado jefe delegado especial para la implantación del

Documento Nacional de Identidad.

—«...querido Tofete...»

La secretaria había llegado con un legajo. En cabeza una carta de Bilbao. Una carta de reconocimiento de un amigo. Y de paso para enterarse de lo del documento.

—¡Nada! Con lo fácil que es...

El general se levanta. Echa mano de los artículos del Reglamento para el carnet. Todos fueron idea suya.

—Como usted verá, hay rectificaciones. ¡Claro! Esto no podía empezar como cartuchera en el cartucho...

Agilidad, a pesar de sus años entrados en carne. Todos sus papeles, encima de la mesa. Nada de timbres ni de llamadas. Todo lo que se refiere al carnet de Identidad el general lo lleva a las mil maravillas. Todo lo controla. Como en aquellos años del comienzo. Allá en 1944...

BUSCANDO UN DOCUMENTO EFICAZ

La guerra había destruido muchos archivos. Se imponía empezar de nuevo. Y los archivos se hacen casi siempre a base de nombres de personas y referencias de las mismas. Ya no valía la cédula personal, que incluso no tenía razón de ser como elemento de clasificación. Las cédulas personales se expedían con arreglo a la contribución.

Así, pues, hacía falta buscar un documento de mayor eficacia que a la vez no fuera una tributación más por parte del ciudadano. Y que reuniese las características de una filiación completa: foto, toda clase de referencias y las impresiones dactiloscópicas. La base más firme y científica que diferencia a todas las personas: sus huellas dactilares.

Por fin se llegó a la fórmula de compromiso en 1944. Se creó el Documento Nacional de Identidad. Pero no se llegó a emplear hasta 1951. En estas experiencias hubo otras tentativas. Se pensó en otros carnets. Hasta que se llegó al actual, que ya empezó a tener efectividad desde el año 1952.

Se había dado con lo que se pretendía. Después vinieron dos concursos: para la confección ideal de la tarjeta y para su fabricación. Primero en Zaragoza. Luego en Madrid, Barcelona y Valencia. Así escaionadamente hasta cubrir toda la piel de toro española.

En lo que fué de marzo de 1951 hasta el año 1952 había ya confeccionados y distribuidos unos 3100 documentos de identidad. Desde 1953 a 1956 se aumentó el número de dos millones a tres y medio. Fueron las épocas de las colas. No se daba abasto para atender las solicitudes de demanda después de cada circular anunciando la necesidad de ostentar el Documento Nacional de Identidad como el único carnet de clasificación valedero para todos los españoles mayores de dieciséis años.

—Un total de catorce millones trescientos mil, para finales de este año.

Casi todos los españoles que tenían que hacerlo. Para los que aún no tienen el carnet, un nuevo plazo de la Dirección General de Seguridad organismo de donde depende el documento. Un nuevo plazo que termina el 19 del mes que viene.

—¿Y el que no se inscriba?

—Derechos dobles. Ya está bien, ¿no?

Ya está bien. Derechos dobles porque se incluye el primero y segundo quinquenio. Pero hay otra cosa más. Para aquellos que han de renovar el carnet que obtuvieron en 1951, un nuevo plazo de renovación, que termina en el mes de marzo de 1957.

—¿Faltan muchos españoles por inscribir?

—Unos cuatro millones. Pero, claro, son cuatro millones de rurales. Hasta ellos es difícil que se desplacen los equipos de funcionarios al servicio del documento. Figurese lo que suponen las aldeitas gallegas una por una, o los pueblos navarros de los valles.

UN ERROR DEL 0,05 POR 100

El Documento Nacional de Identidad cuenta en estos momentos con ochocientos equipos de inscripción, allí donde hay funcionarios de la Dirección General de Seguridad. Y extiende su radio de acción a los núcleos rurales, por medio de desplazamientos.

En Madrid hay un archivo general adonde van a parar las copias de los originales de petición de toda España. Por otra parte, antes de que el carnet flamante pueda llegar hasta la cartera de su titular, la confección es larga. Y muy cuidada. La operación requiere un taller de revestimiento de plástico, como primera providencia.

—Una vez que se encajó el plástico, ya no hay remedio si hubo equivocación.

Por eso la comprobación de los originales es casi de lupa. Y a eso se deben los dos o tres meses que tarda el documento en pasar de los talleres a las manos de los interesados. También a esa operación de Job se debe que las rectificaciones en los documentos de identidad, según el nuevo método sean tan sólo del 0,05 por 100.

—Es que a veces no es lo mismo escribir un apellido vasco, pongo por caso, que un Ruiz.

Y otras veces sucede que al interesado, en vez de dar el nombre que se le impuso a la hora del bautismo y del Juzgado, no se le ocurre sino dar el mote por el que se le conoce en el pueblo.

Los equipos que hasta ahora se han dedicado a la implantación del Documento Nacional de Identidad son de tres clases. Los fijos, ordinariamente residen en las capitales y en los grandes pueblos. Los móviles, para las aldeas pequeñas y escondidas. Por último, para los campesinos se ha ideado un nuevo servicio motorizado, que irá en su busca. Camioneros con todo el arsenal que requiere el servicio.

EL SERVICIO ESTATAL MAS BARATO

Llegó la hora de hablar del di-

nero. De los precios del documento. También hay sus categorías dentro del carnet de identidad. No podía ser menos. Cualquiera empleado de los que ponen sellos y cogen el dedo, índice de los peticionarios para mancharlo de esa tinta negra, lo dice mientras atiende a su faena.

—Desde luego, no hay ningún servicio de Estado que lleve tan barato.

Y por cinco años. Para la primera categoría, veinticinco pesetas; para la segunda, diez; cinco para la tercera y carnet gratuito para los pobres de solemnidad. Estas cuantías sirven de patrón para todo documento en general.

Pero si el peticionario no quiere desplazarse a las oficinas del Documento Nacional de Identidad hay un servicio a domicilio, que en ese caso carga de 50 a 100 pesetas más sobre el precio general. Y otro de urgencia cuyo coste asciende a 75 pesetas.

Por otra parte, hay una modalidad equitativa en la organización del Documento Nacional de Identidad. A veces, por necesidades de la vida, a muchas personas les es necesario cambiar de profesión. Adoptar otra que a lo mejor nada tiene que ver con la primera.

Algunas veces se trata de militares retirados que ya dejaron su profesión castrense y van en busca de una civil. Otras, de quienes empiezan su vida seglar. Para todos estos casos, la renovación es inmediata. Salvando, naturalmente, el tiempo que se tarda en la confección. Al año se dan duplicados de cincuenta a sesenta mil tarjetas.

EL METODO ESPANOL, CAMINO DEL EXTRANJERO

Hace dos años don Fidel de la Cuerda dió unos cursos sobre las características del Documento Nacional de Identidad en la Escuela Madrileña de Policía. Allí había un grupo de alumnos venezolanos, que llegaron a España para aprender los métodos de la Policía española. Don Fidel les habló de la tarjeta en cuestión.

A estas horas, los venezolanos tratan de implantar, si no lo han hecho ya, el mismo método de identidad que se usa en España. Pero por si fuera poco, continuamente le llegan cartas al antiguo secretario del general Primo de Rivera pidiendo instrucciones.

Cartas del extranjero. De Bélgica, de Colombia, de Cuba, de la Argentina, incluso del Congo Belga. En todos estos países, se ha estudiado el método español y ha sido aceptado en principio. Y se han pedido métodos para la implantación.

El método español tiene su origen en las realizaciones del argentino Vucetich, uno de los mejores identificadores de los últimos tiempos. Después, el método Vucetich se perfeccionó con las aportaciones del doctor Oloriz, padre de la dactilografía española, y con las sugerencias del comisario Mora, hoy en la reserva.

No cabe el engaño ni la falsificación. Ni la inscripción en dos sitios a la vez, aunque se obre de buena voluntad para adquirir el carnet con más rapidez. El con-



La huella dactilar es un requisito indispensable. Después, una friega con gasolina. A la derecha: la huella ya está en la tarjeta. Ahora, ésta al archivo

trol es perfecto. El estar inscrito una vez en Santander y otro en Málaga, pongo por caso, supone la llegada a las oficinas centrales de Madrid de dos tarjetas de filiación. Con romper una de las dos, basta. Si hubo mala fe, la Policía se encargará de deshacerla, acudiendo a una u otra dirección.

Se ha dicho que de las dos huellas dactilares que aparecen en la tarjeta, una corresponde al interesado, y la otra, a un funcionario determinado. No es cierto. Las dos pertenecen al peticionario del documento. Es el requisito que el interesado ha de llenar indefectiblemente en presencia de dos miembros de la Dirección General de Seguridad.

También se pensó al principio en un sello seco para la tarjeta que va en el interior del plástico. No se pudo hacer, porque entonces desaparecía el sello, una vez puesta la tarjeta a la acción del calor, en vistas a recubrirla de plástico.

Es por eso también por lo que la fotografía que acompaña a la filiación ha de ser de papel especial, y no de carnet corriente. De otro modo, el grosor de la segunda acabaría rompiendo el plástico y eliminándolo por los extremos de la fotografía.

—De todos modos, con todo esto no pretendemos ninguna acción fiscal.

Artículo noveno del ritual que el jefe superior siempre tiene al alcance de la mano, allá en su despacho de García Morato, 18.

MIENTRAS SE CAMBIE DE CARA...

Dieciséis, veintiuno, veintiséis treinta y uno, treinta y seis... Cada cinco años hay que renovar la tarjeta de identidad. Son los períodos más característicos de la vida. Cuando las facciones humanas van cambiando hasta dejar un sello indiscutible grabado en las caras. Esa es la causa de la renovación del Documento Nacional de Identidad.

—También porque la tarjeta se puede estropear con mucha facilidad.

Y porque cabe la posibilidad de la repetición de huellas dactilares, al cabo del tiempo; Pero todo esto lo ha previsto el antiguo secretario del general Primo de Rivera. Dentro de poco tiempo, las huellas que habrá que poner en las tarjetas de identidad no serán sólo las del dedo índice.

—...donde está... donde está...

Otro proyecto a la vista. Desde los dieciséis años, todos los españoles habrán de dejar en las tarjetas las huellas de los diez dedos de las manos. Así no habrá repetición posible. Y así será más fácil la búsqueda en los ficheros.

—Claro, que esto sólo se hace para prevenir los casos de delincuencia, que son los menos.

Don Fidel se ha puesto de pie. Lo hace muchas veces mientras habla. Voz decidida. De mando. Tan cortada, como el mismo arranque del pelo en su frente, que se conserva intacto—aunque blanco—pese a la edad. Un pelo cortado a cepillo y echado hacia atrás a duras penas.

Enfrente, un mapa. Allí están todas las provincias españolas. Y más apretadas de señales, las que respondieron antes al documento nacional de identidad. Zaragoza, Valencia, Madrid, Barcelona, Y Melilla, donde el general se ocupó en asuntos periodísticos. ¡Aquellos años de la guerra!

EN BUSCA DE LOS CUARENTA MILLONES DE HABITANTES, SEGUN EL CARNET DE IDENTIDAD

Los mil primeros números del Documento Nacional de Identidad están reservados. Don Fidel los adjudicó, como muestra de respeto, a las primeras autoridades españolas. Por eso, los números del documento empiezan en el mil. Un funcionario del servicio en Madrid, ostenta ese número, que prácticamente viene a ser el primero entre todos los de España.

Pero los números del Documento Nacional de Identidad no siguen un orden consecutivo. A la vista está que algunas tarjetas han llegado hasta los veintisiete o veintiocho millones, cuando en España ese es el total de sus habitantes y no pasarán de quince millones el número de las personas mayores de dieciséis años.

Cálculo de previsión. Cada persona de las inscritas, tiene un número que vale para toda su vida. Sin rectificaciones ni adelantos o retrasos. Un número que tiene una vigencia de cincuenta años. Es el término medio de vida para los españoles, sumados los primeros dieciséis años en que nadie tiene obligación de figurar en el Documento Nacional de Identidad.

A cada equipo de la organización—hay doscientos exactamente—se le dió una serie determinada de números. A Madrid, por ejemplo, desde el mil hasta el tres

millones. A las restantes provincias, a partir de esos tres millones, respectivamente. Es decir, se procuró un margen de números suficientes para esos cincuenta años, en que otras muchas personas van cumpliendo sus dieciséis años y van entrando, por consiguiente en el ciclo de los tres millones asignados a Madrid o en el de las otras cantidades asignadas a cada provincia.

Avila sigue a Madrid en numeración. Ostenta desde el tres millones hasta el tres millones y medio. Otra provincia sigue—en consecuencia—a partir de esos tres millones y medio. Así, hasta completar, con margen suficiente, toda la piel de toro de España.

Y en este orden, las islas Canarias han llegado hasta la cantidad desmesurada a ojos vista, de cuarenta y un millones y pico.

ASI EMPEZO TODO

Pidiendo de prestado a la Dirección General de Seguridad. Y a sus miembros. Por eso don Fidel, que tuvo la gentileza de reservar los mil primeros números del Documento Nacional de Identidad a las primeras autoridades españolas, quiere ser agradecido, a fuer de bien nacido.

Y agradece la colaboración prestada desde los primeros momentos. «Impulso, ayuda, estímulo y celo del Ministerio de la Gobernación y la colaboración del director general de Seguridad que ha facilitado todos los elementos y el personal que hace una labor ejemplar.» Son sus palabras.

El servicio del Documento Nacional de Identidad empezó allá en 1944 con sólo 895 empleados.

Hoy, después de doce años de trabajo, la plantilla ha subido hasta los 1.613 empleados y funcionarios. Funcionarios permanentes, que por otra parte no perciben honorarios por su trabajo dentro de este servicio. Sólo gratificaciones.

—Un trabajo de titanes. Pero que ya va dando su fruto.

Otra vez el librito de las anotaciones. Allí hay bastantes correcciones a tinta. Por eso cabe la tentación.

—¿Sin ningún fallo?

—¡Hombre! Tenga en cuenta que esto no es la Biblia...

Abajo me entero que todos llaman en la casa al general, cariñosamente, «el abuelo». Un abuelo jovial, algo grueso, que todavía no ha dado señales de calvicie.

HUERCAL-OVERA, TIERRA DE SORPRESAS



El río serpentea entre dos sierras y junto a los bancales. El lugar llamado Los Oribes, próximo a Huércal-Overa, será inundado por las aguas del pantano

EN esta mañana de un domingo de frío intenso estoy recorriendo las calles de esta villa señorial de Huércal-Overa. Calles blancas con casas de empaque, en las que se adivina que sus moradores son hidalgos por los cuatro costados. Hace sólo unos días he leído cómo se le llamaba pueblecito. ¡Dios mío, esto lo escribió alguien que quizá no la vio y sólo conoció Huércal por referencias! Oada casa que me sale al encuentro me muestra la filigrana en hierro de sus rejas. Su mercado, recién construido, es propio de una ciudad. Pero yo no voy en este peregrinaje para conocer palmo a palmo la villa almeriense. Ya me quedará tiempo para ello. Voy simplemente buscando un guía. He llegado al mercado y allí pregunto:

—¿Hay alguien que vaya a subir a Los Oribes?

—Es usted la que quiere ver al tío «Balsicas»?

—Sí.
—Pues ya andan Camacho y varios más buscándole quien vaya.

Y la verdad era que desde la noche anterior yo movilicé a esta gente de buena voluntad con el encargo de que buscaran con quien subir a la cortijada de Los Oribes, distante legua y media de Huércal-Overa.

He venido al mercado porque de aquí es de donde me pueden prestar ayuda, ya que los que viven en Los Oribes son todos hortelanos, que vienen aquí a

vender los productos de esa tierra ubérrima que es esta aldea, o diputación, como la llaman aquí.

Una vendedora de tomates que ha oído mi pregunta me interpela:

—¿Pero usted ha montado alguna vez en bestia?

—En caballo, sí.
—No, no—aspavienta la mujer—, en burra. En un caballo llevara silla o jamugas. Pero yo digo con los aparejos que llevamos nosotras.

—Así no, claro.
—Pues entonces la tirará. Seguro que la tira. A una señora que yo conozco la ha tirado cuatro veces...

—Yo no pretendo ir en burra. Iré a pie. Siete kilómetros y medio los puedo andar muy bien.

—¡Pero si hay agua en el río! Tiene que ir subida... No tiene más remedio—interviene un viejo que vende nisperos.

Y subida tuve que ir. A la una en punto partimos de la venta de Diego Rubio. Donde el buen Frasco, el dueño del cortijo de Las Esteras, ha ido a ultimar sus tratos y donde me recoge a mí. Intenté ir sola, pero me disuadieron porque me podía perder en el laberinto de la rambla, el río y los caminos abiertos en las montañas. Salimos andando, aún sin montar, y las burras huyéndoles a la carretera asfaltada de Murcia que hay que atravesar. Todavía la buena gente del mercado recomiendan:

—Frasco, que esta señora no

conoce la manera de montar en estos animales. No vayamos a tener un contratiempo grande...

Excuso decir que el miedo se me adentra en el cuerpo y me empeño en seguir andando. Pero la rambla está llena de arena y mis pies se hunden en ella dificultándome andar. De seguir así, llegaríamos de noche. No puedo entorpecer el tiempo de mi guía, y unas grandes piedras de la rambla me sirven de estribo. Ya estoy sobre la jumenta, y si no fuera irreverencia me santiguaría de buena gana tan pronto como cojo el ronzal a guisa de riendas. A unos pasos más, una mujer del cortijo del Cebollar se nos une. La bestia es alta y poderosa y me bambolea de lo lindo. Yo no sé si esta cabalgadura será apropiada para un periodista, pero lo que sí sé es que en periodismo hay que amoldarse a todas las circunstancias. Mejor dicho, hay que superarla, y a mí no me remordió nunca la conciencia de que por una debilidad mía se haya perdido una información.

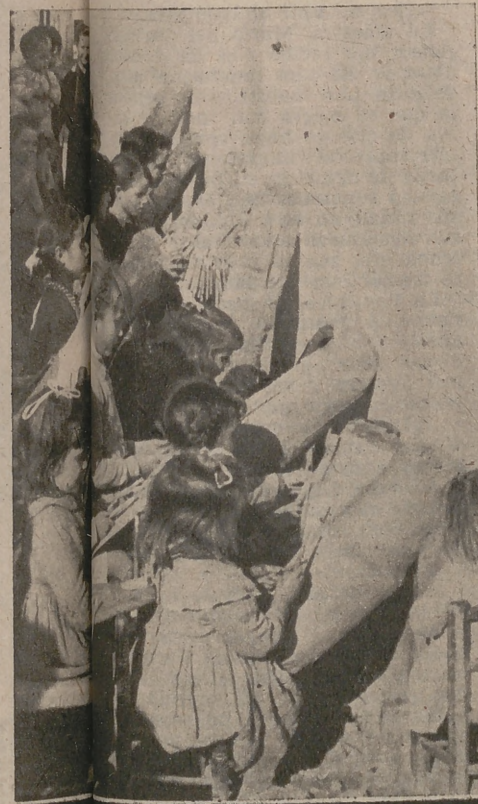
LA VIRGEN DEL RÍO

El paisaje es agreste. Nos vamos adentrando por terrenos impresionantes. Huércal-Overa y sus puentes quedan ya a lo lejos. Lo último que se divisa es la Atalaya, fortaleza árabe que corona una de las eminencias de la villa. Allí, el cerro de la Rábida, gris por la bruma de esta mañana, en que el agua parece que va a caer a torrentes.

50. NARANJOS Y HAJES PARA TO ESPAÑA

LASS DEL ALMANZORA YA SE PERDERAN

Bodas Oribes: Anica (80) y Bolsicas (93)



Desde las mujeres de Huércal-Overa aprenden los encajes que le dan fama



Una típica calle de Huércal-Overa. Un pueblo lleno de luz y belleza

—Tenemos que apresurarnos; a lo mejor empieza a llover...— dice la mujer. Espoleó la borrica. ¡Qué remedio! Altas montañas circundan a un lado y a otro la rambla del Bobal. En la confluencia de ésta y el río se alza una ermita de curiosa traza. Unos farolillos se yerguen en la baranda que rodea la ermita, y todas las noches el santero, que vive en un cortijo cercano, viene a encenderlos, aunque la noche sea traidora por la ventisca y el frío. A la virgen que hay en la ermita se la conoce por la «Virgen del Río», o por la Soledad. A esta Virgen la cantan así los campesinos de estos contornos:

*La imagen de la Señora,
Reina de Cielos y tierra,
a la falda de una sierra
en pequeña ermita mora,
se la venera y adora
con nombre de Soledad.*

La ermita está enclavada en las rocas de las estribaciones de sierra Almagro, e incrustado en una roca también hay un cepillo para depositar las limosnas. Estas rocas, asemejan acantilados, rotas por las avenidas de las aguas.

La Virgen tiene una hermosa tradición de un milagro acaecido en tiempos relativamente modernos. En las postrimerías del siglo pasado, en una noche de tormenta, cuando un molinero de Overa, que era hombre de mal vivir, cruzaba el río y llegaba a la embocadura de la rambla, justo

donde ahora estamos, el caballo se le paró en seco. Oyó el jinete, sobrecogido de espanto, el sordo rumor del agua, que en avenida impetuosa bajaba por la rambla. No tenía salvación posible. A un lado, la rambla. Al otro, el río, que también se encrespaba alto ya. El molinero, a pesar de ser descreído, invocó a la Madre de Dios. Cuentan los viejos de estos alrededores que entonces, entre el torbellino de agua y los relámpagos, se le apareció la Virgen y, como si una mano invisible tomara a la cabalgadura de las riendas, le hizo volver grupas, cuando ya el caballo se encabritaba al ver el agua venir, y le hizo atavesar el río y llegar al molino en desenfundada carrera. El molinero mandó pintar un cuadro con la efigie que él había visto y lo colocó en una oquedad de la roca en recuerdo de la aparición. La gente invocaba a aquel cuadro, de la que se dió en llamar «La Virgen del Río», y, con los donativos de todos los devotos de Huércal-Overa y las Diputaciones cercanas al paraje de la Virgen, se construyó la capilla. Ahora la capilla desaparecerá, porque hasta aquí van a llegar las aguas del pantano de Almanzora. Pero más allá, adonde no llegue el agua, Huércal-Overa levantará un santuario a su milagrosa Virgen del Río.

POR TIERRAS QUE SE-RAN SUMERGIDAS

Dejamos ya la rambla y desem-



El corazón no tiene edad. Jaime Asensio y su mujer, Ana Martínez, los dos recién casados de Los Oribes

bocamos en el río. El Almanzora, con todas sus leyendas, está ante mí. Es como una serpiente que se enroscara en estas tierras cultivadas. Los cortijos de El Pelotar, La Huerta de la Virgen, El Molino del Alamo y todos los demás pagos de esta legua y media que recorremos camino de los Oribes parecen que habrán tenido siempre sus bancales amenazados por las aguas del río. Dicen que el Almanzora, cuando sale, es imponente verlo. Cuando esto ocurría los campesinos decían: «¡Lástima de agua que va a parar al mar, con tanta falta como a nosotros nos hace!» Ahora, ya el agua no se desperdiciará. Ya se ven por todas partes los mojones blancos que señalan la altura que llevarán las aguas del pantano. Frasco los mira y dice:

—Ya están haciendo los preparativos. Toda la vida se habló de este pantano. Pero ahora es de verdad. Hay que irse. Todo quedará cubierto por las aguas.

—¿Donde usted vive también?

—Sí; mi cortijo de Las Esteras desaparece entero, e igual el de mi suegro, pero ¡qué importa el mal de unos pocos para el bien de muchos! Esto será la abundancia y la riqueza de una gran zona. Y además, el Gobierno no querrá perjudicar a los que vamos a perder nuestras tierras. Nos asentará bien. Y por otra parte—continúa—el hombre debe de caminar, no es bueno clavar la vida siempre en un mismo sitio. No se sabe dónde está la suerte. Yo no me preocupo, porque donde el Gobierno nos lleve será para nuestro bien.

He saltado el ronzal y mi cabalgadura camina libremente. Y lo he saltado porque estoy transcribiendo fielmente las palabras de este hombre rudo que habla con un sentencioso estoicismo. En mi bloc han quedado escritas palabra por palabra las frases de Francisco López Giménez, dueño del cortijo de Las Esteras, que le arrasará el agua del progreso.

UN PUEBLO ESCONDIDO Y MINUSCULO

Hay que meterse de lleno en el río. Siento ganas de gritar de

miedo creyendo voy a salir por los aires cuando las cuatro patas de «Lucera» parecen perder estabilidad con el agua. Pero es un animal listo y ella va buscando las piedras del río como si comprendiera que cuando siento que pisa en firme padezco menos. Lo peor es cuando amaga su cabeza para beber, entonces parece que, en definitiva, me va a tirar por las orejas. Pero no ocurre nada. Dicen que hago buena campesina y, al fin, ganamos tierra. Veredas inverosímiles que se adentra en los cerros. Ni un vestigio de Los Oribes por ninguna parte. En una vuelta de más de medio kilómetro aparece un valle y en medio de él un caserío. Los Oribes es, pues, un pueblo escondido que se arropa por montañas. Ellas lo defienden de la vida moderna y él ha seguido durmiendo un sueño primitivo y altísimo de luna, sol, agua de fuentes cristalinas que brotan de la sierra, naturaleza en todo su salvaje grandeza. Los cerros son negros mientras la vega verdea. Cuarenta vecinos, trescientos habitantes. Dos calles sólo, de nombres simples: la calle de Adelante y la calle de Atrás.

Y hasta aquí he venido yo para buscar a un anciano y una anciana. Noventa y tres años él. Ochenta ella. El, Jaime Ruiz Asensio. Ella, Ana Martínez Fernández. Hace dos meses que se han casado. Siempre es curioso bucear en lo humano, donde a veces inesperadamente, se encuentran sentimientos duraderos. Cuando se casaron, justamente acababan de salirle al nonagenario nuevos dientes. En Huércal-Overa todo el mundo conoce al tío Jaime «el Balsicas». Todo el mundo lo conoce y lo quiere, porque ha sido un hombre «muy chocante»—según me dicen—y chocante aquí se puede interpretar por gracioso.

El buen Frasco ha seguido para su cortijo y yo me quedo sola en el pueblo. Camino sin rumbo aun mientras llega a mis oídos un ruido extraño que pronto me doy cuenta de lo que es. Es el chocar de los bolillos. De

cada casa sale este ruido, porque en cada casa las mujeres hacen encaje, los típicos encajes de Huércal-Overa, que se venden por toda España. Las mujeres dejan su labor para salir a verme. Es un espectáculo mi paso por aquí. Pregunto por el nuevo matrimonio.

—Esa es su casa. Quite la tranca y entre. El tío Jaime debe estar durmiendo la siesta y la tía Anica lavando.

Quito la tranca y entro. Y me quedo de pie. Unas sillas y una cantarera con dos cántaros que me recuerda la sed que traigo. Como las mujeres siguen todas rodeando la casa y mirándome mientras una a ido a avisar a Ana Martínez, les pido:

—Si pudieran darme un poco de agua...

¡Oh, buena gente, hospitalaria gente! De todas partes me traen un cántaro, un botijo o un vaso de agua purísima y fresca. Porque el agua de Los Oribes es tan buena que la llevan en caballerías a vender a Huércal-Overa.

ROMANCE RURAL

—¿Hay cura aquí?—pregunto.

—No.

—¿Y maestra?

—Eso sí. Aquí al lado vive.

La maestra, María del Carmen Acien, me recibe con los brazos abiertos. Es una muchacha alta, delgada, una maestrilla de película que se alegra con toda su alma de que yo haya venido a interrumpir la monotonía de su tarde de domingo en que ella ensayaba funciones de Navidad con sus niñas, en esta inmolación de sus diecinueve años frente al silencio del campo y este ambiente tremendamente labriego.

La tía Anica ha hecho su aparición. A pesar de sus ochenta años es una ardilla aún. Debí de ser muy agraciada. Se mueve con ligereza y así curiosa y sorprendente llega hasta a mí:

—¿Dicen que quiere usted ver al tío Jaime? Pues venga, que lo voy a despertar.

—Espere, dígame; ¿cómo se les ocurrió casarse ahora?

La campesina se para en redondo y se sienta en una silla baja a mi lado:

—Verá usted... A él se le murió la mujer hace mucho tiempo y en seguida dijo: «Ahora me podré casar con Anica.» Pero yo no podía. Me faltaba la fe de viuda. ¿sabe usted? Mi marido se había ido a Orán y no sabía si era vivo o muerto. Así no me casaba nadie. Han tenido que pasar cincuenta años y entonces ya me he podido casar por la Iglesia. El hace tantos años que me «ojeó», ¿sabe usted? Y yo se quería casar con nadie nada mas que conmigo. Es mucho bueno el tío Jaime...

La maestra, rie:

—Fíjese como dicen «mucho bueno» siempre es la costumbre de aquí. A mí me hace una gracia enorme.

La tía Anica continúa:

—Nos casamos en artículo de eso que le dicen de muerte, porque al tío Jaime le había entrado un parálisis.

—¿Y ha quedado mal?

—No, ya está bien. Tiene una



Paisaje de Huércal-Overa. Sobre el monte, La Atalaya, el viejo castillo de los meros

salud «mucho buena». Pues como le iba contando, nos casamos hace dos meses. Vino el cura de Huércal y el Alcalde y nos festejaron mucho y luego ellos celebraron un convite con todo el pueblo. Pero yo me metí en mi cocina llorando de vergüenza. ¡Fíjese usted qué paso, casarme a mis años! La gente a lo mejor se reirá. ¡Jesús, qué apuro!

—Tía Anica, cuénteles usted el disgusto que tuvieron el otro día— dice la maestra.

—¡Ah! Sí, pues mire usted, es que todavía el tío Jaime se pone muy fuerte y me quiso pegar con la cayada. Se la tuve que esconder. Pero todo es por lo mucho que me quiere. Es que yo había ido a comprar a Huércal con una vecina. Se nos hizo tarde y amenazaba tormenta. A él le impone mucho que el río lleve agua. En cuanto lo ve así piensa que se va a salir, porque es muy presuroso y en un momento, cuando menos se piensa se desborda. Total, el tío Jaime estaba intranquilo. Salfa a ver si veníamos. Cuando llegamos me dijo: «Me recías que te rompiera la garrota en la cabeza por haberte entretenido tanto, mientras yo estaba sufriendo.» Y de verdad que si no se la quito y la escondo me da un golpe. Estaba furioso...

Y la anciana rebosa satisfacción cuando me refiere todo esto.

—¿Y le han salido dos dientes? Otra vez la tía Anica se para: Su mirada me da la sensación de la cautela y astucia campesinas:

—¿Quién le ha dicho a usted eso? No lo crea. Son raíces, ¿Sabe?

UN HOMBRE QUE LLORA

El tío «Balsicas» está junto a la lumbré. Tiene a su lado un gran cesto con leña y la aviva con ella constantemente. También cuando las carrascas tienen alguna humedad y arden mal él sopla con la boca con todas sus fuerzas. Tiene una cara sonrosada de niño grande. Y como un niño llora ahora mientras dice: —Dios se lo pague a Franco, que me ha dado el subsidio de la

vejez! ¡Dios se lo pague! Si no a mis años estaría pidiendo limosna...

—Pero no llore usted tío Jaime.

—Cómo no voy a llorar— se explica el hombre entre sollozos y limpiándose las lágrimas—. Cómo no voy a llorar, si esto es muy grande. Yo no se decir nada más que «¡Viva Franco y todos los empleados que trabajan para darnos el subsidio!» Me hubiera muerto sin él. Bueno, también me hubiera muerto sin ésta— y señala a su mujer—, que me cuida tan bien. Hace todo lo posible porque no tenga frío y, además, no me quiere dejar que vaya al monte a por cargas de leña. La trae ella, con eso de que es menor que yo y que está más ágil no quiere que yo ande por esos cerros.

De pronto la tía Anica me abraza y me dice:

—¡Ay, señorita, que la he engañado, perdóneme! Es verdad que tiene dos dientes nuevos. Pero es que me daba miedo decirselo. No

fuera a ser que le quitaran por eso el subsidio. Como quizá es que se está volviendo joven...

Creo que hace tiempo que no he reído con tan buena gana:

—Pero, mujer—le arguyo—, como piensa esas cosas, ¡Qué le van a quitar el subsidio!

Y la tía Anica, con un candil, porque la cocinilla es oscura y en Los Oribes no hay luz eléctrica, me enseña los dientes del anciano. Son dos colmillos blancos, nuevos, como dientes de leche.

—Yo sentí que me raspeaba en la encía una cosa y llamé a ésta. No sabíamos lo que era. Después, cuando pasó tiempo y ya estaban fuera, llamamos a los vecinos. Los miraron todos con el candil como usted y dijeron que eran dientes. Mástico con ellos.

—Y que hasta turrón—dice la mujer.

Luego, el tío Jaime me mira, curioso:

—¿Pero es posible que haya usted venido a verme a mí? Qué calma se necesita! ¡Mire que hacer por mí ese viaje tan malo de la rambla y el río!

Y como en el pueblo no hay fonda ni posada siquiera, decido:

—Pues ya sé el camino bien para poder volver sola. Cuando termine de hablar con usted me marcharé a Huércal.

A pesar de sus noventa y tres años, el tío Jaime se crece en su hombría protectora:

—De ninguna manera. Usted no sale de mi casa. Se le puede hacer de noche en el camino y perderse. No lo intente usted, que yo no lo consentiré...

Y me tengo que quedar.

«YO ERA UN DIABLO QUE SIEMPRE ESTABA INVENTANDO DIVERSIONES»

—Mi padre era «mucho pobre». Yo tuve que salir de mi casa a los quince años y echarme a andar por esos mundos de Dios. Conozco toda España. Primero iba de ayudante de un vendedor de gallinas. Las llevábamos desde aquí a Barcelona. Después fui vendedor de encajes de Huércal-Overa. Pero cuando me cogía lejos de aquí y se me había terminado la mercancía, pues en vez



Imagen de la Virgen del Río, sobre la rambla del Bobal, en su confluencia con el Almazora

de volver los compraba en Almagro. Son lo mismo. Los vendía muy bien por piezas enteras. Yo convenía a las señoras porque tenía mucha labia. Después me vine e inventé un negocio aquí. De un sitio donde hay una arenilla fina, la cogía y hacía con ella paquetitos que vendía a real para limpiar el cobre. Ganaba dinero. Los cacharros se quedaban preciosos y todas las señoras estaban muy contentas. Yo he pegado en todo, menos en malas acciones. Pero cuando me casé decidí hacer una cosa de más provecho. Me metí a albañil. Casi se puede decir que yo he arreglado o hecho todas las casas de este pueblo. Y en Huércal, no digamos. Me llamaba todo el señorío. Yo era muy conocido y todos me querían. Si viera usted cómo se reían conmigo en los carnavales. Para mí era la locura aquellos días. Ha sido la diversión que más me ha gustado. Disfrutaba como nadie. Inventaba cada año cosas tremendas. Era un diablo. Me preparaba un carro y me subía en él diciendo cosas graciosas por todas las calles. Los señoritos se reían tanto conmigo que me echaban dinero al carro. Hubo año que recogí para cuatro o cinco fanegas de trigo. Yo inventaba coplas también. Cuando me cogía lejos de aquí, yo celebraba el Carnaval sólo, aunque no conociera a nadie. Era una cosa superior a mí. No me podía sujetar y me echaba a la calle a hacer diabluras. Me acuerdo que una vez me cogió el Carnaval estando en Guadix vendiendo encajes. Yo salí a la calle con la cara embadurnada de harina y dispuesto a divertirme. Empecé a dar saltos y brincos. La gente se reía mucho. Después empecé a tirarme por pequeños tajos que había. La gente se volvía loca. Yo empecé a sangrar de los golpes. Y en esto se presentó un señor. Creo que era el alcalde, según me dijeron después. Y llegándose a mí me dijo: «Pero hombre de Dios, ¿por qué está usted haciendo esas juidadas consigo mismo? Se va usted a hacer polvo».

La tía Anica ríe hasta desternillarse, y dice:

—¡Demontre de hombre, qué gracioso era! ¡Demontre de hombre!

Ríe la maestra, río yo y los vecinos que han venido a hacer tertulia. Ríe hasta llorar el tío «Bal-

sicas». Cuando puede hablar, prosigue:

—Y yo le dije: Mire usted, señor, el Carnaval se ha hecho para divertirse. A mí me gusta aprovecharlo allí donde me coge. Y seguí dando tumbos. Todo Guadix lo pasó bien aquel día. Habá quien se acuerde... Hará setenta años o así. Bueno, y si le sigo a usted contando pasajes de mi vida, no nos acostamos en toda la noche.

—¿No se cansa usted de hablar?

—No, no estoy muy distraído hoy. ¿Quiere usted que le diga un verso inventado por mí? Se me acaba de ocurrir ahora mismo. Verá:

*El día en que yo me muera
se viste de gala el sol
y hay una fiesta en el cielo
que baila hasta el mismo Dios...*

—Tío Jaime, a mí me parece que ya he oído eso antes. Me suena a soleares.

—Pues, no, no son soleares. Lo he sacado yo de mi cabeza... Vaya que sí. Yo siempre hice versos.

MÚSICA EN LA NOCHE

La puerta está abierta porque están entrando sin parar vecinos. Afuera, la noche de Los Oribe es tenebrosa. No hay luz alguna en las calles ni luna hoy que las alumbre. A lo lejos se empieza a sentir como una música de rondalla. Nunca como en esta noche, rodeada del silencio del campo, me ha sonado tan maravillosamente la música de las bandurrias. Al oír las, el anciano dice con nostalgia:

—Yo tocaba muy bien la guitarra.

—Es que van al baile—aclara alguien.

—¿Dónde es esta noche?—preguntan las muchachas.

—En casa de María Dolores.

—Vamos. Verá usted una cosa muy típica—propone la maestra. Y nos despedimos. El anciano se queda atizando su lumbre. Cuando ya traspaso el umbral le oigo decir:

—Ya debe de ser tarde, Anica. No es tarde. Son las nueve de la noche. Pero los mozos y las mozas bailarían hasta la una de la mañana.

María del Carmen me lleva cogida de un brazo; una niña de la escuela, de otro. Si no fuera por ellas que ya conocen el camino me estrellaría. No se ve por las calles absolutamente nada.

Nos sirve de guía la música lejana. De pronto, unas vacilantes y tenues lucecillas que parecen estar en una ventana.

—Eso, ¿qué es?—pregun'o.

—Es la iglesia. Todas las noches la gente de Los Oribe le encienden mariposas a la Virgen de los Dolores y se la dejan toda la noche encendida para que no esté a oscuras. Y tiene esas dos ventanas bajas para que se pueda ver la imagen iluminada desde afuera.

En el baile se alumbran con carburo. Ya están las parejas bailando parrandas. Se acompañan de la música y de un cantador. Este, invariablemente, cierra los ojos. Ahora es Luis Parra el que despaciosamente canta una parranda:

*Tú eres mi amiga del alma muy
[estimada...]*

El baile es elegante y acompañado. Un mozo que se llama Idro, baila tan en hombre como Vicente Escudero. Divinamente, pero sin mover la cintura. En la mano lleva el cigarro encendido.

Hay varias parejas de novios. Pero la costumbre es que el novio no baile con su novia. Ella permanece sentada mientras él baila con la muchacha que le parece bien. Afuera, también, otra costumbre: las madres esperan a sus hijas. Adentro no debe de haber nada más que gente joven.

La voz de Parra ataca otra parranda:

Al pasar el arroyo de Santa Clara...

Y escalofría pensar que dentro de muy poco, aquí donde estamos, todo lo anegará el agua. Se irán los mozos, se irán las canciones, se irán las guitarras. Hombres, animales, ensere; emprenderán su exodo. Durante unos días los caminos difíciles, la rambra, el río serán testigos del trashumante tráfico. Sólo algunos viejos quizá no se irán. Ellos morirán antes de que Los Oribe desapareza. Yo no le he querido hablar del pantano al tío «Balsicas». Era mejor no recordárselo. Pero cigo ahora lo que la servicial Lola, la mujer de Diego Parra, me dice mientras me acuesto:

—Mí suegra dice que no lo resiste. Que se morirá si la sacan de aquí.

Duermo en casa de esta buena familia porque es donde únicamente tienen una cama disponible. Mejor dicho, han llevado a su pequeña hija Caridad a dormir con ellos para dejarme a mí si cama. La habitación es típica de una casa de labor. Hay arcones de ropa, montones de patatas aperos, pimientos colgados, una escopeta y dos guitarras. Y sueño con agua en la que me hundo lentamente, muy lentamente hasta desaparecer en ella.

HUÉRCAL-OVERA TENDRA SU SANTO

Dos plazas magníficas tiene la villa de Huércal-Overa. Una principal se acaba de embellecer con fuentes y pérgolas y que luce una espléndida iluminación, y la de la iglesia. En medio de esta última está la estatua del cura Valera. En Roma está ya el proceso de beatificación del santo sacerdote que vivió y murió como un justo. De él se cuentan las si-



Pérgolas y fuentes adornan la plaza principal de Huércal-Overa

güentes anécdotas: Una vez le preguntó el obispo qué le gustaría ser. ¿Beneficiado? ¿Familiar? Y el sacerdote humildemente contestó: «Sólo cura de Huércal-Overa, Ilustrísima.» La otra se refiere a momentos antes de su muerte. Había ya entrado en coma cuando llamaron a la puerta y descendió de un coche una señora preguntando por el sacerdote para confesarse. Le dijeron que estaba en la agonía y ya se marchaba cuando los que rodeaban al moribundo le vieron incorporarse y decir: «Haced que pase a esa señora que ha venido. Es un caso de conciencia. Tengo que absolverla.» Hicieron pasar a la dama que había hecho el viaje desde muy lejos atraída por la fama de santidad del sacerdote y tan pronto como la confesó volvió a entrar en coma y momentos después expiraba. Pero el caso más impresionante fué una noche en que estaba rodeado de unos amigos. De pronto el cura Valera se levantó y dijo: «Vamos, vamos, de prisa. Acompañarme alguno.» Marcharon por las calles que el sacerdote dijo y al llegar a una puerta le pidió a uno de sus acompañantes: «Daos prisa, no hay tiempo que perder, forzad esa puerta.» Lo hicieron así y vieron a un hombre que iba a clavar un cuchillo en el cuello de su mujer. Al ver al sacerdote el hombre cayó de rodillas preguntando con vulso: «¿Cómo ha podido venir si nadie sabía lo que iba a hacer?... ¿Es Dios quien le ha traído hasta aquí?»...

Por todos estos prodigios al cura Valera se le venera en toda la comarca. El Instituto Laboral también lleva su nombre. En este Instituto se han hecho por primera vez según me explica su director, don Miguel Pinilla, los cursos ambulantes de divulgación agropecuaria con los que se lleva a los campesinos, a sus mismas tierras de labor, los conocimientos necesarios para que el campo rinda mucho más. Profesor de dibujo de este Instituto es el pintor indaliano Cantón Checa, que ahora está terminando un cuadro del Generalísimo por encargo de la Diputación de Almería. Y buen pintor también es el alcalde, don Rogelio Fajardo.

LOS CINCUENTA MIL NARANJOS DE OVERA

Muy bien comunicada con Granada, Murcia y Almería, Huércal-Overa tiene una vida floreciente. Mantiene una importante exportación de huevos que se envían principalmente a Barcelona y Valencia. El volumen de esta exportación es 1.440.000 docenas de huevos. Los 50.000 naranjales de lanejo de Overa, son también una fuente incalculable de ingresos. Los grandes coches de los compradores valencianos de naranjas pasan por Huércal constantemente, camino ese vergel que es Overa, que fué testigo de muchas batallas entre cristianos y árabes:

*Y aquella hueste guerrera,
entró al despuntar la aurora
en el castillo de Overa,
que se encuentra en la ribera
del cristalino Almanzora.*



Santuario de la Virgen del Río. Desaparecerá bajo el pantano, pero una nueva ermita se levantará en donde no lleguen las aguas

Yo me acuerdo una noche que estando con la familia del hotel calentándonos en un brasero llegaron compradores de Burriana y Villarreal. Cenaron, tomaron café y vinieron a charlar a la camilla. Allí contaron la pujanza de Burriana, donde todos sus hijos salen desde muy jóvenes al extranjero para su comercio de exportación naranjera. Después, cuando los valencianos se iban a ir, salieron al coche y entraron con grandes ramos de naranjas con sus hojas aun, que regalaron a cada señora y señoritas que había presentes. El gesto me pareció a mí como un símbolo de hermandad. Y es que en esta tierra tan acogedora el forastero tiene que mostrarse gentil para corresponder a cómo se le trata. ¿Y qué decir de otra tertulia donde en la calle del Sol, en su magnífica casa, ante una taza de café, Beatriz Blesa, una de las pocas registradoras de la Propiedad que hay en España, departió con la cronista de historia y hasta de algunos toques de feminismo y femineidad? Y es que Huércal-Overa es la tierra de las sorpresas. Como sorpresas son también sus pasos de Semana Santa, sus ricas Hermandades y sus procesiones famosas en toda la provincia. Se distinguen las cofradías por los colores de los penitentes, al igual que en Lorca, y al igual también, existe una tremenda rivalidad. Aquí es corriente oír decir: «¿Usted qué es?» «Yo, blanco perdido.» «¿Y su señora?» «Pues, negra.» Y ha habido matrimonios que se han estado durante los preparativos de sus respectiva cofradías sin hablarse por temor a discutir en defensa de una o de otra.

LA VIDA DE ATARDECER EN HUÉRCAL-OVERA

Al llegar la tarde, la gente se va, al cine o al Bodegón, que es una tasca de moda aquí. Otros se van a la bien nutrida biblioteca que funciona hasta las diez. O al Hogar del Camarada, que es un estupendo Casino, instalado en la Jefatura Local del Movimiento. También hay tertulias en las boticas, en las casas particulares y en los comercios, por ejemplo, como en la casa de don



Las calles blancas de Huércal-Overa

Ambrosio Mena, suntuoso comercio de tejidos que, adornado de mármoles y forjas, más parece el lujoso edificio de un banco. Aquí se reúnen gente distinguida, gente que hablan como hidalgos y se comportan como tales. Aquí va también todas las noches el maestro, Daniel Caparrós, persona conocidísima en Huércal por su extrema cordialidad. Caparrós se marcha en todas sus vacaciones al extranjero. Y es que Huércal-Overa es mucho Huércal-Overa, es villa, pero debía de ser ciudad. Cuando nos marchamos aun vemos la silueta del Chalet de las Cuatro Torres. Este chalet, propiedad de los señores de Mena, podría muy bien ser una Embajada o un palacete de Madrid. Decoradores valencianos vinieron a instalar esta residencia. Decididamente me llevo la impresión de que aquí encontramos sorpresas por todas partes.

Blanca ESPINAR

(Enviado especial.)



LA NOVIA, LA POESIA Y SIMILARES

NOVELA - Por Alejandro NUÑEZ ALONSO

SE me había dicho que el señor Romo me recibiría a las cuatro de la tarde. Se trataba de una entrevista de cierta importancia, puesto que yo iba a pedirle la mano de su hija. Pero el día de la cita un botones se presentó en mi casa con una carta. Tuve un pequeño altercado con el muchacho. El joven no se dió por satisfecho con la peseta que le había dado de propina. Y hasta se atrevió a insinuar que él no recibía propinas, ya que sus servicios eran motivo de remuneración fija, tal como constaba en los estatutos gremiales. Mi desconocimiento de los estatutos y aun del gremio de Botones, me obligaron a ceder y di una peseta más al mensajero.

—Le advierto a usted—dijo el mozo—que esta carta es del señor Romo. Yo no sé qué asuntos tenga usted entre manos con el señor Romo. Pero me basta saber que el señor Romo es uno de los hombres más importantes de la ciudad. Yo le reparto muchas cartas, y en todas partes los destinatarios me dan un duro, tal como lo señalan las tarifas del gremio de Botones y Similares y, además, la propina de buena voluntad, que suele ser de dos o tres pesetas. Y se dan por muy satisfechos que yo reciba la propina. Pero el caso de usted es muy especial, y no exagero al asegurarle que es el primero en mi vida de botones.

Le dije al muchacho que hiciera el favor de pasar a la sala y sentarse, mientras yo leía la carta. El señor Romo accedía a la entrevista que le había pedido, pero dado lo delicado de la cuestión a tratar, prefería que ella se efectuase en un terreno neutral y no en su casa; por lo cual se permitía sugerirme que ese mismo día nos viéramos a las siete de la tarde en el Casino Municipal, en el salón de verano.

Con tan buenas noticias me pareció mejor solventar amigablemente la diferencia que había surgido con el botones. Le dejé las dos pesetas de propina y le di el duro que fijaba la tarifa.

Desde el mediodía, que el botones estuvo en la

casa, hasta las seis y media que cogí el taxi, estuve inquieto conjeturando cuál sería el resultado de la entrevista. Por eso no es extraño que al entrar al salón de verano del Casino Municipal, mis ojos buscaran ansiosamente al señor Romo, no tanto por comprobar si había asistido a la cita, como por ver cuál era el humor que dejaba traslucir su expresión.

El señor Romo estaba sentado en un sillón cerca de la terraza. En el ojal de la solapa llevaba un clavel rojo, bastante marchito por cierto. Cuando me acerqué más a él pude observar que el clavel era de tela.

—Nos conocemos de vista—dijo el señor Romo poniéndose en pie—, y le agradezco que haya sido usted puntual—agregó extendiéndome la mano que yo estreché con medida cordialidad—, porque estoy con el tiempo muy contado...—Y después de cogerse la solapa y subírsela a las narices en ademán de oler el clavel, me aclaró—: Es de nylon. Son una ventaja las flores de tela, pues además de que no huelen, cosa que no daña a los alérgicos, nunca se marchitan...

—Tiene usted razón—dijo al señor Romo, sentándome en el sillón que me había indicado—, las flores de tela nunca se marchitan.

—Suelen ensuciarse con el polvo—aclaró él—, pero las de nylon se mantienen siempre como recién cortadas. Este clavel lo encontrará usted un poco deslucido, pero es lo que me lo puse precipitadamente, sin antes lavarlo.

Y tras una pausa, continuó:

—Recibí su petición de entrevista en un mal momento, pues poco antes había tenido una mala noticia de los laboratorios. Una de esas noticias cuyas consecuencias no alcanza uno a medir en toda su magnitud, mas que deben estimarse como graves. Claro está que una entrevista nunca debe dejarse sin conceder. Suelen derivarse tantas y tan sorprendentes cosas de una entrevista... Sobre todo si la entrevista es bien llevada, bien conducida por cada uno de los interesados...—Y tras una pausa, continuó—: Suele ocurrir que en las entrevistas

cada uno de los interlocutores haga concesiones a favor de la parte oponente, cosa que considero muy equivocada, por el cúmulo de errores a que dan ocasión esas concesiones...

—Y ese clavel de nylon lo ha adquirido usted, señor Romo, en la ciudad...—se me ocurrió decir.

—Propiamente yo no lo he adquirido, sino mi hija Eulalia, a la que usted conoce. ¿No es así?

—Precisamente, señor Romo...

—No, no me interrumpa. Ya le dije que estoy con el tiempo muy escaso. Debo contarle a usted la noticia que he recibido de los laboratorios, a fin de que se dé usted una idea de cuál es mi situación. Resulta que en muchos países, las autoridades de Sanidad están negándose a renovar el registro a las medicinas de vacunación por la vía oral. Usted no puede darse cuenta de lo que esto significa, pero sepa que de mi lista de treinta y tres productos medicinales, catorce son elaborados para ser absorbidos por vía bucal. No pretendo negar que la Medicina adelanta mucho, pero en la Medicina que en cualquiera otra manifestación sujeta al progreso, hay mucha charlatanería. No es posible que una terapéutica que ha dado resultados evidentes durante muchos años, que los ha dado hasta el presente, que los está dando en este mismo momento, deje de ser válida porque unos cuantos mediquillos más o menos sabios decreten que no hay vacuna válida si no es suministrada al paciente por el sistema inyectable. Esto quiere decir, joven, que si en nuestro país las autoridades sanitarias se dejan influir por la moda, tendré que retirar del mercado las catorce vacunas bucales, que son las que constituyen el más fuerte movimiento comercial de mis laboratorios. A usted le parecerá que el problema tiene fácil solución, y que ésta estriba en dar en inyecciones lo que ahora estoy dando en frasquitos. Pero aún haciendo caso omiso del cambio del procedimiento químico para la preparación de los cultivos y de la cristalización de las sales, dejando a un lado el cambio de envases y la redacción e impresión de los nuevos folletos, hay que contar con el Cuerpo médico. El médico que presta su favor y confianza a un producto medicinal, cuando éste cambia de presentación está dispuesto a afirmar que el producto «ya no es tan bueno como antes». Y prefiere recetar otro. Lo más conveniente sería lanzar un nuevo producto y olvidar el viejo, pero en mi caso esto es cuestión de pensarse, pues yo no estoy en posibilidades de lanzar al mercado catorce nuevos productos con el coste de propaganda que cada uno requiere...

—Bien, señor Romo. Pero según tengo entendido, en nuestro país todavía no se ha puesto veto a la fabricación de vacunas de vía bucal.

—Todavía, no. Eso es lo malo. No hay cosa peor que la incertidumbre. En este momento yo no sé si poner en venta mis laboratorios. Como quiera que sea, el comprador, que forzosamente habría de ser un experto, estaría enterado del descrédito que está sufriendo la terapéutica de la vacuna por vía oral. Y como mis laboratorios producen catorce productos—que son los de mayor valor comercial—, el posible comprador no tasaría el negocio por lo que realmente vale, sino en una cifra muy baja, que puede ser la que corresponda a una realidad más o menos próxima y eventual.

—En ese caso, lo más aconsejable es que usted siga vendiendo como hasta ahora sus productos...—sugerí tímidamente.

—¡Ah!, eso quisiera yo. Como hasta ahora. Usted lo ha dicho. Pero los negocios tienen su punto de honor. Créame, yo hasta ahora viví satisfecho con mis laboratorios, tanto por las ganancias como por las satisfacciones que me proporcionaban. Estaba orgulloso de mis productos, y sabía que por cada dos duros que entraban en mi bolsillo una vida había sido salvada. Pero ahora no siento esa satisfacción y me avergüenza saber que he estado defraudando a médicos y pacientes durante treinta años. Si la tesis de la ineficacia de las vacunas por vía bucal se confirma, resultará que muchos de los enfermos curados deberán su vida a esa gran medicina que con tan saludables resultados ha estado operando desde los albores de la Humanidad: la sugestión. Y yo quedaré al descubierto conmigo mismo y con el Cuerpo médico. Los doctores viejos me cogerán un sordo rencor, no por haberles engañado, sino por haber fabricado un producto que se hunde al propio tiempo que su experiencia clínica. El caso es muy grave, y desde hace cuatro días, que recibí su carta coincidiendo con estas noticias, no he podido conciliar el sueño...

—Yo no lo veo tan grave como usted, señor Romo. En el peor de los casos, sería una simple equivocación...

—¿Llama usted una simple equivocación a haber estado jugando con la vida de enfermos de colitis, tifus, paratíficas, tifoideas, infecciones intestinales, etcétera? Pero, permóname. Usted no tiene la culpa de esto. Usted me ha pedido una entrevista con el objeto de tratar un asunto... que me parece delicado. Veamos, joven, explíquese...

—Yo no sé si deba en una situación como ésta...

—Para los asuntos delicados no existen situaciones propicias. Hable, que le atenderé con comprensión...

—Se trata, señor Romo, que, como usted sabe, su hija y yo...

—No me hable de mi hija! Se refiere usted a Eulalia, ¿verdad? Sí, sé que usted y mi hija se conocen. ¿Desde hace mucho tiempo? Si es así me admira que ustedes mantengan aún relación, amistad. ¡Todavía si fuese mi otra hija, Martina! Era una mujer modelo. Hace cinco años que está casada, y no le he oído a su marido la más leve queja. Bien, no se trata de Martina, sino de Eulalia. Me parece haber leído en su carta que usted quiere pedirme algo de Eulalia... Si mal no recuerdo, usted se interesa por la mano de mi hija. Si usted fuera sastre su interés pudiera tener otra interpretación, pero dado que usted... ¡Bien, joven! ¿Qué quiere usted que le conteste? Me coge usted en un mal momento... Sin experiencia. Cuando pidieron a Martina yo estaba fuera en Lisboa. No asistí a ninguna de las ceremonias nupciales. Francamente, no estoy preparado. No sé qué contestarle. ¿Qué me aconseja usted? Hábleme como a un amigo. Yo no puedo olvidar que mi decisión tiene mucha responsabilidad. Porque si usted, joven, fuera un cualquiera, el primero que llegaba, pues, hombre, yo me encogería de hombros y le diría ¡santo y bueno, llévase a mi hija! Allí usted. A ver cómo se las arregla... No le niego que el hecho de que usted cargue con mi hija supone un alivio muy grande para mí, tan grande como si hubiese resuelto el problema de los laboratorios. Pero yo soy una persona consciente y usted me parece un buen chico. No tengo por qué ensañarme con usted... Y usted, claro está, espera que yo le diga: «Pues, sí, le concedo la mano de Eulalia y enhorabuena. Claro, se lo puedo decir. Pero, en fin, yo quiero darle a usted una oportunidad todavía para que recapacite. No está en mi ánimo obrar con ventaja y apoyarme ya en la petición semiformal que significa el párrafo de su carta. Como yo creo que nunca falta un rato para un descuido, como dice el adagio, me permito darle a us-

ted tiempo para que lo piense, y si está usted decidido, pues no hay nada que hablar: le concederé la mano de mi hija, precisamente de Eulalia. ¿No quiere que mientras lo piensa nos tomemos unas cañas de cerveza?

El señor Romo llamó al camarero que, por cierto, hacía tiempo nos miraba con una atención que me parecía impertinente. Yo me anticipé:

—¿No se enojaría usted si le pidiésemos dos cañas de cerveza?

—¿Por qué voy a enojarme, caballero? Yo estoy aquí para servirles. Pero no podré traerle dos cañas de cerveza. Lo siento, caballeros...

Me sentí cohibido. Temí que el camarero, al igual que el botones de la mañana, me sacara a relucir el Reglamento del Gremio de Camareros y Similares. En todos los gremios hay que temer más que a los titulares del mismo a los similares, que son unos trabajadores o empleados emboscados y que constituyen la quinta columna de toda organización sindical. Nunca en mi vida logré descubrir a los similares. En todas las tarjetas de visita había leído tras el nombre, la profesión: practicante, ebanista, abogado, encuadernador, odontólogo, pero jamás me encontré con una que dijera «Ramón Fernández y Fernández, similar». Y, sin embargo, los similares existían. Lo proclamaban los anuncios, las placas de las oficinas: «Agentes de Comercio y Similares», «Industria del Cuero y Similares», «Objetos de escritorio y similares».

El camarero, tomando felizmente la iniciativa, aclaró:

—Sólo servimos cerveza embotellada.

El señor Romo dió un suspiro de alivio:

—Justamente. mozo... Cerveza embotellada. Bien fría, por favor...

Después, nerviosamente, se llevó la solapa hacia la nariz e hizo el gesto de aspirar el perfume del clavel.

—No huele. Sin embargo, creo percibir su perfume. La forma de la flor y su colorido son tan exactos que pueden crear la sugestión de su aroma característico...

—Es lo mismo que ha estado sucediendo durante treinta años con sus vacunas para la vía oral—le dije.

—Quizá—respondió él con el mismo tono que hubiera empleado para traer a la memoria un recuerdo muy lejano. Y en seguida, tras de echar un vistazo al reloj, dijo—: Siento decirle que se ha concluido el tiempo que puedo dedicarle. Pero no me iré todavía. Tenía previsto un margen de cinco minutos para tomarme un trago con usted. Pero no hablaremos más del asunto. Mañana, si usted puede, vaya a verme a los laboratorios entre diez y once. Podremos continuar nuestra conversación.

Y en efecto. Tomamos la cerveza en silencio. No hubo posibilidad de que el señor Romo despegara los labios.

II

A la mañana siguiente, el señor Romo me recibió en su despacho. Lo acompañaba otro señor que se dedicaba a poner banderitas sobre un mapa. A veces las cambiaba de lugar y después de clavarlas daba unos pasos atrás y se quedaba en una actitud de arrobamiento contemplando el mapa, confrontando los efectos artísticos obtenidos con el cambio de las banderitas.

—Me parece que ya está bien—le dijo el señor Romo—. Si usted, López, continúa clavando banderitas, no tendrá defensa ante el Fisco. No está bien descubrir tan patrióticamente la potencialidad financiera de mi negocio. Deje usted las banderas y atienda a este asunto.

El señor Romo me indicó un sillón cerca de la mesa. Su empleado abandonó el mapa y se sentó frente a mí.

—He querido que estuviera presente en esta segunda parte de nuestra conferencia el señor López. El señor López es mi asesor técnico. Y yo no resuelvo ningún asunto importante sin su consejo.

—Perfectamente, señor Romo—le dije. Y dándome cierta importancia planteé la cuestión—. Ha sido una lástima que ayer tarde usted se encerrase herméticamente en su mutismo. Pero ahora, si usted no se molesta, me permitiré insistir sobre lo exagerado de sus escrúpulos. En todo caso, sus vacunas han salvado a aquellos que tenían fe en la medicina...

—¡Un momento! Usted cuando habla de la medicina, ¿lo hace con mayúscula o con minúscula?

—No se me había presentado el caso de pensar en ello—contesté evasivo.

—Es muy importante, para un buen entendimiento, aclararlo. López emplea siempre la minúscula. No me parece correcto. Yo empleo la mayúscula. Quizá por esto muchas veces no estamos de acuerdo. Pero siga usted...

—Le decía, señor Romo, que sus vacunas han curado a aquellos que tenían fe en la Medicina, con mayúscula. Y no les han servido de nada a los incrédulos. No quiero pecar de aprovechado al decirle en un momento tan poco propicio que yo tengo fe en Eulalia. Que Eulalia, a pesar del tan poco lisonjero concepto que usted tiene formado de ella, es una mujer que puede darme la felicidad que anhelo. He puesto mi fe en ella.

—¿Usted cree, joven amigo, que yo me he formado un concepto de mi hija? ¡Qué más quisiera! Tampoco lo tengo de mis productos. Mis productos los crean los expertos del laboratorio. A mi hija la han creado las circunstancias, la sociedad, el mundo en que vive. Alguna vez me he preguntado quién sería el valiente que cargara con Eulalia. No he podido imaginármelo. Es una suposición que rebasa mi capacidad de fantasía. Pero los esbozos o proyectos de hombre que logré a duras penas imaginar no responden ni mucho menos a usted. Por eso, en cuanto usted llegó ayer al Casino Municipal, me dije: «Es extraño. Este joven parece un hombre normal, un habitante de este planeta, ¿cómo es posible que se haya fijado en mi hija?». Eso me dije, porque si no soy tan torpe, usted insinúa en su carta algo así como una petición de mano. La mano de mi hija. ¡Si todo se redujera al contenido exacto de las mismas palabras, sin atender a lo metafórico que las envuelve! La cosa sería más sencilla. Mañana mismo llamaría a un reputado escultor y le encargaría que esculpiera en mármol la mano de Eulalia. Y se la enviaría a usted. Usted, si así lo deseara, le mandarí a hacer un estuche de terciopelo granate para guardar la mano. Y asunto concluido.

—Si usted me diera la mano de su hija en escultura, no me daría el original. Me daría un similar...

—¿Un similar?—dijo con cierto alborozo López—. ¡Es una idea estúpida!

—¡Claro que sí!—afirmó el señor Romo, congestionándose de entusiasmo—. ¡Es una idea afortunada! Ciertamente, le daría a usted el similar de la mano de mi hija; una fracción de un simulacro de mi hija con muy consoladores visos de realidad. Si tal cosa es válida en un sentido puramente formalista, yo podría salvar mis escrúpulos y salvar mi negocio tan gravemente amenazado, cambiando simplemente la razón social de mis laboratorios: Productos Farmacéuticos y Similares, Sociedad Anónima. Con lo cual el elemento sugestión continuaría operante y mis escrúpulos con riales cubiertos, puesto que yo me consideraría fabricante de un similar de medicina.

—Una cuestión previa—intervino López, pero ahora con una cierta expresión de dominio—. ¿Existen, realmente, similares en medicina?

—No lo sé. Creo que no—repuso el señor Romo un tanto decepcionado.

—Existen similares en todo—aduje yo con manifiesta pedantería.

—Ciertamente—apoyó el señor Romo—. Recuerdo que tengo un amigo que es almacenista de granos y similares. Sólo comercia en granos, lo que obliga a pensar que los similares son granos también, sin comprometerse demasiado a que lo sean.

—Bien—acepté volviendo a mi tema—. Pero en el caso de su hija Eulalia, ¿por qué recurrir a los similares si tenemos el producto genuino, la criatura auténtica?

—¡Está bien claro!—arguyó el señor Romo—. Se trata de que usted no se equivoque en la elección y yo no sienta después arrepentimiento por haberle deparado un tan mal porvenir. La mano de mármol es, en este aspecto, inofensiva. Porque la verdad es que si usted se lleva, no la mano que me pide, sino la criatura que es mi hija... Mira, joven; usted conoce a Eulalia de puertas afuera; yo la conozco de puertas adentro. Usted la conoce nada más que como ente social...

—Exagera usted, señor Romo. Yo he ido ya al cine con su hija y me permito asegurarle que la conozco algo más que como ente social...

—No me interrumpa. Yo la conozco como animal doméstico. Usted la ve todos los días a las seis, después que sale de su negocio...

López se levantó y se acercó al mapa para seguir tachonándolo de banderitas.

—No tengo negocio, precisamente...

—¿Está usted empleado? ¿Qué hace usted?

—Yo escribo...—le respondí timidamente.

—También yo. Pero la correspondencia la dicto de diez a once de la mañana. Después hablo con los químicos, con el gerente de ventas, en fin, me dedico al negocio. Usted ¿qué hace después de escribir?

—Yo nada más escribo, señor Romo. Yo soy profesionalmente un escritor.

—No comprendo... ¿Escribir? ¿Nada más escribir...? ¿Acaso usted escribe algo más que su correspondencia?

—Sí, escribo versos...

—¡Ah, versos! Sí, hay gente que copia versos. Pero eso lo hará usted en los ratos de ocio. ¿A qué dedica su tiempo?

—Mi profesión es la poesía...

—Empiezo a comprender por qué usted se interesa por Eulalia. Cuando me imaginaba quién podría ser el posible hombre que se interesase por mi hija nunca se me ocurrió pensar en un poeta. Resulta tan insólito... Usted lo reconocerá. Nunca entendí por qué se hacían versos y por qué se jugaba al ping-pong. Son de esas diversiones que no me caben en la cabeza. Pero mi sorpresa no es encontrarme con un poeta, que sé que existen. De todo tiene que haber en la vida. Sino encontrarme con usted y que usted sea poeta. Es demasiada casualidad. Es un caso sin precedentes. Me encuentro igual que cuando se casó Martina. Me falta experiencia...

—¿Es que usted, señor Romo, no se casó?

—Indudablemente que sí. Aunque conserve una vaga idea de ello. Si soy viudo quiere decirse que antes estuve casado. Además, la existencia de mis hijas parece desechar toda duda al respecto.

—¿Y usted no estuvo enamorado?

—¡Naturalmente! Y quise a mi esposa como Dios manda.

—De novios, señor Romo, ¿no le escribió versos a su novia?

—¡Claro que sí! Los copiaba de los libros de poesía. Y se los mandaba caligrafiados con mi mejor letra. Pero eso sólo duró un tiempo. Después sustituí los versos por flores, más tarde por chocolates; ya de casados, por pieles y joyas. Me parece que este es el proceso correcto de las manifestaciones de cariño hacia la persona amada. ¿No lo cree usted así?

—Sí. Pero mi intención es no sustituir nunca los versos por otra clase de regalos.

—Es original. Pero, ¿Eulalia lo sabe? ¿No se aburrirá? ¿Y de qué libros copia usted los versos?

Me llevé la mano a la cabeza:

—De aquí. Son míos.

El señor Romo abrió los ojos con una expresión de asombro:

—¡Pero es posible! ¿De verdad que se los saca usted de su cabeza. Mire, traía el tiempo muy limitado. Pero... ¡es asombroso! Es la primera vez que me encuentro con un hombre que escribe versos propios, originales. Le dedicaré el tiempo que sea necesario. Entonces, usted es un poeta como Bécquer, como Zorrilla, como...

—Como Campoamor, como Rubén Darío—le dije poniendo la poesía a su alcance.

—¡Maravilloso! Así que usted es un poeta. Y un poeta que no tiene inconveniente en sentarse en el Casino Municipal a charlar despreocupadamente con un fabricante de productos farmacéuticos... ¡Es admirable su sencillez, su modestia! Un poeta...

Y tras su expresión de admiración un poco bobalicona, reaccionó:

—Y bien. En estas circunstancias, ya por todos conocidas, ¿usted insiste en pedirme la mano de mi hija?

—No, señor Romo. Perdón. Yo todavía no le pido la mano de Eulalia, que sería incorrecto en este momento. Yo le he pedido que me concediera una entrevista para expresarle mis sentimientos por su hija. Y después, si no hay oposición mayor por su parte, fijar la fecha en que yo, acompañado de mis padres, podamos ir a su casa para hacer la petición formal.

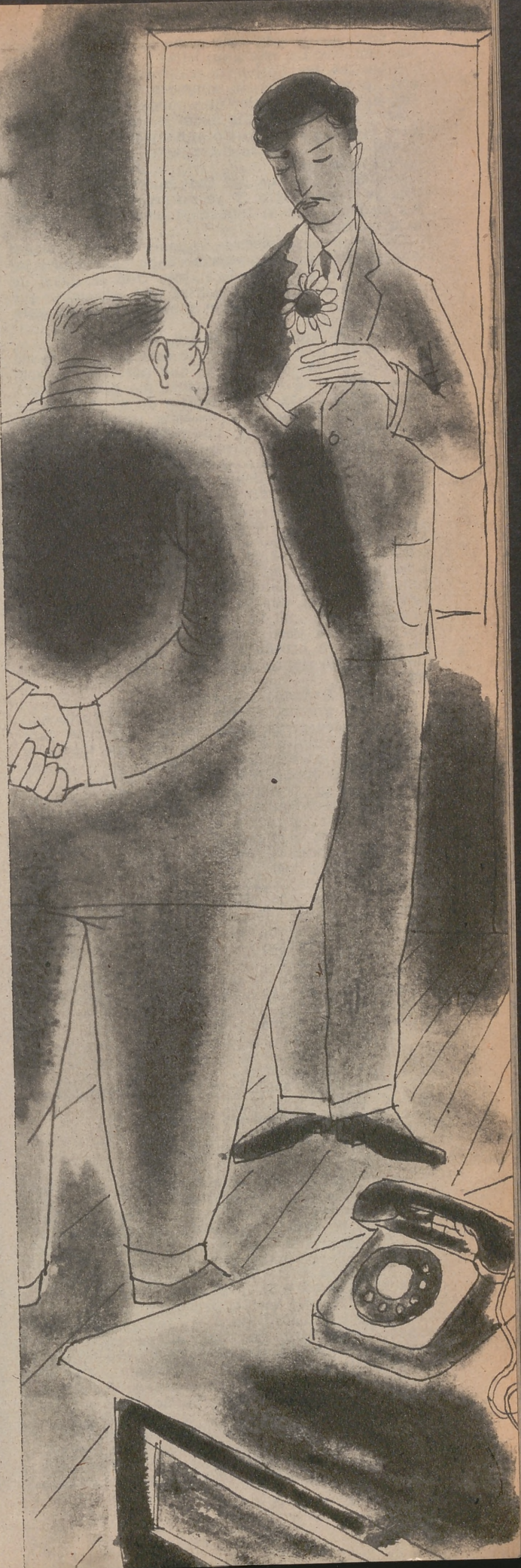
—¿Y cuáles son sus sentimientos?

—¿No los adivina usted?

—No muy claramente. En fin, me encuentro un tanto confuso. Ayúdeme usted, se lo ruego. Supongo que yo no me veré obligado a contestarle en verso. Dígame, sinceramente, cuáles son sus sentimientos respecto a mi hija Eulalia...

—Fues que le tengo un gran cariño, que la amo.

—Sí, sí, siga. Hábleme en poeta. Pondré todo lo que esté de mi parte por comprenderle. No me ha-



ble como los demás, sino como usted. ¿Cuáles son sus sentimientos hacia mi hija?

—Que es una mujer encantadora, que me seduce con su gracia, con su simpatía. Que siento que ella es la única mujer que puede hacerme feliz...

Me pareció que había dicho lo suficiente, y callé. Pero el señor Romo pidió aún más:

—Sí, sí, siga. No se detenga.

—¡Eso es todo!

—¡Cómo! ¿Nada más? Esas mismas frases se las dije yo a mi suegro. Y yo no era poeta. Poeta de los de aquí—dijo el industrial llevándose la mano a la frente.

Como yo permaneciese callado, el señor Romo comprendió que mi poesía no daba para más y no disimuló un gesto de decepción. Olló el clavel de nylon y se quedó con la cabeza baja, sin saber qué decir. Con el fin de que el silencio no se alargara más, murmuré:

—Me preocupa, señor Romo, su situación...

—Y a mí la suya. Es mucho más grave—dijo sin levantar la cabeza— No sé qué porvenir le espera al lado de Eulalia. Si usted me diera ánimos me sentiría capaz de disuadirle de su idea. Eulalia no le conviene. Ella necesita un ser... (Compréndame)... más vulgar que usted. Eulalia se gasta en chucherías trescientas pesetas diarias. Nunca la he visto comprar un libro... Nunca la he oído recitar una poesía. Bebe como esponja y como si nada. Yo quisiera verla un día ebria para pegarle un par de bofetadas. Es muy bruta, y perdóneme que se lo diga. Sin embargo, Marti... ¡Ah, pero Martina está casada! ¿Qué hacemos? Me pone usted en un brete. Si usted fuera otra clase de persona sería muy fácil para mí decirle: «¿Cuánto gana usted? ¿Cuántas pesetas diarias? Pues cásese con Eulalia, que ya tendrá para gastar.» Pero comprendo que a un poeta no se le puede hablar de dinero. Sería poco delicado. Y sería monstruoso que yo accediera a tan desigual matrimonio. ¿Cómo lo siento, señor...! ¿Cómo se llama usted?

—Pascual Redondo... para servirle.

—Muchas gracias. ¿Cómo lo siento! Al principio creí que usted tenía unas razones prácticas para casarse con Eulalia. Cada cual tiene sus medios y sus recursos. ¿Acaso usted es rico?

—No, señor Romo. Yo vivo de mi pluma.

—¿Escribe usted a pluma o a lápiz?

—Escribo a máquina, señor Romo.

—Ya. Lo de la pluma es otra metáfora. Bien, ¿cuánto le teja su máquina?

—Tres mil pesetas son pocas, ¿verdad?

—No pocas, si son diarias...

—Tampoco son anuales...

—Ya... Comprendo. No sé qué pensar. La madre de Eulalia prefirió las pieles a las rimas de Bécquer. Y eso que creía que eran mías...

Y, en seguida, como si fuese presa de un arrebatado de rabia, exclamó:

—¡López, deje ya las banderitas! Acérquese acá y asesóreme. Usted lo ha oído todo. Lo sabe todo. ¿Qué cree usted que sea prudente hacer?

López, sin abandonar el mapa, dijo:

—Tal como están las cosas, nada puedo decir. El asunto ha entrado ya en un campo que escapa a mi conocimiento.

El señor Romo asintió. Entonces, levantándose, me dijo:

—Acompáñeme. Vámonos al Banco.

III

En el «Cadillac» del señor Romo nos fuimos al Banco. Durante el trayecto ya intenté por dos veces volver al asunto de las vacunas. Realmente me preocupaba el posible mal cariz que pudieran tomar los negocios del padre de Eulalia; pero no hubo modo de reanudar la conversación sobre el tema, ya que el señor Romo se encontraba verdaderamente afligido por la situación que yo le había creado. Insistió que el tener un poeta en la familia era una oportunidad que no quería dejar escapar. Y que tanto yo como él, principalmente yo, debíamos de poner todo lo que estuviera de nuestra parte para conseguir una fórmula que hiciera de Eulalia una criatura capaz de ser transformada en sustancia poética. Y no daba con los caminos apropiados para una tan sutil como necesaria metamorfosis dignificadora.

En el Banco fuimos atendidos por el señor Casals, que dirigía el departamento de Inversiones en Plaza. El señor Casals, después de invitarnos a

tomar asiento en unos mullidos sillones de piel, nos obsequió sendos cigarros «Romeo y Julieta». Yo me guardé el mío reservándomelo para la hora del café. El señor Romo expuso el asunto al banquero:

—Quiero que me asesore usted, Casals, sobre un asunto complejo. El señor Redondo, es un poeta... Si, no se asombre usted. A usted le pasa lo que a mí, que ha oído hablar siempre de poesía, sin pararse a pensar que la poesía para que exista necesita ser elaborada. Este señor, pues, produce poesía. Un caso insólito, ¿no es cierto? Bien. El señor Redondo tiene muy agudas e interesantes ideas sobre mi negocio. Pero no es mi negocio lo que ahora importa. En la actualidad la poesía le deja un escaso rendimiento a mi amigo: tres mil pesetas. Supongo que tan exiguas utilidades se deban a un defecto de organización que redunde en escasa productividad... ¿Cómo podríamos incrementarlas? ¿Acaso es factible aumentar la producción con una inyección de dinero fresco?

El señor Casals fingió muy bien una actitud meditativa. Tras unos segundos de inmersión en el vacío, comenzó a hablar a tientas:

—Indudablemente las inyecciones de dinero fresco sanean, robustecen y hacen prósperos los negocios. Precisamente el Banco atiende con mucho interés toda petición de crédito. Los Bancos estamos saturados de dinero. Y la gente es tan tímida que no se atreve a pedirlo. Pero estamos congestionados de millones. ¿Con qué gusto recibimos a quien viene a pedirnoslo! En este caso y estudiadas las necesidades del señor Redondo, el Banco no tendría inconveniente en abrirle un crédito de dos millones de pesetas. Podría ampliarse el crédito a tres millones. Y estoy dando cifras al tuntún, porque desconozco el capital que deba ponerse en movimiento para producir poesía. Dicen ustedes poesía, ¿verdad?; esa mercancía que se vende en libros...

Y dirigiéndose a mí me preguntó:

—¿Usted cree que con dos millones de ampliación de capital sería suficiente para poner la industria en vías prósperas? Se lo pregunto porque no tengo la menor idea. Sé que las máquinas de imprimir hay que importarlas y cuestan mucho dinero. Ignoro si las máquinas de producción poética son más caras... Se trata, como decía muy bien el señor Romo, de un caso insólito. Creo que en los archivos del Banco no existen precedentes...

—Me parece que usted no se ha dado cuenta del asesoramiento que necesitamos—dijo el señor Romo—. El señor Redondo no necesita máquinas, pero que él se saca de la cabeza el producto. ¿Usted se da cuenta de lo que es poesía? Son esos escritos,

de renglones cortos que pegan entre sí, y en los que se dicen cosas muy floridas sobre el amor y la vida, sobre los astros y la primavera...

—Sí, señor Romo. Creo tener una idea sobre lo que se trata. Alguna vez, hace mucho tiempo, yo escribí versos para mandárselos a mi novia...

—¿Lo ve usted? ¿Y se los sacaba usted de la cabeza?

—¿Cómo de la cabeza? ¡Yo los copiaba, como hace todo el mundo!

—No todo el mundo. Hay unos productores, llamados poetas, que los elaboran. El señor Redondo es uno de ellos. ¡Fíjese usted! Es noticia para la Prensa. ¡España tiene un poeta! Yo creo que en estos momentos no hay otro país en el mundo que pueda decir lo mismo.

El señor Casals no pudo ocultar su asombro. Y se me quedó mirando como a un ser extraño, y hasta me pareció notarle un poquitín de vanidad, de íntima complacencia. Al fin, dijo:

—Ahora empiezo a comprender... ¿Así que usted inventa los versos? Y eso, ¿lo sabe mucha gente? ¿Lo ha dicho usted por ahí? ¿Cómo me gustaría hablar con usted a solas...! ¡Si mi hija lo supiera!

—Ya sé por dónde va usted, Casals—intervino el señor Romo—. Pero debo decirle para su conocimiento que el señor Redondo me ha pedido la mano de mi hija... Me considero obligado a advertirle lealmente. Más le digo: que por nada del mundo renunciaré a esta oportunidad que me ofrece la Providencia de tener un poeta por yerno.

—En este caso, sólo me queda darle la enhorabuena. Pero yo insisto en decirle al señor Redondo que me gustaría hablar con él, y que me sentiría muy honrado si nos acompañara una noche a cenar. Yo sé que mi hija, que gusta de la poesía, pasaría una velada magnífica al lado de un poeta como el señor Redondo.

Desde ese momento el señor Romo dió visibles muestras de impaciencia.

—Amigo Casals, viene en busca de un consejo financiero y no de una invitación a cenar...—y dirigiéndose a mí, exclamó: ¡Vámonos! Nada tenemos que hacer aquí.

Y ya en la calle, antes de subirse al coche, me dijo:

—De cualquier forma, véame mañana en la Cámara de Industrias de Transformación... Allí podrán darnos alguna idea.

IV

En la Cámara de Industrias de Transformación, el señor Romo me acogió apesadumbrado:

—Tenía usted razón, señor Redondo. Pero al

mismo tiempo que confieso mi ignorancia, me enorgullezco de vivir en un siglo como el nuestro, donde no se escapa la más inverosímil actividad al control estadístico. Me he enterado en el departamento de Patentes y Marcas que existen en España 18.453 poetas reconocidos, exentos del pago del impuesto de renta. Sígame, sígame, por favor.

Seguí al señor Romo a través de varias oficinas y al final llegamos a un gran salón donde había doscientos empleados en mangas de camisa y con manguitos en los brazos. Todos se hallaban escribiendo, muy atentos, sin levantar cabeza.

—¿Cuánto cree usted que gana cada uno de estos hombres? ¡Asómbrese! Con pagas extras no llegan a las mil quinientas pesetas mensuales...

—Ciertamente, es muy poco.

—Se ha estudiado con mucho interés el caso de cada uno. No se ha encontrado una fórmula factible para aumentarles el sueldo. Verdaderamente penoso, porque algunos están casados y tienen cuatro o cinco hijos.

—¿Y qué es lo que hacen?—pregunté.

El señor Romo rehuyó la vista y bajando la mirada dijo con un acento pleno de aflicción y desencanto:

—Versos... como usted.

—¿Versos? ¡Nunca sospeché que hubiera tanto poeta en la ciudad!

—Son poetas utilitarios...—me aclaró el señor Romo—. La Cámara de Industrias de Transformación es un benemérito organismo que procura hacer utilizable hasta la más ínfima materia prima. Parece ser que hace muchos años hubo una rebelión de poetas. Entonces las fuerzas vivas del país se dieron cuenta que existía tal clase social, capaz de perturbar el orden. Se destinó un crédito número de expertos a estudiar el problema y al fin se obtuvo la fórmula de readaptarlos a la vida útil...

—¿Y...?

—Pues ahí los tiene usted. Y no crea que están disgustados, no. Ellos son unos afortunados. La Cámara tiene pendientes de trámites millares de solicitudes de ingreso...

—¿Y dónde se publica su producción?

—Generalmente en los almanaques de taco. Las poesías y epigramas que usted lee en las hojitas de los almanaques, son escritas por estos señores. También suele aplicarse su producción a la publicidad. Cuando la producción poética es excesiva, se dedican a escribir máximas, aforismos y, si se tercia, aleluyas. Usted habrá visto esas columnitas en la Prensa con muchos pensamientos que firman Montaigne, Pascal, Aristóteles, Balmes, Franklin, La Rochefoucauld... Todos son nombres





supuestos. Son los seudónimos de estos poetas. Es una lástima que usted se llame Redondo. Si usted tuviera un nombre enrevesado podría usted aspirar a la popularidad.

—Comprendo... Pero, en fin, creo que nos desviáramos del asunto. Realmente, estoy perplejo. Nunca me había figurado que pudiera existir esta aplicación a la poesía. Sin embargo, es evidente. Porque yo, como usted mismo, señor Romo, todos los

días he tenido la oportunidad de leer esos versos, versos, epigramas y pensamientos en el reverso de las hojas del calendario... Así que Montaigne, Franklin, La Rochefoucauld... ¿Y dice usted que son seudónimos?

—Desgraciadamente, sí.

—Pero bien, señor Romo. Nuestro caso, quiero decir el caso de su hija y el mío, es totalmente distinto... Yo no soy un seudónimo ni mucho menos. Yo soy un poeta de carne y hueso, que aspira a obtener la mano de su hija... En última instancia, renuncio a mi calidad de poeta y sólo ofrezco mi condición de hombre, que creo que basta para tan humana y natural aspiración...

—En ningún momento podría ya eludir esa extraña condición de poeta inherente a su persona...

—¿Y en eso encuentra usted desdoro?

El señor Romo hizo un gesto ambiguo.

—Sepa usted —le dije— que si la poesía nada tiene que ver con la Banca ni con la Industria, ejerce una influencia decisiva en la sociedad... Y sepa más, que la profesión de poeta es honorable en todo lugar y circunstancia. Un poeta puede llegar a la Academia...

—¿A la Academia? ¿Y qué es eso?

—Es algo así como la Cámara de Transformación de la Poesía. Donde se fabrican esos seudónimos ilustres que usted ha mencionado: los Rochefoucauld, los Franklin, los Balmes, los Pascal...

El señor Romo se encogió de hombros y aspiró el clavel de nylon:

—No entiendo. En cualquier caso, insisto en decirle que a usted no le conviene mi hija, y yo comienzo a sospechar que usted no me conviene como yerno. Estoy con mis productos medicinales abocado a un problema de conciencia. No sería prudente crearne otro.

—Quiere decirse que me rehusa la mano de su hija...

—No, no. Tanto como eso, no... ¡Sinceramente, si usted tuviera una profesión, un medio de vida más sólido o por lo menos más respetable! ¿Usted cree que son respetables esos doscientos señores que están escribiendo aleluyas?

—¡Esos no son poetas!—grité indignado.

—¿Qué son entonces?

—¡Los similares!

En ese momento, los cuatrocientos ojos de los poetas utilitarios se me quedaron mirando. Al mismo tiempo, el señor Romo abrió los suyos exageradamente, a la vez que en su rostro aparecía una expresión de triunfo:

—¡Acabáramos! Ahora comprendo... ¡Ahora comprendo! No, usted no es el poeta. Ellos son los poetas. Usted es el similar... ¡Magnífico!... ¿Y dice usted que quiere casarse con mi hija Eulalia? Por mí no habrá ningún inconveniente... Presénteme hoy mismo la solicitud y llévemela al Casino Municipal. Se la pasará a López para que resuelva. Le ha hecho usted buena impresión. Estoy seguro que me le pondrá su visto bueno...

El señor Romo me había echado la mano sobre el hombro paternalmente, y así salíamos de la sala de los poetas, sin que sus ojos dejaran de talararme con su mirada.

—¡Alto, señor Romo! Me parece que tengo una idea mejor... Temo que mi solicitud pase de su asesor al señor Casals, y del Banco venga a caer a la Cámara de Industrias de Transformación... ¡No! Tengo una idea mejor. ¿No le parece más conveniente y eficaz que me rapte a su hija?

—¿Qué usted se rapte a mi hija? ¿Y yo qué hago?

—Usted se hace el loco, señor Romo...

—¡Hombre! Así de pronto... En fin, es cosa de estudiarse. Pero me parece que antes de nada usted debiera asociarse conmigo.

—¿Qué aportaría yo a la sociedad?

—Los similares. Mire: «Laboratorios Romo y Redondo, S. A. Productos Farmacéuticos y Similares». ¡Resuelto el problema de conciencia! No es necesario que rapte usted a mi hija. Nadie sabrá que los similares de los productos farmacéuticos son la poesía. Y yo quedo tranquilo... Vaya hoy mismo, en la tarde, a recogerme al Casino Municipal. Iremos a ver al notario... ¿Le parece bien?

Dije que sí con la cabeza.

Mi matrimonio con Eulalia, más loca que su padre, es otra historia que aquí no viene a cuento.

F I N

No pida coñac;
con decir:

"Un
VETERANO"
¡ya es bastante!



OSBORNE

EL LIBRO QUE ES
MENEJER LEER

SEMBLANZAS DE MIS RECUERDOS

Por Bertrand RUSSELL

SIN intentar escribir sus Memorias, Bertrand Russell ha recogido en su último libro, «Portraits from Memory», objeto hoy de nuestro resumen, toda una serie de artículos, la mayoría de ellos de carácter autobiográfico y, además, muy relacionados con sus contactos personales con destacadas figuras. En realidad la obra se divide en tres partes. La primera corresponde a los artículos autobiográficos; luego viene la sección que justifica el título del libro, es decir, toda una serie de semblanzas, y, finalmente, aparecen ensayos de carácter muy diverso, pero en la mayoría de los cuales aparecen datos personales o retazos de las concepciones de Russell. Independientemente de las ideas del autor, siempre discutibles, a pesar de su supuesto culto a la razón, lo mejor de toda esta colección de artículos es su amenidad, característica a la que, como es sabido, debe en no pequeña parte Russell su gran popularidad.

RUSSELL (Bertrand): «Portraits from Memory». George Allen and Unwin, Londres, 1956.

A los que son demasiado jóvenes para recordar el mundo anterior a 1914 les resulta difícil imaginar el contraste existente entre los recuerdos infantiles de un hombre de mi edad y el ambiente de nuestros días. He tratado, aunque con diferente éxito, acostumbrarme a una situación de imperios derrumbados, de comunismo, de bombas atómicas, de autodeterminación de los pueblos asiáticos y de decadencia de la aristocracia. En este universo extraño e inseguro donde nadie sabe si vivirá mañana y donde los más antiguos Estados desaparecen como las nieblas mañaneras no es fácil, a los que en su juventud se acostumbraron a solidesces seculares, el creer que lo que hoy vivimos es una auténtica realidad y no una pesadilla pasajera.

LA DIFÍCIL ADAPTACION A UN MUNDO PERMANENTEMENTE VARIABLE

Hoy queda muy poco de las instituciones y modos de vida que, durante mi niñez, parecían como indestructibles. Mi infancia transcurrió en una atmósfera impregnada de tradición. Mis padres murieron antes de que yo pueda recordar y por ello me educó con mis abuelos. Mi abuelo había nacido

en los primeros años de la Revolución francesa y fué diputado del Parlamento cuando Napoleón era todavía Emperador. Como Whig (liberal), partidario de Fox, pensaba que la hostilidad a Bonaparte y a los revolucionarios era excesiva y por ello visitó al Emperador en la isla de Elba. Fué él quien, en 1832, presentó la Ley de Reforma que introduciría a Inglaterra por el camino de la democracia. Fué también primer ministro durante la guerra con Méjico y la revolución de 1848. Mi abuelo no era hombre que tuviese grandes respetos personales, por lo que no vacilaba en explicar sus opiniones a la Reina Victoria, cualidad que no le atrajo precisamente las simpatías de la Soberana.

Vivíamos entonces en una época tranquila de ordenado progreso mundial, sin revoluciones, con síntomas de una paulatina desaparición de la guerra y con una difusión cada vez mayor del régimen parlamentario. La idea, sin embargo, de que el poder británico se debilitase en alguna parte del mundo era algo que no cabía en la cabeza de mis compatriotas. Es cierto que existía Bismarck, a quien a mí se me había enseñado a ver como un granuja, pero la civilizada influencia de Goethe y de Schiller debía impedir a Alemania de seguir por el camino de este bárbaro terrateniente. Tampoco había que olvidar las muchas violencias ocurridas en un pasado no muy distante, pero a todo esto se le buscaban paliativos.

Desde el principio me sublevé contra este ambiente, antes que nada por motivos intelectuales. Yo era un joven solitario, tímido y pedantuelo. No disfrutaba de los placeres propios de los muchachos ni tampoco los echaba de menos. Ahora bien, el hecho de que me gustasen las matemáticas me hacía sospechoso, ya que aquéllas no tienen contenido ético alguno. A los dieciocho años ingresé en la Universidad de Cambridge y allí me encontré repentinamente entre gentes que hablaban la misma clase de lenguaje que el mío.

Quando acabé mis estudios en Cambridge todavía no estaba decidido a consagrar mi vida a la filosofía o a la política. Esta última había sido la principal actividad de mi familia desde el siglo XVI y yo pensaba que el dedicarme a cualquier otra cosa constituiría una auténtica traición a mis antepasados. En fin, todo parecía preparado para que escogiese el camino de la vida pública. Durante algún tiempo vacilé, a pesar de las ofertas ventajosas que se me hacían, pero definitivamente la atracción por la filosofía se me hizo irresistible. Fueron mis primeras experiencias encontradas y por ello se me hicieron penosas. Como después he tenido tantos conflictos con los demás, muchas gentes han supuesto que a mí me gustaba este e-

Portraits
from
Memory

Bertrand
Russell

Obsequie a sus amigos en Navidad
con una suscripción a EL ESPAÑOL

Trimestre, 38 pesetas; semestre, 75; año, 150

Administración:
ZURBANO, 55
Madrid

nero de vida, aunque la verdad es que hubiese preferido vivir en paz con todo el mundo. Desde el momento que opté por la filosofía fué todo suave para mí durante un largo tiempo. Viví en una atmósfera académica donde la persecución de la filosofía no era considerada como una excéntrica locura. Todo fué muy bien hasta 1914, es decir, hasta que estalló la primera guerra mundial, que yo la consideré como un crimen que afectaba por igual a todas las potencias complicadas en ella, tanto a las de un bando como a las del otro.

LAS EXPERIENCIAS DE UN PACIFISTA DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Mi vida se divide crudamente en dos periodos, uno anterior a la primera guerra mundial y otro que sigue a la terminación de ésta, durante el cual me liberé de muchos prejuicios y pude pensar libremente sobre numerosas cuestiones fundamentales. Al igual que otras gentes, observé con desagrado la política de la *Entente*. No me gustaba nada que nos pusieramos en el mismo frente que la Rusia zarista y no consideraba que existiesen dificultades insuperables para lograr un entendimiento con la Alemania guillermina. Predije que esta guerra marcaría el fin de una época y, en un sentido más amplio, todo un estadio de una civilización. Por todos estos motivos era partidario de que Inglaterra permaneciese neutral y el curso subsiguiente de la historia ha demostrado cuánta razón tenía. Ni entonces ni posteriormente he creído que toda guerra es injusta, pero lo que en dichos momentos yo condenaba era aquella guerra y no todas. En realidad, por nuestra intervención en la contienda del 14 hicimos necesaria la segunda conflagración.

Debemos a la primer guerra mundial el haber creado el mundo caótico e inestable que hace temer que la segunda guerra mundial no será la última, donde es necesario combatir el vasto horror del comunismo, donde Alemania, Francia y lo que fué Imperio austrohúngaro se hundieron en una infima civilización, donde no existen más que perspectivas de caos para Asia y Africa y en donde las posibilidades de una extensa y terrible carnicería inspira un terror diario y casi todas las horas.

Considerar, por el contrario, cuán diferentes habrían sido las cosas si Inglaterra hubiese permanecido neutral. En primer lugar, la contienda habría sido corta. Hubiese terminado con la victoria alemana y Norteamérica no se habría mezclado. Inglaterra se habría mantenido fuerte y próspera. Finalmente, Alemania se habría librado del nazismo y la Revolución rusa no habría sido probablemente la comunista. La Alemania guillermina, aunque nuestra propaganda belicista nos la presentaba como atroz, era solamente chusca y un poco absurda. Viví durante algún tiempo en esta Alemania y conocía el poder de sus fuerzas progresivas, que habrían acabado por imponerse en un desarrollo normal de las circunstancias. Había entonces más libertad allí que la que dispone hoy la mayoría de los países europeos. Se nos dijo entonces que hacíamos una guerra por la libertad, la democracia y contra el militarismo y la realidad es que pusimos más en peligro que nunca la consecución de las metas que deseábamos. No puedo creer en absoluto que el mundo presentaría ahora una peor situación que la actual si Inglaterra hubiese permanecido neutral en la primera guerra mundial, convicción que no me ha permitido arrepentirme nunca de mi actitud de neutralista durante la citada contienda. Tampoco tengo que lamentar el haberme dedicado durante los años de la guerra a convencer a mis compatriotas de que los alemanes no eran tan malos como los presentaba la propaganda oficial, ya que, a consecuencia de ésta, se impuso la severidad del Tratado de Versalles, que no habría sido posible si no se hubiese padecido el horror moral con que se contemplaba a Alemania. La segunda guerra mundial fué ya otra cosa muy distinta, pero todo lo que hizo necesaria nuestra intervención se debía a la serie de errores que cometimos en 1914.

Durante cuatro meses y medio estuve encarcelado el año 1918 debido a mi propaganda pacifista; no obstante, gracias a la intervención de Arthur Barfour, disfruté de un régimen atenuado que me permitía leer y escribir en mis horas de encarcelamiento. Por estos motivos encontré la cárcel muy agradable. Leí muchísimo y escribí un libro, la «In-

roducción a la Filosofía matemática», y comencé otro, el «Análisis de la mente». Me interesaban también mis compañeros, los cuales no me parecían moralmente por debajo al resto de la población, aunque su inteligencia, debido al cautiverio, fuese algo inferior.

DESCUBRIMIENTO DEL AUTENTICO COMUNISMO

El final de la guerra no significó el término de mi aislamiento, sino, por el contrario, el preludio de una soledad todavía mayor, excepto en lo que respecta a mis contactos con amigos íntimos, lo cual se debería fundamentalmente a mi imposibilidad de aprobar al nuevo Gobierno ruso. Cuando estalló la Revolución yo, como casi todos mis compatriotas, incluido el embajador británico en lo que entonces se llamaba Petrogrado, la saludé gozosamente. Durante los años 1918-19 resultaba difícil poseer ideas claras sobre el comunismo, pero en 1920 realicé un viaje a Rusia, y en mis largas conversaciones con Lenin y otros destacados dirigentes conocí cuanto deseaba saber. Llegué a la conclusión de que todo cuando se había hecho y se pensaba hacer era completamente contrario a lo que puede anhelar una persona liberal. Me di perfecta cuenta de que el régimen era odioso ya en aquellos momentos y de que todavía se haría más. Encontré la fuente del mal en un desprecio por la libertad y la democracia, lógica consecuencia del fanatismo. Hasta entonces yo había pensado, de acuerdo con los radicales de entonces, que había que apoyar a la Revolución rusa, porque a ésta se oponían los reaccionarios. Me daba cuenta de la fuerza de este argumento y me costó trabajo superarlo, pero finalmente me decidí por lo que yo consideraba la verdad. Declaré de una manera pública que el régimen bolchevique me parecía abominable, y que no descubriría razón alguna para cambiar de opinión. En esto difería de casi todos los amigos que había adquirido desde 1914. Mi situación no era nada agradable, la mayoría de las gentes me odiaban por haberme opuesto a la guerra y los que, hasta entonces habían estado en mi mismo campo,

RECETARIO DE COCINA

CAKES
SOLOS
FRUTOS
ARROZ
PURRÉS
ENSALADAS
POSTRES



Siga mi ejemplo, adquiere sólo productos

PUDINES Royal

RIERA MARSA S.A.

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA

de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por

INDUSTRIAS RIEMAR

MARSA, S. A.

me denunciaban entonces por no elogiar al régimen bolchevique.

Mi visita a Rusia fué un punto clave de mi vida. Durante el tiempo que permanecí allí fui experimentando un creciente horror, que se convertía casi en una intolerable opresión. El país me parecía una vasta prisión, donde en la que no había más que crueles carceleros. Cuando descubría mis amigos aplaudían a estos hombres como liberadores y consideraban al régimen en cuestión como un paraíso, no sabía cómo podían ser amigos míos y hasta dudaba si estaría loco. Ahora bien, el hábito de seguir mis propios juicios más que los de los demás se había fortalecido en mí durante los últimos años. Por otra parte, estimaba que la dinámica histórica haría que el ardor revolucionario se transformase en imperialismo como ocurrió con la Revolución francesa. Cuando finalmente me decidí a decir lo que pensaba de los bolcheviques mis anteriores amigos, incluyendo en ellos a muchos que luego llegarían a idénticas conclusiones, me presentaron como un lacayo de la burguesía. No obstante, los reaccionarios no parecieron enterarse de mis nuevas ideas y me siguieron considerando como un «cerdo bolchevique», por lo cual me encuentre viviendo en el peor de los mundos posibles.

MI ENTREGA A LA FILOSOFIA

La primera guerra mundial alteró profundamente mis prejuicios y me hizo revisar toda una serie de cuestiones fundamentales. Aunque no abandoné nunca la lógica, ni la filosofía abstracta, me fui preocupando cada vez más por las cuestiones sociales y especialmente por las causas de la guerra y los posibles medios de evitarlas. La tarea me resultó mucho más difícil que mis anteriores trabajos matemáticos.

Cuando visité Rusia, en 1920, descubrí que existía una filosofía muy distinta de la mía, una filosofía que se basaba en el odio y el poder despótico. En la filosofía marxista, tal como se la interpretaba en Moscú, yo encontraba dos errores fundamentales, uno teórico y otro sentimental. El primero consistía en creer que la única realidad está constituida por la economía. El otro error, aparecía ante mis ojos por el hecho de mover toda la fuerza de un Gobierno por el simple odio. Naturalmente, esta concepción trata como consecuencia el mecanicismo psicológico natural que ocasionó las depuraciones, las matanzas de «kulaks» y los campos de concentración.

Después de mi estancia en Rusia pasé algún tiempo en China, donde me puse algo al corriente de los vastos problemas relacionados con Asia... En aquella época, China vivía en la anarquía y todo el Gobierno que le sobraba a Rusia le faltaba a China. Hubo muchas cosas que yo encontré admirable en la tradición china, pero era natural que nada de esto pudiese sobrevivir a las repacidades de los occidentales y del Japón.

El mundo desde 1914 ha seguido unos caminos muy distintos de los que yo hubiera deseado. El nacionalismo ha aumentado, el belicismo se ha incrementado, la libertad ha disminuido. Gran parte del mundo vive hoy de una manera menos civilizada que antes. La victoria de dos grandes guerras ha disminuido considerablemente muchas de las buenas cosas por las que luchábamos. Todas nuestras perspectivas están oscurecidas por el temor de que estalle una guerra peor todavía que las anteriores. No existe la posibilidad de colocar un límite a las destrucciones científicas. Pero, a pesar de todo esto, existen razones no menos claras para abrigar ciertas esperanzas. Hay, hoy día, la posibilidad técnica de unificar el mundo y abolir al mismo tiempo la guerra. De conseguir esto superaríamos para siempre la pobreza. Todas estas cosas se podrían hacer si los hombres desearan más su propia felicidad que la miseria de su prójimo. En el pasado había obstáculos físicos para el bienestar humano. Hoy, el odio, la locura y las concepciones equivocadas están entre nosotros y mientras persistan, nos amenazarán con desastres sin precedentes. Ahora bien, quizá la magnitud del peligro asuste al mundo y le haga tener sentido común.

BERNARD SHAW, WELLS Y SANTAYANA

La larga vida de George Bernard Shaw puede

dividirse en tres fases. En la primera, que alcanza hasta sus cuarenta años, fué conocido simplemente en amplios círculos como crítico musical, y en otros sectores más restringidos, como fabiano dialéctico, admirable novelista y un poderoso burlesco. Luego vino su segunda fase como escritor de comedias y, finalmente, la tercera en la que se presenta como un profeta, exigiendo igual admiración para Santa Juana de Orleans que para «San José de Moscú». Yo le conocí durante estos tres períodos y en los dos primeras le encontré delicioso y útil, pero en la última, mi admiración tuvo muchos límites.

Los ataques de Shaw a la moral victoriana fueron beneficiosos, y los ingleses indudablemente le deben estar agradecidos. Shaw, como otros muchos humoristas, creía que el buen humor podía sustituir a la sabiduría. Era capaz de defender cualquier idea, aunque fuese lo más tonta, y lo hacía de un modo tan inteligente que los que no daban la razón parecían estar locos. El desprecio de Shaw por la ciencia era indefendible. Para mí lo mejor de Shaw era su espíritu polémico. Sin embargo, lo mostraba igual habilidad en atacar a sus adversarios que en sostener sus propias teorías. Era un hombre sin miedo, que expresaba con idéntico vigor sus ideas, independientemente de que fueran populares o impopulares. Como iconoclasta era admirable.

La primera vez que yo vi a H. G. Wells fué en 1902, durante una pequeña discusión, organizada por una sociedad creada por Sidney Webb. Hasta este momento, no había oído hablar lo más mínimo de él, pero nuestras afinidades políticas nos hicieron irrtimar cada vez más. Wells era un nombre que destacaba más por la cantidad que por la calidad, aunque hay que reconocer que se distinguía por algunas excelentes cualidades. Ejerció una considerable influencia sobre la generación posterior no sólo por lo que respecta a política, sino también por su ética personal. Fué uno de los que contribuyó a hacer al socialismo respetable en Inglaterra. Sus conocimientos, aunque profundos, eran muy extensos. Como la impopularidad le era muy dura de soportar, hacía concesiones al clamor del pueblo, lo que entorpecía la consistencia de sus enseñanzas. Tenía tal simpatía por las masas que llegaban en algunos momentos a compartir sus propias histerias. La última vez que le vi, poco antes de su muerte, me habló muy seriamente de las divisiones existentes en la izquierda y me vino a decir, aunque no de una manera explícita, que los socialistas debían de cooperar más abiertamente con los comunistas. Naturalmente, éstas no eran sus ideas en los días de máximo florecimiento intelectual, en los que además de burlarse de la barba de Marx, exhortaba al pueblo a no seguir la ortodoxia marxista.

Mi encuentro inicial con Santayana tuvo lugar en una calurosa tarde de junio de 1893. Aunque durante largo tiempo le guardé un gran respeto, ya que me parecía que en él se sintetizaban muchas de las cosas de América y España, no puedo recordar ahora nada de lo que dijo en aquella ocasión. A medida que lo fui conociendo mejor, le encontré más simpático, pero también aumentaron mis diferencias. Poseía una cierta indiferencia que no era del todo sincera. Aunque sus padres eran españoles, había sido educado en Boston y enseñaba filosofía en Harvard. No obstante, se sentía siempre como si viviera desterrado de España. Durante la guerra hispanoamericana se puso apasionadamente al lado de su patria de origen, lo cual no puede sorprender si se tiene en cuenta que su propio padre había sido gobernador de Manila. En los casos en que estaba implicado su patriotismo español, su aire de despreocupación e indiferencia, desaparecía. Solía pasar los veranos en la casa de su hermana en la antigua ciudad de Avila, a la que la presentaba, sentada en su ventana, hablando con sus conocidos, cosiendo y visitando la iglesia. Ante mis observaciones no muy favorables, me respondía rápidamente: «Estas cosas de personas consumen sus vidas en dos cosas muy importantes, como son el amor y la religión.»

No podía ocultar su admiración por los antiguos griegos, los modernos italianos e incluso por Mussolini. Ahora bien, no se sinceraba nunca con nadie que procediera de más arriba de los Alpes. Afirmaba

ba que sólo los pueblos mediterráneos son capaces de la contemplación y que, por tanto, son los auténticos filósofos. Consideraba las filosofías británicas y alemanas como el vacilante esfuerzo de razas todavía no maduras. Lo que le gustaba de los países del Norte eran sus atletas y sus grandes negociantes. Tanto hacía mí como hacía otros filósofos nórdicos experimentaba una cordial compasión por habernos dedicado a algo muy superior a nuestras posibilidades.

La vida de Santayana privada era muy similar a la que tenía en sus libros. Era suave, meticuloso y extrañamente se excitaba. Una vez en Cambridge, me afirmó: «Mañana me voy a Sevilla. Me gusta estar en un lugar donde nadie contiene sus pasiones.» Me pareció natural esta actitud en alguien que tenía tan pocas pasiones que reprimir.

Aunque no era prácticamente creyente se mostraba siempre partidario de todo lo que el catolicismo sostenía, tanto en el terreno político como social. Nunca sentía, por ello, simpatía alguna por el protestantismo ni por los que se comportaban dentro de esta línea religiosa. Sin haberle seguido fielmente, le debo el haber aprendido de él toda una serie de opiniones nada corrientes.

WHITEHEAD Y LAWRENCE

En Inglaterra, Whitehead fué mirado solamente como matemático, correspondiéndole a los Estados Unidos el haberle descubierto como filósofo. Como en este último aspecto no estuvimos nunca de acuerdo por lo que nuestra colaboración no fué posible durante mucho tiempo, escaseando, por otra parte, mucho nuestros contactos desde que él se marchó a los Estados Unidos. Nuestros motivos de separación comenzaron durante la primera guerra mundial, en la que él desaprobaba por completo las opiniones pacifistas. En nuestras opiniones sobre esta cuestión tengo que reconocer que él se mostraba siempre mucho más tolerante que yo y que fué por mi causa por lo que estas divergencias ocasionaron una disminución de nuestra amistad.

Durante los últimos años de la guerra, su hijo menor, que tenía solamente dieciocho años, fué muerto. Fué un duro golpe para el padre, que sólo pudo soportarlo gracias a un inmenso esfuerzo de disciplina moral que le permitió continuar su obra. El dolor de esta pérdida influyó no poco en el cambio de sus ideas filosóficas y en el abandono de su concepción mecanicista del universo. Su filosofía era muy oscura y hay en ella muchas cosas que no he llegado nunca a entender totalmente. Whitehead era un hombre de vastos intereses y sus conocimientos históricos eran algo que me desconcertaban.

Su capacidad de concentración era extraordinaria, así como su modestia. Socialmente era amable, racional e imperturbable, pero esto último no hasta el grado de ser un monstruo racional inhumano. Su entrega a su mujer y a sus hijos era profunda y apasionada. En todo momento estuvo consciente de la importancia de la religión, y cuando joven casi se convirtió al catolicismo por influencia del cardenal Newman. Whitehead era perfecto como maestro. Mostraba interés personal por todos los que querían tratar con él, y conocía mejor que nadie sus puntos débiles y fuertes. Sabía aprovechar lo mejor de sus discípulos, y no se mostraba nunca ni ofensivo, ni sarcástico, ni engreído con sus inferiores. Creo que en todos los hombres capacitados con los que trató inspiró, al igual que a mí, un auténtico y duradero afecto.

Mis relaciones con D. H. Lawrence fueron breves y rápidas, durando aproximadamente un año. Fuimos presentados por lady Ottoline Morrell, que nos admiraba a ambos y deseaba que llegásemos a ser grandes amigos. El pacifismo había producido en mí una actitud de rebeldía violenta, por lo que me agradó encontrar en Lawrence una igual locura de rebeldía. Esta coincidencia nos hizo pensar, en un principio, en el hecho de que existía entre nosotros un común acuerdo, pero fue sólo después cuando gradualmente fuimos descubriendo que había entre nosotros más diferencias que las que nos separaban a ambos del Káiser.

Lawrence tenía entonces dos actitudes respecto a la guerra: Por una parte, no podía ser sinceramente patriota, porque su mujer era alemana, y por otra sentía tal odio a la Humanidad que llegaba hasta

el punto de creer que ambos lados tenían razón por el simple hecho de odiarse. Y cuando me di cuenta de esto comprendí que nunca llegaríamos a simpatizar. La consciencia de nuestras diferencias fué una cosa gradual, y llegué incluso a invitarle a Cambridge y presentarle a Keynes y otras personalidades. Sin embargo, él los odiaba a todos y afirmaba que no eran más que «muerte, muerte y muerte». Durante algún tiempo llegué a creer que Lawrence tenía razón; me gustaba su apasionamiento. Además compartía su opinión de que la política no puede divorciarse de la psicología individual. Me parecía que era un hombre de cierto genio imaginativo, y hasta creí inicialmente que el hecho de que no estuviésemos de acuerdo con él se debía a su mayor capacidad de penetración en el alma humana. Fué sólo poco a poco cuando llegué a descubrir en él lo que le hacía una auténtica fuerza maligna, circunstancia que motivó en él hacia mí idénticos sentimientos.

Lo que en un principio me atrajo de Lawrence fué un cierto dinamismo y su hábito por derrumbar toda una serie de presunciones que se consideraban como incommovibles. Estaba demasiado acostumbrado de que me acusasen de esclavitud a la razón, y estimé que él me podía proporcionar una cierta dosis de irracionalismo. Indudablemente adquirí un cierto estímulo por su influencia y hasta pienso que el libro que escribí durante su explosión contra mí hubiera sido mejor si no lo hubiese conocido.

No creo que sus ideas fueran buenas, mas si se piensa que el solo hecho de descubrir la existencia de los demás le hacía experimentar sentimientos de odio hacia ellos. La excesiva importancia que concedió al sexo se debía a que consideraba que éste era el único hecho que le obligaba a admitir la existencia de otros seres en el universo. Pero este reconocimiento le fué tan penoso que concibió las relaciones sexuales como una lucha perpetua en la que cada bando intentaba destruirse. El mundo entre las dos guerras sintió atracción por la locura. De esta atracción Lawrence es uno de los exponentes más adecuados por este culto a la locura.

LA ESTAFETA LITERARIA

Cada semana encontrará usted todas las novedades de la vida literaria y artística. Informes de editores, notas de librerías, exposiciones, noticias del teatro, el cine, el circo, Discoteca, Entrevistas, Reportajes, Correo nacional. Válgase del exterior, etc.

Rellene el boletín adjunto y envíelo a:

LA ESTAFETA LITERARIA
Montesquín, 2, Madrid

Nombre

Dirección

Me suscribo a LA ESTAFETA LITERARIA por

Un año

Seis meses

TARIFAS DE SUSCRIPCIÓN:

ESPAÑA

1 año, 100 pesetas; 6 meses, 50 pesetas

AMÉRICA Y PORTUGAL

1 año, 100 pesetas; 6 meses, 50 pesetas

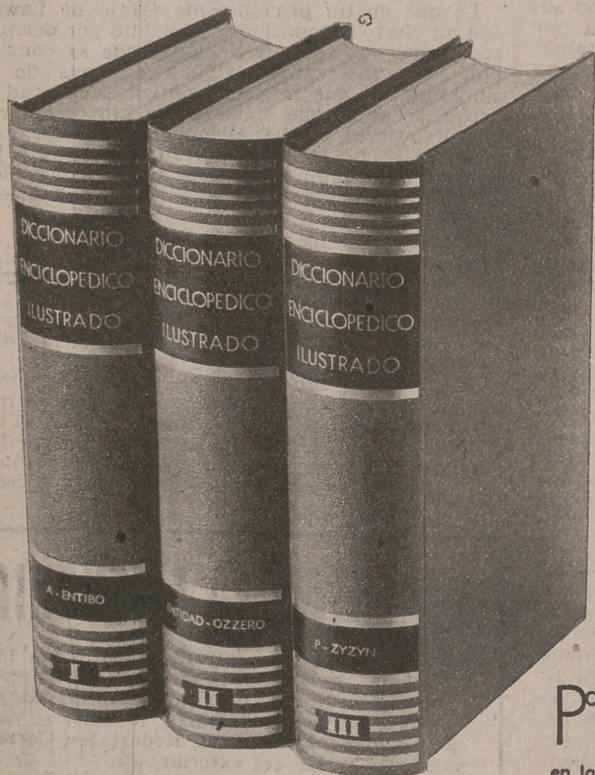
OTROS PAÍSES

1 año, 175 pesetas; 6 meses, 90 pesetas

Las suscripciones se pagarán a reembolso al comienzo de las mismas.

Al vencimiento de cada suscripción se entenderá automáticamente prorrogada de no recibir orden en contrario.

Sea cual fuere su profesión,
no puede usted prescindir de
una **ENCICLOPEDIA...**



3 tomos de 15 x 22 cms.
encuadernados en tela verde
y rótulos en oro

37 Ptas. mensuales

**EDITORIAL AMALTEA, S. A. - Provenza, 95
Barcelona**

Sírvanse remitirme lo que señalo con una X:

- 1 Diccionario Enciclopédico Ilustrado, 3 volúmenes (contra reembolso)
 Folleto gratis y detalles adquisición a plazos.

Nombre

Profesión..... Domicilio.....

Localidad..... Provincia.....

...le brindamos la más
útil con las últimas
innovaciones y
descubrimientos en
Ciencias, Arte, Historia,
etc., etc.

**DICCIONARIO
ENCICLOPÉDICO
ILUSTRADO
SOPENA**

POR fin... un diccionario para todos!... Un magnífico instrumento de cultura que permite el éxito en la vida social, comercial y profesional. Una obra insustituible en el hogar, en la oficina, indispensable para el estudiante.

Cada vez que necesite cerciorarse sobre historia, americanismos, geografía, tecnicismos, literatura, neologismos, bellas artes e infinidad de otros temas, acuda Ud. a esta prodigiosa enciclopedia. El **DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO** es lo más moderno y completo en la materia. Contiene todas las voces del idioma sancionadas por el uso y por la autoridad de los buenos hablantes. 6.500.000 palabras, 174.000 artículos enciclopédicos y lexicográficos, 8.960 grabados, 28 láminas en color, 160 mapas en negro y 6 en color. Y un apéndice con la lista alfabética de los verbos españoles y paradigmas de su conjugación.

Por su riqueza, profundidad y exactitud, el **DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO** nada tiene que envidiar a las enciclopedias más voluminosas. En cambio, las aventaja por el espacio que ahorra: puede tenerse siempre al alcance de la mano y su consulta no puede ser más cómoda.

INFORMACIÓN AMPLIA, MODERNA Y FIDEDIGNA

PRECIO: (Al Contado: 600 ptas.
(A Plazos: 660 ptas., en cuotas de 37 ptas. mes.

EDITORIAL AMALTEA, S. A. Provenza, 95 - BARCELONA
Concesionaria venta a plazos de **EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.**

JOSE LUIS VILLAR PALASI, JUVENTUD Y MADUREZ

CON 10 IDIOMAS EN LAS REUNIONES DE LA UNESCO

EL MUNDO MILENARIO DE LA INDIA DE 1956

OYENDO a Villar Palasi se gana mucho tiempo: habla rápido, incisivo, adecuado, preciso. Su rapidez es un tanto nerviosa, pero de un nerviosismo que más bien es voracidad intelectual. Habla, habla y habla... Deja salir ideas tras ideas... Enciende un cigarro, aspira humo, deja el cigarro, aspira otra vez, hace como que va a dejar el cigarro y no lo deja, se lo acerca a los labios y aspira sin fuerza y sin humo... Es que en esos momentos le obsesiona la idea... En fin, hace evocar la imagen del estudiante al que han preguntado la lección en un día en que viene bien pertrechado y seguro de sí mismo.

Hay otros aspectos que contribuyen a la semblanza alegre y optimista de Villar Palasi. Sus treinta y cuatro años, su expresión sonriente, el abordar los temas por su parte positiva, el tono de amabilidad con que reviste sus juicios y el deseo de hallar el bien detrás de todas las cosas. Optimismo parece esto, pero en nuestro caso más bien podríamos llamarlo bondad, porque el juicio crítico está siempre a tiempo y da a cada uno lo suyo. Como también niega lo que haya que negar.

Su despacho en el Ministerio —es secretario general del Ministerio de Información y Turismo— es una caverna abierta en una mole de libros y papeles. Allí estudia y redacta con velocidad taquigráfica. Imposible parece visar tan pronto un expediente.

Pero no va por ahí mi propósito. Mi propósito es obtener su versión de la India, porque ha pasado unos días en Nueva Delhi con ocasión de la última reunión de la U. N. E. S. C. O. Desgraciadamente, estuvo poco tiempo: llegó tarde y hubo de venir anticipadamente. Trae, a pesar de ello, su pequeño No-Do mental.

—Su espiritualidad.

Esta su contestación primera en torno de la visión integral de la India.

—La India es muy espiritual. No le obsesiona lo material. Y

por eso reprocha dos cosas a Occidente: su apego a lo material y el descuido de lo espiritual.

Interesante, misteriosa como la misma India, es este contraste: una espiritualidad a ultranza dentro del país de lo grande, de lo rico, de lo vital. Pero una espiritualidad que arrastra desde muchos siglos antes de Jesucristo. Allí son grandes las montañas y elevadas sus cumbres; impresionantes son los ríos; extensas las llanuras; rica y exuberante la selva; casi bíblicos los temporales monzónicos; aterradoras las epidemias. Y una población de 3.0 millones de habitantes, que viven con los ojos pendientes del cielo y del suelo, de las nubes que riegan y de la tierra que da. Pero hasta en esto, como un signo permanente, domina la magnitud asiática, la falta de equilibrio y proporción. Y, claro, en lo espiritual llega a suceder algo parecido, tal vez por analogía con el ambiente.

Le pregunto desde un plano puramente imaginativo, que siente atracción por lo misterioso, lo enigmático y hasta cierto punto imposible:

—Allí habrá una abundantísima corriente turística.

—No—responde rápido y sonriente por mi decepción—. Es poco el turismo.

—¿Resulta escaso porque se aplica escala asiática?

—No, no. Absolutamente poco. Y poquísimo en relación con lo que ofrece, tanto en el orden material como en el del espíritu. Unos 60.000 turistas al año.

—Desde luego, ya no puede haber duda. Pero ¿no está inspirado, orientado, organizado y promovido por el Estado?

—Ahora lo desarrollan.

Y sin parar la vertiginosa corriente de su locución, varía un poco el tono de voz:

—Aunque hay Ministerio de Información, depende el turismo del de Comercio.

—¿Qué sentido tiene actualmente el turismo?

—Orientado hacia la caza, «sikhai». A 50.000 pesetas creo que asciende la tarifa por día, pero devuelven el dinero si no se caza.

—¿Y la Prensa?

—La Prensa se edita casi toda



en inglés. Hasta los títulos son ingleses.

—¿Y el cine?

—El cine, sí. El cine es una industria muy próspera, de gran desarrollo. Depende del Ministerio de Información.

—¿Muchas películas al año?

—Unas trescientas.

El silencio de asombro con que reacciono, es aprovechado por el señor Villar Palasí para permitirse un descanso en su conversación sin titubeo. Porque éste es otro detalle: habla rápido, pero sin titubear y sin tener apenas que rectificar. Pero su silencio me ha resultado algo estratégico, psicológicamente hablando. Ha impuesto un breve silencio para presentar con más fuerza lo que luego va soltando con alguna reticencia:

—Allí la censura estatal del cine es muy minuciosa y rígida.

—¿Cómo! Pero si la India que vuela y suena en nuestros oídos parece tener bastante «pose» en lo que se ha convenido últimamente llamar libertad.

—Pues, ya ve—insiste riendo—Y le voy a dar una prueba: el mismo día que llegué, un diario de Bombay titulaba con cierto interés la información en la que se daba a conocer que una audiencia había revocado el fallo de un juzgado inferior. Este último había condenado a una pareja que fue sorprendida besándose en la calle. Y el periódico terminaba con el siguiente comentario: «¿Cuándo aprenderán nuestros censores de cine que el beso no debe ser cortado?».

PAIS DE LAS CATRASTROFES

—¿Cuál fué su impresión de lo social en tan rápida visión de aquello?

—Pobreza. Pobreza individual.

—¿Bien visible?

—Visten mal. Una sábana. Las indias ricas llevan una especie de corselete con el vientre al aire y chales muy ricos.

—¿Es que la tierra, aquella tierra de clima cálido, abundantes aguas y tan enorme extensión no da para los 360 millones de seres?

—Es imposible almacenar de un año para otro. Así que todo depende de los vientos monzones, que son los que traen las lluvias. Si vienen retrasados o el agua cae en demasía, las consecuencias ya son bien conocidas; hambre espantosa que lleva a la muerte a millares y millares de personas.

—¿Y las comidas? ¿Cómo son las comidas?

—Picantes. Exageradamente picantes. La comida clásica, el «curry», que no falta en los hoteles entre los demás platos de tipo europeo, consta de arroz y carne tremendamente picante. Lo picante va en todo, hasta en los peces. Y la bienvenida suelen darla con plato picante: unas especias secas, largas como raíces, y luego el té.

—¿Buen té?

—Riquísimo, pero adobado con azafrán que importan. Curioso: en el país de las especias importan el azafrán.

—¿Y las bebidas?

—No se encuentra el vino. Sólo producen cerveza. Ahora con motivo de la reunión de la Unesco, hubo autorización especial en cuestión de bebidas. El extranjero consume cerveza.

—No hay, por tanto bares y tabernas.

—Nada. Y el agua, hervida. Ya dentro de la India comprendí la razón de tantas certificaciones como exigieron al entrar: vacunación contra el cólera, etc., etc. Las verduras y frutas son lavadas con permanganato.

—Me impresionaron los sonidos de los pájaros. Y el color.

—Y la abundancia.

—Concretamente, los cuervos. Hay cuervos con exceso en las ciudades. Despiertan a uno por la mañana con sus graznidos. Y entran por las habitaciones.

—Me parece bastante extraña y fúnebre esta predilección por el cuervo.

—El cuervo y la hiena—esta última también es abundante—realizan una beneficiosa, muy beneficiosa, labor sanitaria.

A la vista de este hecho, hay que volver la mente al aforismo escolástico: «Dios, ni abunda en lo superfluo y ni falta en lo necesario.» Estos seres, estos animales repugnantes, asociados a la idea de cadáver yerto e indefenso que satisfaca su instinto nutritivo, tiene allá lejos, en la India, donde los hombres viven a merced del curso natural de la Naturaleza—perdonen la redundancia—, un valor, una misión positiva y beneficiosa que cumplir. Aquí los miramos como signos naturales del mayor mal, que es la pérdida de la existencia; allí, si no los miran con complacencia, sí con agradecimiento. Dos puntos de vista ante un mismo hecho. Así es hoy.

—Las que no lo pasarán mal son las vacas.

—¡Ah!

Y ríe algo más de lo habitual.

—Tranquilas pasean por las calles. Sólo aprovechan la leche y la boñiga. Esta última como combustible y para ciertas prácticas religiosas. Pero en cuanto a comida, todo el cerdo que falta en el Pakistán, de religión musulmana, se encuentra aquí; pero falta toda la carne de vaca que sobra allí.

—¿Y cuando mueren las vacas?

—Las arrojan al río sagrado.

CON TAPABOCAS POR LAS CALLES PARA NO MATAR CON EL ALIENTO LOS ANIMALILLOS DEL AIRE

Y hemos llegado al tema de la religión, plato fuerte al hablar de la India.

—Ellos entienden la religión como un procedimiento para descubrir el dios, que dicen llevar dentro.

—¿Les preocupa poco el dogma? —Atienden preferentemente la moral.

He aquí algo que me parece ha sido objeto de estudio del señor Villar Palasí. Sus cuadernos vienen bien cargaditos de notas. Una de sus muchas preocupaciones, que no son menos que las ocupaciones.

Y bueno será hacer la ficha: Nació José Luis Villar Palasí en Valencia, el 30 de septiembre de 1922. Es doctor en Filosofía y Letras, Derecho y tiene aprobadas gran número de asignaturas de Ciencias Económicas. Es: letrado con el número uno en su oposición, del Consejo de Estado; y también con el número uno letrado de la Asesoría Jurídica del Instituto Nacional de Previsión; asesor técnico de la Secretaría Ge-

neral para la Ordenación Económico-social de la Presidencia del Gobierno; consejero, en representación del Estado en la agencia Efe; fundador de la Asociación Española de Derecho Administrativo, de la Asociación Española de Derecho Marítimo (integrada en la Asociación Internacional) y de la Asociación Española de Ciencia Política; vocal de la Comisión española de la Unesco y vicesecretario de la Junta de Relaciones Culturales y secretario general del Ministerio de Información y Turismo, con la categoría de director general. Habla francés, inglés, alemán, italiano, holandés, danés y ruso, aparte de la traducción del griego, latín y árabe. Ha publicado dos libros: «Los Jurados de Empresa» (en colaboración) y «Administración y Planificación». Y el 30 de septiembre pasado cumplió los treinta y cuatro años de edad.

—¿Qué ha observado en el brahmanismo?

—La Trimurti india—Brahma, creador del Universo; Vishnú, conservador de los seres, y Siva, dios destructor—no tiene ya más que un valor plástico: las tres caras. Tienden ahora a espiritualizar todas sus figuras antiguas.

—¿Perduran muchas sectas?

—Del budismo apenas hay regiones. Sólo en la parte de Nepal.

Ya es sabido: Buda, hijo de un rajá (dueño del pueblo). Fué un reformador del brahmanismo; predicó la igualdad de los hombres, la abolición de las castas, y enseñó que el fin del hombre es el «nirvana» o descanso absoluto en la divinidad. Se impuso allá por el siglo III a. de J. C., y luego fué perseguido hasta casi desaparecer en la India. Pero se ha extendido por el Tibet, Indochina, China y Japón. Más de 200 millones de adeptos.

Moral, preocupación moral, es la del budismo. He aquí las cinco reglas que procuran al hombre la ventaja de renacer entre los dioses: Primera, no matar a los seres vivientes, compadecerse de ellos, aseguraries reposo; segunda, seguir la sabiduría, no robar los bienes del prójimo, socorrer a todos los necesitados; tercera, ser puro observar los ayunos; cuarta, ser sincero, no engañar a otros, preservarse de los cuatro pecados de la boca, que son: la mentira, la hipocresía, la doblez y la calumnia; quinta, no beber licor que embriague.

Y es curioso el veto que se pone al religioso budista que no debe pedir limosna: primero, a los cantores y comediantes, porque turban la contemplación; segundo, a las mujeres de mala vida porque cierran el buen camino; tercero, a los vendedores de vino, porque el vino es causa de todos los vicios; cuarto, a los reyes, porque sus palacios están llenos de cortesanos y funcionarios que prohíben la entrada; quinto, a los carniceros, quienes, al destruir la sensibilidad, destruyen la virtud y las buenas intenciones.

Parecidas son las reglas de los «jainos», otra secta nacida del hinduismo. Van por las calles con un tapabocas, porque dicen que el aire caliente mata los bichos vivientes del aire; y bajo el brazo llevan una escoba, con la que desvían los animalillos del suelo para no pisarlos. No se pelan; se arrancan el pelo unos a otros dos veces al año.



A la izquierda, en el camino de Agra, el matrimonio Villar Palasí observa un clásico elefante hindú; a la derecha, el señor Villar Palasí en Shatt-el-Arab, Basora

—Cinco son las reglas o principios morales de esta secta de los «jainos», una de las cuatro del hinduismo. Cinco: «No violencia. «Desposesión».

—¿Desposesión?

—Esta norma les prohíbe permanecer más de cuarenta y ocho horas en el mismo sitio. Hasta ese extremo llega la no posesión. No tienen casa. No pueden ir en tren, a caballo o en mula, sino a pie. Nada de cocina.

—¿Y en caso de enfermedad?

—No hay que llegar a tanto extremo para la excepción—contesta riendo—. De un modo normal sólo en la época de los monzones les está permitido continuar un mes seguido en un mismo sitio.

En realidad nos quedamos durante unos segundos sin saber qué preguntarnos ni decirnos. Pero pocos segundos. Villar Palasí es la negación del descanso, del silencio improductivo.

—Tercer principio o norma —insiste rápido—: continencia. Nada de adulterio, etc., etc. Cuarto principio: veracidad. Y quinto: austeridad.

—¿Son muchos los «jainos»?

—Se les ve con dificultad. Como no están quietos nunca en virtud del principio de la «desposesión», no es fácil darse de cara con ellos.

—Menos mal que les sobra espacio.

—Hay algo curioso en torno de esta secta—continúa—. Lo curioso son los «anuvratí», una organización de seglares afecta a los «jainos».

—¿Con los mismos principios?

—Sí, pero atenuados: castidad durante veinte días al mes; no casarse antes de los quince ni después de los cuarenta y cinco. No destruir seres vivientes sin necesidad.

—¿Sin tapabocas?

—Sólo se ponen la mano al hablar. Tampoco pueden poseer bienes superfluos, no percibir

gratificaciones; no cobrar emolumentos a los pacientes si es médico; no hacer exhibiciones, ser vegetariano; no invitar a más de 250 personas a una recepción o fiesta; no invitar a más de cien personas a una boda; no inmiscuirse en los asuntos internos de otros, salvo en casos excepcionales y fuera del país; ser tolerante con las demás razas y religiones.

Se detiene de pronto. Y con gesto de extraña magnanimidad continúa:

—A ellos les importa la moral, no la dogmática. Se escabuyen cuando se les discute de dogma.

—¡Vaya!

—¿Y cuál es la preocupación fundamental de aquel país en estos momentos?

—Llenar, tender el puente sobre el abismo que hay entre su género de vida ancestral, fundada en la agricultura y la artesanía y la modernización, la occidentalización. Se encuentran en esos momentos decisivos de saltar sobre ese abismo, sobre esa distancia existente entre el minúsculo taller del paciente resignado y silencioso artesano, y el veloz y dinámico «Superconsellation» que surca el espacio sobre sus cabezas. Y el abismo entre el materialismo occidental y su espiritualidad sublimada.

—¿Y lo política?

—Poca atención prestan a ella. Manifestaciones, eso sí, manifestaciones proliferan de un modo increíble. Pero manifestaciones pacíficas a estilo norteamericano.

—¿Ningún movimiento social?

—Sí. Hay uno que ahora actúa con bastante tenacidad y éxito. Se llama «Bothan Yaja», que va por los pueblos pidiendo el reparto de tierras de los latifundios.

—Pero ¿es de carácter político también,

—No... Casi podríamos decir que más bien es una organización que persigue fines bené-

cos. El pandit Nehru le ha prestado apoyo. Han logrado tierras de las posesiones de los antiguos rajae, que van desapareciendo.

—La organización administrativa debe ser complicada.

—Son unos 28 Estados. Pero Estados clasificados en tres grupos: 9 del grupo A, 8 del B y el resto del C. Pero en realidad tienen idéntica estructura, aunque distintos nombres.

—¿Idioma oficial?

—Según el acto de la independencia, el inglés junto al hindú serán oficiales durante quince años.

—En resumen, aquello tardará, será lento en su evolución.

—No es fácil. Hay muchos factores en contra. Recuerdo que cuando íbamos al aeródromo me sorprendió ver a la gente durmiendo en la calle, envueltos en la sábana hasta la cabeza. Parecían cadáveres. Casi todos en el suelo; los más adinerados, en una especie de catre.

—¿Presenció alguna cremación?

—He visto las pilas de leña. Machacan la cabeza del cráneo antes de arrojarlo a la hoguera. Unos dicen que para que salga el alma, y otros para evitar que explote.

—¿Corresponde a algún rito sacerdotal?

—Prenden fuego a la pira los «gurus», sacerdotes de los «sik-ki», muy abundantes allí. Son tipos que llevan barba larga, tan larga que les sube por la cabeza y se la sujetan con el turbante. El clásico indio. Comen carne, pero no pueden fumar ni beber.

—¿Tiene mucha importancia para ellos la indumentaria?

—Un dato: hay 24 ó 25 formas de colocarse el turbante.

—¿Significa algo cada una de ellas?

—Sí. Allí todo es simbólico.

—¿Y fácil de descifrar?

—No es fácil.

JIMENEZ SUTIL

TEXTIL

LA NAVIDAD TIENE SU MODA

Y la revista TEXTIL la presenta en los más modernos trajes de noche, firmados por los españoles Pedro Rodríguez, Marbel, Pertegaz, Lino, Rosina y Ella Bea, y los parisienes Lanvin-Castillo, Gres, Patou, Balmain, Manguih... Y una maravillosa colección de abrigos de visón, de Jacques Fath, y otros creadores de la alta peletería

Creaciones en modelos y fotos de Christian Dior, Jacques Heim, Jacques Griffe, Hubert de Givenchy, Modelos de Vargas Ochagavía y Natalio. Detalles y figurines de Celia Segovia y Cuca Romley.

La línea natural de Londres a través de modelos de Matita, Cavanagh, Digby Morton, Peggy Page, Víctor Stienel, Worth, en una serie de creaciones invernales «de mucho llevar».

Una selección de creaciones de la moda masculina para invierno y deporte.

La belleza de la mujer, a través de los peinados de Eugene y de los maquillajes de Stendhal y Maggy Rouff, para las fiestas de Noche Vieja.

Una visión poética y alegre de la Navidad. Villancicos inéditos del maestro Eugenio d'Ors y otros populares, recogidos por Federico Muelas.—Un delicioso cuento navideño, de Fernán Caballero.—Un gracioso reportaje sobre las mesas y las cenas de Noche Vieja en los restaurantes de Madrid, con menús y fórmulas.—Ponches de Pedro Chicote.

Selecciones literarias e informaciones teatrales.—Las fuentes de Madrid, bajo el hielo.—El teatro de la Zarzuela en su Gran Gala inaugural.—Crónica de estrenos, por Antonio Abad Ojuel.—Decoración.—Amenidades.—Humor.—Pasatiempos.—Patrones y Labores.

Dibujos de Serny, Esplandiu, Santamaria, Gofí, Munoa, Cabezas...

TEXTIL SE AGOTO EN OCTUBRE

SE VOLVIO A AGOTAR EN NOVIEMBRE

SE AGOTARA EN DICIEMBRE ANTES DE QUE VD.—SI NO SE APRESURARA—ADQUIERA SU EJEMPLAR

TEXTIL DESEA FELICIDADES Y PROPORCIONA UN RATO FELIZ



REVISTA TEXTIL

José Antonio, núm. 32
Madrid

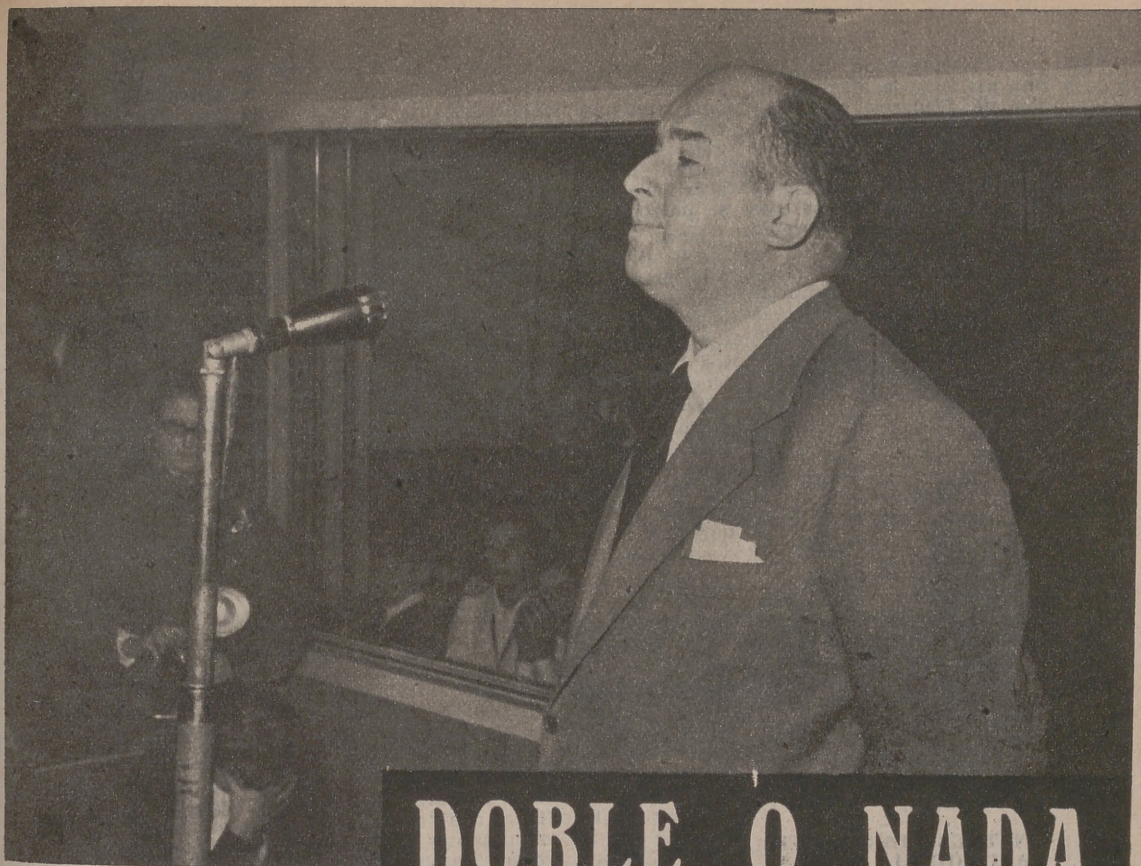
BOLETIN DE SUSCRIPCION

Anual, 300 pesetas - Semestral, 150 pesetas

Don domiciliado en provincia de calle de número se suscribe por a «Textil» de de 1956.

NUMERO SUELTO: 40 PTAS.

Publicidad CESAR



DOBLE O NADA

250.000 PESETAS EN LA MALETA DE UN MEDICO DE CADIZ

LAS CUATRO NOCHES DEL DOCTOR SALVA GARCIA ANTE LOS MICROFONOS DE LA FORTUNA

HACE nueve o diez años, en una emisora de radio de Florencia se celebraba un sencillo y simple concurso cultural. Consistía en acertar las preguntas que el locutor hacía. Le tocó el turno a una muchacha. Había acertado, en premio simple, dos preguntas y tenía, por tanto, dos premios. De repente, sin que en el guión estuviera escrito, el locutor la hizo una proposición.

—¿Se lo juega usted todo a la próxima pregunta y si lo gana lo dobla?

La muchacha dijo que sí.

Acertó.

Ganó.

Había nacido el «Doble o nada».

El procedimiento se adopta casi con carácter de paternidad en Norteamérica, la gran tierra de la radio y la televisión, y empiezan a crecer, en un paralelismo sorprendente, las cifras de premios con las cifras de concursantes.

A España llega el «Doble o nada» allá por 1950. El primer locutor encargado de llevarlo a la práctica es Ferman. Es la famosa emisión de «Lo toma o lo deja» por la que se empieza por un euro, se sigue por dos y se continúa por cuatro en una adaptación radiofónica de la más simple teoría de las progresiones geométricas.

Ferman marcha a América y Eduardo Ruiz de Velasco le sustituye. Pototo marcha a Bilbao y, tras algunas sustituciones, un locutor de Radio Madrid será ya para siempre el que lleve estas competiciones invisibles: José Luis Pécker.

De aquel primer «Doble o nada» de José Luis Pécker en que un muchacho se llevó tres mil pesetas y que constituyó casi una bomba en el mundo de la radiodifusión hasta las doscientas cincuenta mil que hace exactamente tres días acaba de ganar el médico gaditano don Jesús



El doctor Salvá, en el coloquio de la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid

Salvá García, hay toda una larga y rica historia de alegrías, de ilusiones, de fracasos, de reclamaciones e incluso casi de sentimentales conflictos de pareceres públicos. En Bilbao el año pasado se alborotan los radiomantes con las sesenta mil pesetas que fallase una señorita que no contestara exactamente la pregunta de cuáles eran los nombres y apellidos de los firmantes del pacto de Munich. Otra vez son los de Albacete los que se inconforman ante la incierta sabiduría de un muchacho que contestara apresuradamente y sin certeza cuáles era los personajes de "Don Juan Tenorio".

Desde «Digame cuál es el río que pasa por Zaragoza» hasta «en qué ciudad europea no existen los caballos» los concursos radiofónicos españoles han preguntado no sólo lo de esta tierra, sino lo de más allá de los espacios en ayuda de introspección de la secreta vida de las estrellas de lo alto.

Y de aquellos concursos del inicial duro se ha llegado hoy a las cifras de medio millón de pesetas como el concurso que actualmente tiene en ejercicio la casa de productos alimenticios Gallina Blanca a través de la cadena de emisoras de la Sociedad Española de Radiodifusión.

EN TRES LIBROS ESTA CASI TODA LA CIENCIA

El 10 de octubre de 1956, miércoles, a las nueve de la noche, María Luisa Corraliza Iglesias, de Barcelona, es la que inaugura esta modalidad de propaganda radiofónica con temas claramente delimitados. La muchacha catalana, contestando a preguntas del tema "Wagner" gana exactamente quince mil pesetas.

Tres meses lleva en el aire el concurso «Medio millón» que equivalen a seis horas de pregun-

tas en todas las capitales de España sobre temas que los concursantes han señalado en una ficha que, cumpliendo las condiciones establecidas en las bases, enviaron bien a Radio Madrid, bien a la Delegación Central de la casa patrocinadora.

Unas seiscientas fichas esperan ser elegidas entre esas cincuenta que, cuando se agotan las anteriores, elige el notario; unas seiscientas fichas que abundan en los temas literarios y sobre todo en los biográficos y en las que los ríos de España, Cervantes, Cristóbal Colón, Lope de Vega, Napoleón y María Antonieta ocupan los primeros lugares, unas seiscientas fichas en su mayoría de Madrid y Barcelona, pero dos máximos provinciales en Zaragoza y Jerez de la Frontera.

Concursantes hay que envían no sólo una ficha, sino treinta y ocho, como Clemente Pérez Ferrer de Zaragoza, que ya ganó pesetas 15.000 con el tema "Goya", y que tiene ahora dispuestas otras cartulinas en espera de repetir la actuación con temas distintos y dispares; concursantes hay, por el contrario, que mandan las fichas iguales, como Magdalena Serrano García, también de Zaragoza que tiene tres fichas con "cantares de gesta"; concursantes hay que expresan su deseo de victoria, como esa madre de familia de Córdoba, María Remedios Torres Gutiérrez, que en las advertencias indica «Tengo dos niñas y necesidad de ganar pasta»; para todos la ilusión antes del comienzo.

Todos los miércoles, a las nueve de la noche, los radioescuchas españoles desean que el concursante elegido vaya acertando las preguntas que le son propuestas y que como María Luisa Corraliza, Clemente Pérez Ferrer, Emilio Guerra, María del Pilar Lobo o José Ramón Campoy, quese llevasen cada uno quince mil lindas pesetas, vea compensado su esfuerzo con la felicidad de los amigos fajos de billetes.

El archivo de ciencia que sale en las preguntas de las emisiones reposa en una biblioteca de unas veinticinco volúmenes en la Delegación de Madrid de Gallina Blanca.

Y más concretamente: de tres libros tan sólo han salido la mayoría de las preguntas que la comisión formada por don Mariano Povedano, don Manuel Aznar de Radio Madrid, y don Sebastián Alvarez, por la casa patrocinadora, han seleccionado. ¿Cuáles son estos libros? He aquí la mejor respuesta para el concurso, para este concurso en el que todo el mundo tiene posibilidad de participar —cosa que no ocurre en Italia, por ejemplo, donde a todos los concursantes se les hace un examen previo para determinar su grado de conocimientos o en Norteamérica, donde la emisora realiza una completa información de los futuros concursantes para ver si efectivamente están en condiciones de alcanzar el éxito—, para este concurso en el que la meta final es medio millón de pesetas y en el que un hombre de Cádiz, Jesús Salvá García, ha

conseguido la estupefante cifra de seiscientos cincuenta mil. Y con ella, la fama.

ESTUDIO NUMERO CINCO: CAPITULO TERCERO

Son las nueve de la noche del día 28 de noviembre de 1953. El estudio número cinco de Radio Madrid se encuentra totalmente lleno de público. Es la hora del comienzo de la emisión "Medio millón" de la casa de productos alimenticios Gallina Blanca. Las emisoras de la Sociedad Española de Radiodifusión que transmiten el programa están conectadas. Los millones de aparatos de radio de los hogares españoles también. Hay incluso una ciudad, a decir concretamente, que ha instalado públicos altavoces en las puertas de sus locales de bebidas y en las rotondas de sus comercios y espera, agrupada, impacientemente, el principio.

En el estudio número cinco de Radio Madrid, José Luis Pékter el locutor ha empezado a preguntar a los concursantes, concursantes de Madrid, de Barcelona, de España entera. Pero la emoción, la emoción «ensa y contenida», no se detiene apenas en las mil pesetas que uno se lleva o en los fallos que otro envía por los cables transmisores. La emoción está atenta a la actuación de un hombre, Jesús Salvá García, que va a ganar en aquella noche, si acierta, nada menos que ciento veinticinco mil pesetas o la opción para una nueva prueba en la que puede timar con la pertenencia de la cantidad final y patronímica del concurso: Medio millón de pesetas.

Son las nueve y cuarto de la noche. José Luis Pékter dice:

—Y ahora tenemos entre nosotros al hombre que lleva ganadas sesenta mil pesetas y que esta noche viene por las ciento veinticinco mil: el doctor Salvá.

Una ovación cerrada ha saludado a un hombre de treinta y nueve años, grueso, de abierto y simpático carácter, que se ha colocado ante el micrófono. De Cádiz han venido amigos suyos a verle actuar; de Cádiz ha venido también don Vicente del Moral, teniente de alcalde del Ayuntamiento gaditano: todos están nerviosos, denominador común.

El doctor don Jesús Salvá concursaba con el tema de "Puccini". El locutor de Radio Madrid, a las nueve y veintiséis minutos de la noche, hace la primera pregunta del sobre elegido:

—¿Qué autores escribieron el libreto para la ópera «Manon Lescaut» de Puccini?

El reloj comenzó a contar el tiempo: una cuenta inútil. El doctor Salvá dió tranquilamente la respuesta exacta:

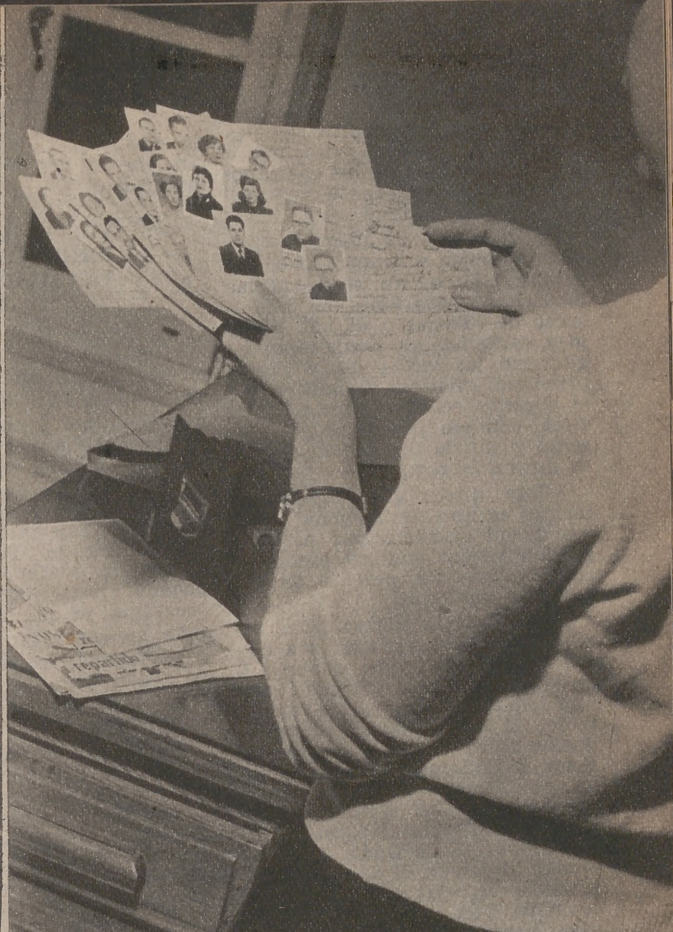
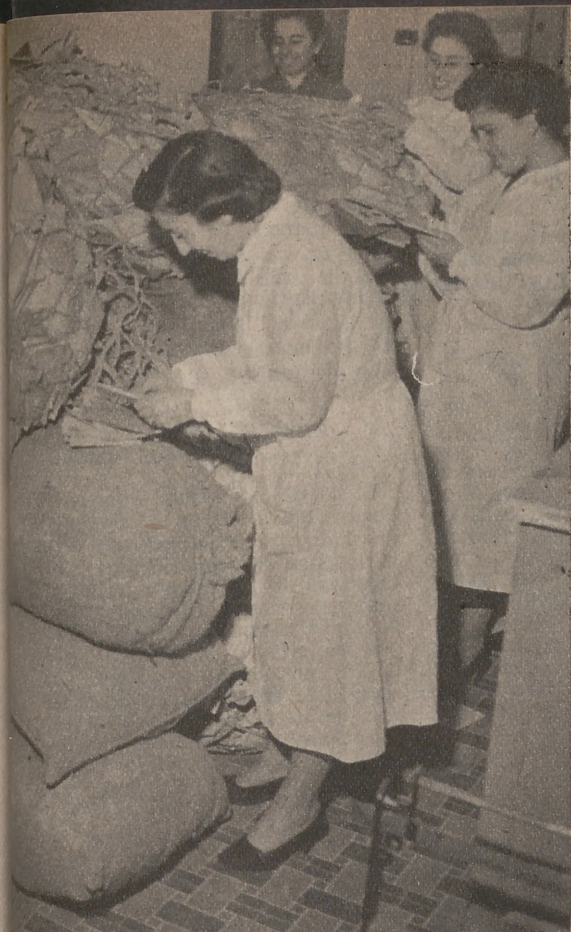
—Fueron cinco: Marcos Praga, Domenico Oliva, Olindo Malagodi, Giuseppe Giacomio y Luigi Illica.

Por la sala del estudio ha resonado el estruendo de una ovación compacta. Allí al fondo un «viva Cádiz» ha sido la rúbrica al éxito primero. José Luis Pékter el locutor ha leído el segundo papel:

—¿Que tenor estreno la «Fanciulla del West»?



El médico gaditano que se ha llevado el premio, durante una de sus actuaciones ante el micrófono



En la fotografía de la izquierda, los empleados de Gallina Blanca introducen en grandes sacos que contienen los sobres recibidos en sus concursos, las últimas cartas, ya recogidas las fichas. A la derecha, la señorita sostiene las fichas de los concursantes elegidas para próximas actuaciones

Jesús Salvá ha contestado antes del tiempo:

Enrico Caruso.

El abrazo sincero y emocionado del locutor de Radio Madrid ha cuerdado ahogado entre la salva estruendosa de aplausos y vivas que, prendidos en las ondas bertzianas, ha llegado a España entera.

Las calles de Cádiz se estremaron en el mejor conjuro de la alegría.

Queda todavía otra pregunta, otra pregunta en cuya contestación va implícita la seguridad o la probabilidad del éxito.

—Ha ganado usted ciento veinticinco mil pesetas. ¿Qué decide: doble o nada?

—Lo doble.

El doctor don Jesús Salvá García se ha limpiado el sudor de la frente, ha entrado en el salóncito contiguo al estudio y, ante la curiosa mirada de casi infinitos espectadores, se ha sentado a descansar. Abajo, en la calle, en la puerta principal de Radio Madrid, una auténtica muchedumbre espera, cual la salida de un torero famoso, la aparición de su favorito. Por una puerta trasera el doctor Salvá ha salido a la calle. Desengaño. Ahora nadie le ha visto, pero toda España, la España oyente de la radio, sabe su nombre y las razones de su triunfo.

CINCO MIL DISCOS PARA UN HOMBRE QUE NO PUDO SER TENOR DE OPERA

En los libros del Registro civil de Cádiz del día 15 de junio

de 1917 aparece inscrito un niño cuyo nombre es Jesús y cuyos apellidos son Salvá de primero y García de segundo.

El pequeño Jesús crece año a año, como todos los muchachos de todas las tierras; año a año también aprende cosas: aprende a leer, aprende a distinguir y a repetir conocimientos, como todos los niños de su edad; pero lo que el pequeño Jesús tiene de diferencia es la extraordinaria intuición musical que le lleva con sólo cinco años en su particular cuenta a cantar con su menuda voz el "Adiós a la vida", de "Tosca".

El padre del muchacho es un gran aficionado a la ópera; una afición que no pudiendo ser gustada directamente en la audición de representaciones de esta clase en la andaluza ciudad, se cultiva con las notas de discos de Caruso, Anselmi Tita Rufo..., que salían por el clásico altavoz de un viejo gramófono de bocina. La afición y los conocimientos del padre la van a heredar, pasando el tiempo y con personales resultados monetarios, aunque no precisamente en el ejercicio del bello canto, sus dos hijos, Luis y Jesús, que ya entonces saben, tan pequeños, calibrar, catalogar y distinguir un aria de una romanza.

En aquel ambiente musical el pequeño Jesús tiene un deseo:

—Yo quiero ser tenor de ópera.

Mas para ser tenor de ópera, desgraciadamente, hay que tener dinero y recursos en cantidad suficiente para poder no sólo estu-

diar en España, sino luego, ampliar la escuela en el país que es cuna de la ópera: Italia.

Es el padre, el que va a hablar a su hijo y el que le va a convencer de la conveniencia de elegir otra profesión que, de acuerdo con sus gustos y aptitudes, pueda rendirle en el futuro el justo beneficio económico que para vivir se necesita.

—¿Por qué no estudias Medicina, Jesús?

Y Jesús, el hijo menor, estudia Medicina.

Antes de que se termine la licenciatura, llega el año 1937. Jesús va a cumplir veinte años; la edad del servicio militar. Pero hace un año ya que el estudiante de Medicina ha dejado las clases de la Universidad para servir en el Ejército Nacional que reconquista España. El estudiante Salvá García se ha convertido en el telemetrista artillero de primera clase del cañonero «Dato», aquel minúsculo cañonero que un día pusiera en fuga a toda una flota enemiga en el Estrecho de Gibraltar. Tres años sobre las olas, junto al cañón, hasta que llega la victoria. Y con la victoria, dos años después el final de la licenciatura. En 1941 la Facultad de Medicina de la Universidad de Cádiz saluda a un nuevo doctor.

Pero en la vida del doctor, del joven doctor Salvá, hay un sitio especial, un sitio no olvidado, para la música, aquella vieja afición que heredara de su casa. Y junto a los libros de Anatomía, de Patología, de Técnica quirúrgica,

gica o de Medicina interna, se va formando, poco a poco, una excepcional discoteca de música clásica. En la formación interviene también, casi por partes iguales, su hermano mayor, y así, año a año, la discoteca de los gaditanos hermanos Salvá cuenta hoy casi con cinco mil discos.

La discoteca del doctor Salvá tiene también sus muestras de legítimo orgullo. No son sólo las modernas grabaciones en microsurco de «Tosca» o de «La bohème», cantadas por Beniamino Gigli, sino los viejos discos de la primitiva fonotipia italiana, como el «Spirito gentile» de «La favorita», cantado por el propio Anselmi y con la firma del divo en la misma etiqueta.

—Este disco, que, indudablemente, es uno de los más valiosos de mi discoteca por su antigüedad y por su intérprete, lo compré por dos pesetas en un baratillo gaditano.

En la calle de Torres, núm. 31, el doctor Salvá escucha sus discos favoritos. El oído que percibe las vibraciones sonoras tiene una triple cualidad: la del aficionado; la del artista, porque el doctor Salvá, si no la carrera de tenor, sí pudo estudiar la de piano, y la comprensión que da la cina. Por eso, en la calle de Torres, profesión de especialista en Medirres, núm. 31, de Cádiz, la bella ciudad andaluza, el doctor Salvá, junto a su discoteca, tiene su consulta. Una consulta de Medicina interna con la especialidad reumática—en el Hospital Mora, la sala de enfermos reumáticos estuvo por él largo tiempo dirigida—, que cuenta, es la verdad, por éxitos auténticos sus intervenciones. Intervenciones como aquella que el propio doctor considera la mejor, y en la que el señor Picó, un industrial de San Fernando, fué a verle en muletas, con reumatismo infeccioso, y sa-

lió andando, sin ellas, a los quince días de tratamiento.

Junto a la medicina, sin olvidarla, la música. Hasta que llega el día 19 de noviembre de 1956, en que el doctor Salvá llega a Madrid.

VEINTE DIAS EN MADRID, CON 600 PESETAS DIARIAS DE DIETAS

El miércoles, 21 de noviembre, en el Estudio número 5 de Radio Madrid, el doctor Salvá va a intervenir por primera vez. El es, entonces, para el público radioyente de España, un concursante de Cádiz que ha ganado ya 15.000 pesetas en el concurso del «Medio millón», de «Gallina Blanca» con el tema de «Puccini», y que ha venido a Madrid con gastos pagados para intervenir en el programa, ya que la casa, como a todos los concursantes que llegan a su fase, le paga, además del viaje, seiscientas pesetas diarias para gastos de hotel y de entretenimientos.

La escena que ocho días más tarde va a tener lugar, con caracteres de apoteosis, en este mismo Estudio, tiene también ahora su especial registro, aunque con una intensidad más baja. José Luis Pécker le ha hecho dos preguntas: una referida a la muerte de Puccini; otra, a unos versos de «Madame Butterfly». A las dos ha contestado exactamente el médico gaditano. Y, además, ha seguido en el concurso; junto con el dinero, la fama empieza a adquirir cuerpo de categoría.

Ocho días tiene el doctor Salvá para repasar sus conocimientos. Así lo hace en aquellas lechuzas primeras: en su habitación del madrileño hotel Avenida, el doctor Salvá repasa lo conocido y trata de descubrir lo que no sabe.

Mientras tanto, al hotel llegan las cartas y los telegramas. Cartas y telegramas de felicitación unos, de petición otros, de amor incluso algunos. Hay cartas que sólo dicen «Viva tu mare»; otras le preguntan si es soltero o casado; otras le piden parte del dinero futuro, pero entre todas, la carta de Enrique Hernández, que vive en el número 101 de la calle de García Morato de la capital de España, es la que gana más fuerte que ninguna, el corazón del concursante. Enrique Hernández decía así: «Soy un muchacho de dieciséis años y estoy paralítico de cintura a abajo, interesándome las dos piernas. Debido a esta desgracia escucho todos los programas de radio y oí su llamada y me emocioné grandemente y conmigo mis padres y hermanos. Y eso no fué nada con lo del miércoles, pues casi me hizo saltar las lágrimas de emoción cuando dijo aquello de su difunto padre, por lo cual le doy mi más sentido pésame—el día que el doctor Salvá acertaba por teléfono una de las melodías misteriosas fallecía el buen padre que llevara a sus hijos aquella afición a la música

clásica—. Le felicto de verdad y le deseo el triunfo de todo corazón y quiero de usted una fotografía dedicada para conocerle, puesto que ya le he dicho anteriormente que no puedo tener el placer de visitarle para estrecharle su mano.»

El doctor Salvá aquel día no estudió, sino que fué a ver al pequeño Enrique, y no sólo le apretó la mano, sino que le dió un abrazo muy grande que le estrechó el corazón.

PROMESA EN LA CIFRA DEL PREMIO FINAL

El 29 de noviembre, jueves, el doctor Salvá puede decirse que ha sido entrevistado por todos los periodistas de Madrid; que los objetivos de las máquinas de los fotógrafos han visto pasar el haz de rayos de su luminosa figura; que los cajistas de las imprentas de los periódicos españoles han compuesto en sus titulares las letras de su nombre y que las estereotipias de los talleres tipográficos han prensado en los cartones el motivo de la popularidad conseguida.

En Madrid, el doctor Salvá ya estudia menos; y estudia menos porque son los compromisos, las excursiones en que figura como invitado, las entradas regaladas para los espectáculos, las gestiones para conseguir un automóvil que cristalizan en el ofrecimiento de la F. A. S. A. de Valladolid o los coloquios en la Escuela de Periodismo los que van ocupando, poco a poco, su tiempo diario.

Así hasta que llega el miércoles, 5 de diciembre. El doctor Salvá se va a someter a la doble prueba de acertar lo que se le pregunte y de resistir a la tentación y cumplir la promesa que él mismo se ha hecho de no pasar de las 250.000 pesetas.

Esta vez sí que la radioyente de España entera, sin excepción, está pendiente del resultado. Son las nueve de la noche del día 5 de diciembre. No cabe nadie en la sala. Ya han actuado otros concursantes. José Luis Pécker está, como siempre, al micrófono. Ha aparecido el doctor Salvá y las manos en el aplaudir, le han deseado la esperanza. Esta vez el doctor Salvá está un poco pálido y el sudor que en los días pasados llegase hasta la punta de los dedos corre en cantidad triplemente repetida. El tema es «Puccini». José Luis Pécker ha recibido, de manos de una persona del público, el sobre escogido de las preguntas.

Han pasado cuatro minutos: preguntas, respuestas, ovaciones, abrazos, emoción, vítores.

El doctor don Jesús Salvá García, médico del Seguro de Enfermedad de Cádiz, ha ganado, como prometió, doscientas cincuenta mil pesetas.

J. María DELEYTO

(Fotografías de Mora.)



«Mi hermano sabe todavía más música que yo»



CARTA BLANCA A IVAN SEROV

LA ORDEN 001223 APLICADA A LOS PAISES SATELITES

LOS BALKANES EN EL PUNTO DE MIRA DE LA POLITICA SOVIETICA

EUROPA ha estado a punto de ser invadida por el Ejército soviético durante los primeros días del pasado mes de noviembre. Esta sensacional revelación se acaba de hacer en la Embajada polaca de Moscú.

Esa gran oportunidad a que hace referencia el indiscreto di-

plomático de Polonia se da en las horas que siguen a la iniciación de las hostilidades en la zona del Canal. Están entonces las más adiestradas unidades británicas en Chipre; hay en la isla cien mil soldados ingleses, y entre ellos los de la VII División, imprudentemente retirada de Ale-

mania occidental. Los franceses tienen en ese momento a 300 000 combatientes desplegados por tierras argelinas, y a sus mejor equipadas escuadrillas aéreas volando bajo el cielo soleado de Egipto. La línea de cobertura de Europa se halla prácticamente desguarnecida. Tan sólo las bases

americanas representar un obstáculo serio contra la incursión enemiga.

Frente a estos efectivos reducidos, Moscú tiene en pie, con la bala en la recámara, nada menos que 27 divisiones en Alemania oriental, siete en Polonia, quince en Hungría y dos en Rumania. Y dispuestas a entrar en fuego un total de 175 divisiones acampanas en los espacios soviéticos.

Respaldo por la superioridad de sus legiones, el Gobierno de Moscú no duda en lanzar entonces un insolente ultimátum a Londres y otro a París. Saben en el Kremlin que las potencias occidentales se hallan en desacuerdo por la censura norteamericana a las operaciones militares en Egipto. Es una coyuntura de excepción.

En Moscú esperan con ansiedad la reacción del mundo libre a conocer aquellos mensajes cominatorios. Sin embargo, la respuesta de los países miembros del Pacto del Atlántico es un silencio desconcertante. No se alza entre ellos ni una sola voz para contestar con gallardía. Por el contrario, los movimientos de las tropas rusas son cada hora que pasa más amenazadores. Las concentraciones militares en Hungría exceden con mucho a las necesidades que impone la rebelión de los patriotas sin armas y sin organización. Todo parece indicar que Moscú va a dar a orden de ataque.

Pero habla entonces un general. Es Gruenther, quien al dejar el mando de la O. T. A. N., contesta tajantemente a Rusia: «El menor movimiento fuera de su órbita constituiría para ella un suicidio.»

Se sabe ya que Krustchev «perdió la serenidad de ánimo» al recibir esta réplica. Occidente no sería una presa fácil. Los países satélites, mientras tanto, se soliviantaban y se producían movimientos en ellos para seguir el ejemplo de Hungría. Era imprescindible consolidar las posiciones soviéticas en Europa, reforzar con las tropas destinadas a avanzar sobre el Continente las guarniciones de los territorios sometidos.

Una acción enérgica y sin miramientos sería el único remedio para evitar que se cuarteara el sistema imperial de Moscú. Con procedimientos drásticos había que salvar el sistema militar de la U. R. S. S., aunque la idea política del comunismo quedase maltrecha y desprestigiada a los ojos del mundo exterior.

Y así, para sentar la mano al heroico pueblo húngaro, para poner punto final a su «dos de mayo», el Kremlin envía a Budapest al chequista Serov, el «mago de las represiones».

IVAN SEROV, A ORILLAS DEL DANUBIO

Moscú recoge el guante arrojado por los húngaros rebeldes. Para ellos tiene una respuesta: el general Iván Serov. Es el hombre indicado para imponerse al pueblo magiar y para proyectar una sombra amenazadora sobre las restantes naciones esclavizadas que intenten sacudir el dominio soviético.

La hoja de servicios de este verdugo no tiene par ni entre los directores de las más renombradas «purgas» comunistas. En los días en que Moscú sometía a sangre y fuego la resistencia de los campesinos de Ucrania, Ivan Serov se acredita ya como el más inflexible de los perseguidores. Gracias a su actuación, cayeron cientos de miles. En 1939, con el desmembramiento de Polonia, se le brinda otra oportunidad y supervisa la deportación de millón y medio de polacos a Siberia.

Su competencia está acreditada a partir de ese momento. Stalin descansa en él para exterminar en masa a los habitantes de Estonia, Letonia y Lituania. El general Iván Serov es el autor, de puño y letra, de la triste y al mismo tiempo famosa orden número 001223, que establece las directrices para liquidar a la población de aquellos países bálticos y abrir esos territorios a la inmigración soviética, con lo que se eliminaba, para siempre, toda posibilidad de reivindicar la independencia.

Ganijo y de movimientos nerviosos, enérgico y con ojos entre grises y azules, Iván Serov llega a Hungría para aplastar la rebelión. Aunque se mantiene en una discreta penumbra, su técnica policíaca proclama públicamente que el «mago de las represiones» trabaja a orillas del Danubio. Su primera preocupación es reconstruir las filas de la Policía secreta, diezmaías y quinqueadas por los húngaros en los momentos de la lucha. Reagrupa a los supervivientes y los encuadra en una organización vestida con uniformes de nuevo diseño, pero inspirada en los mismos principios de la A. V. H. antigua. Como lugarteniente está a su lado el general húngaro Lazzlo Piro, ministro del Interior en los días del «premier» Gere y seguidor de los sistemas stalinistas.

El trabajo para las huestes de Serov es abrumador. Cualquiera que haya cumplido más de cuarenta años es una víctima en potencia. La Policía secreta rastrea el país para detener a miles de sospechosos. En Budapest se ha habilitado la estación sustránea de Vermezo para recoger la carga humana que arrojan los camiones conducidos por los agentes de Serov. De allí son sacados los prisioneros al amparo de la noche y encerrados luego en vagones de ganado para el viaje a Siberia. Es esta la técnica policíaca que dió siempre fama y nombre al «mago de las represiones».

TROZOS DE PAPEL SOBRE LA ESTEPA HUNGARA

Mientras Iván Serov lleva a cabo su trabajo, el mundo occidental discute con amargura en las Naciones Unidas. Tres empíricas propuestas se han acordado en la Asamblea, y de haberse llevado a la práctica todas ellas, se hubiera aliviado la situación del pueblo mártir de Hungría.

Una de las tres, iniciada por el bloque afroasiático, reclama autorización al Gobierno de Budapest para admitir la presencia de observadores de la O. N. U. en territorio magiar. La respuesta de Rusia, por boca de los ministros húngaros, ha sido un no categórico. Habían votado a favor de esta propuesta 57 países contra ocho.

La segunda resolución adoptada sobre Hungría en la organización mundial solicita que se ponga fin a las deportaciones a Rusia. Votos a favor de esta iniciativa, 55; en contra, diez. Resultado práctico es que Serov sigue trabajando con plena libertad de movimientos.

El tercer acuerdo, propuesto por Argentina, pide que se amplíe la ayuda de las Naciones Unidas a los refugiados húngaros que lleguen a los países libres y que exceden en estas fechas de los cien mil. Se ha aprobado esta iniciativa por 49 votos contra dos y ocho abstenciones, de las delegaciones prosoviéticas. Este acuerdo se llevará a cabo a través de la Alta Comisaría de Refugiados y del organismo U. N. I. C. E. P.

Mientras que Serov prosigue celosamente la «purga» del pueblo magiar, el Gobierno de Kadar agota todos los procedimientos para someter a los húngaros. El



Yukov, Molotov y el mariscal Koniev, durante una de las reuniones de las potencias del Pacto de Varsovia, reunidas en Praga

viento helado de la estepa arrastra trozos de papel en los que se pide que comuniquen a tal o cual familia la deportación de un esposo o de un hijo cautivo, que es conducido a Rusia. Estos dramáticos anuncios son arrojados por las rendijas de los vagones de ganado en su camino hacia Siberia.

Pero los húngaros siguen sin someterse; las huelgas han paralizado la vida entera de la nación. En Osepel los obreros regresaron al trabajo solamente para fabricar tres mil bicicletas y reemplazar así las que les habían robado los soldados y los agentes de la Policía secreta. En las zonas de Tatabanya y de Pecs, los mineros siguen resistiendo a las fuerzas comunistas. La radio Europa Libre registraba recientemente todavía una llamada lanzada al aire por una emisora húngara:

—Atención, trabajadores! Manténeos en pie... Las horas del régimen de Kadar están contadas...

Sin embargo, el país está gravemente herido. En un solo cementerio de Budapest hay más de 12.000 nuevas tumbas. El temple del pueblo se mantiene firme, pero la sombra siniestra de Serov y la corriente ininterrumpida de deportaciones están surtiendo efecto. Y no sólo en Hungría, sino también en los demás países satélites.

PIROPOS Y GALANTEOS EN EL PALACIO OBRENOVIC

Tal vez sea Tito el personaje comunista que ha encajado más directamente el golpe de la represión capitaneada por Serov. El cabecilla yugoslavo se ha retirado a su palacio de la isla de Vanga, en el Adriático, para meditar sobre la tormenta que puede desencadenarse sobre su cabeza.

Allí está recluso, bien guardado por su Policía personal. Las horas transcurren llenas de presagios, lentas y monótonas, a pesar de la escogida colección de botellas con vinos croatas del pasado siglo, que almacena en la bodega de la suntuosa residencia.

Se entretiene el cabecilla comunista preparando él mismo las innumerables tazas de café que injiere diariamente. Es un consumidor empedernido de este brebaje, que cuece al estilo turco. Es también exigente para la comida y fuma sin cesar cigarrillos preparados expresamente para él con un tabaco suave y aromático.

Tumbado al sol en la terraza de su palacio, desde la que se divisa el mar, Tito madura sus planes para hacer frente a la coacción de Moscú. Sabe que el Kremlin ha hecho oídos sordos a su airada protesta por el rapto de Nagy y sus compañeros refugiados en la Embajada yugoslava de Budapest. No ignora tampoco los movimientos de las tropas soviéticas en Hungría, a lo largo de las fronteras con su país. Le llegan informes de que son veinte divisiones rusas las que se hallan desplegadas por esa región.

Tito tuvo miedo y dió marcha atrás en sus relaciones con los hombres del Kremlin. Después de censurar violentamente la política rusa de represalias en Hungría, se ha deshecho en protestas de amistad hacia el equipo que manda en la U. R. S. S. con métodos y sistemas que el mismo Stalin suscribiría como propios. En vis-



Escena en Belgrado. Detrás, un policía soviético observa al fotógrafo

ta de que en Moscú no se muestran muy propicios a tomar en consideración las declaraciones amistosas del dictador yugoslavo, éste vuelve a encender la mecha de la polémica. Por radio Belgrado se dice nuevamente que el Gobierno de Kadar está actuando con los más acreditados métodos stalinistas. En un editorial del diario «Politika» se escribe que el sistema de Stalin y de sus secuaces no se limita exclusivamente al vicio del culto a la personalidad, sino que hay que considerar también entre sus errores una Administración caótica y unas directrices desastrosas para mantener las relaciones de la U. R. S. S. con los pueblos de Europa oriental. Se añade aún: «Estamos convencidos de que el camino iniciado por Yugoslavia es bueno y el único conveniente para todos».

Para celebrar la fiesta nacional, Tito ha de trasladarse a Belgrado desde su isla envuelta por las olas blandas del Adriático. Allí recibe en su palacio de la capital a la Fianza Mayor del régimen.

—Hay alguno de vosotros que se divierte poco y veo caras largas. Nada, señores; comed, bebed y estad alegres—dice Tito, pa-

seándose entre sus invitados, mientras hace un gesto con la mano para animar a la concurrencia.

En el salón circular del palacio Obrenovic está la primera dama de Yugoslavia sonriendo mecánicamente, con expresión nerviosa. Viste un traje de seda natural, color tabaco.

—Su rostro alegre, señora, es la mejor propaganda del régimen.—es el piropro en labios de Rankovic, ministro de la Policía, dedicado a la señora de Tito.

El dictador comunista hace una reverencia versallesca al escuchar la frase galante y pasa su mano derecha por la frente. Sus pensamientos rondan en esa hora lejos del salón circular del palacio Obrenovic.

EL SISTEMA DE LOS COMPARTIMENTOS ESTANCOS

La jugada que planea Tito es infundir nuevo aliento a la alianza balcánica, suscrita por Yugoslavia, Turquía y Grecia en agosto de 1954. El acuerdo había perdido su vigor al producirse la tensión grecoturca, por las reivindicaciones de estas dos potencias sobre la isla en litigio de Chipre.

Tito quiere responder a los movimientos de tropas rusas en las proximidades de las fronteras yugoslavas con un espectacular abrazo con las autoridades de Atenas y Ankara. Una delegación militar griega se encontraba en esos momentos de la fiesta de palacio camino de Belgrado, presidida por el adjunto del jefe del Estado Mayor, general Laspias. El primer ministro de Grecia estaba invitado también para acudir a Belgrado el día 4 de diciembre.

Otro punto de fricción para reanudar la Alianza Balcánica radica en el recelo existente en Turquía hacia Yugoslavia, desde que Tito inició su política de acercamiento al Kremlin el pasado verano. Pero el comunista se muestra dispuesto a dar toda clase de explicaciones a los turcos, y para ello Tito ha enviado un mensaje personal al presidente Ujeial Bayar.

Las maniobras del «enfant terrible» del comunismo, los manejos de Tito, son verdaderos latigazos en pleno rostro para Krustchev y Bulganin. La pareja soviética se las ven y se las desean para propinar un correctivo ejemplar al dictador de Belgrado. Conocen bien que en Yugoslavia está el epicentro de la agitación que ha conmovido a los países satélites. Es el laboratorio donde se cultivan todos los gérmenes titoístas que están a punto de minar el sistema montado por los militares moscovitas para servir de escudo a la U. R. S. S. Polonia ha querido seguir la línea apuntada por Belgrado para independizarse del Kremlin y la misma tendencia se ha desarrollado en Hungría hasta provocar el levantamiento del pueblo. Rusia no está dispuesta a continuar resbalando por esa pendiente.

Moscú se ha visto obligado por los acontecimientos húngaros, y por los manejos de Tito, a alzar no el «telón de acero», único que marcaba la línea divisoria entre los espacios soviéticos y el mundo occidental sino un complicado sistema de telones para aislar con sus mallas todos y cada uno de los países sometidos. Ha tenido que hacer de Hungría y de Polonia, de Rumania y de Bulgaria, de Alemania oriental y de Albania, compartimientos estancos. Es el remedio de urgencia para impedir la contaminación general. Las divisiones soviéticas corriendo a lo largo de las antiguas fronteras son el recurso de la profilaxis. No solamente atienden a garantizar la sumisión de los pueblos esclavizados, sino también a evitar el trasiego de con-

signas y doctrinas de un país a otro.

Queda en el aire la incógnita de si esos compartimientos son impermeables o porosos. Si la crisis podrá ser localizada o se extenderá a todas las naciones sometidas. Lo indudable en esta hora es que la frontera de Rumania con Hungría ha sido cerrada a cal y canto. En Bulgaria está en pleno apogeo una «purga» de elementos titoístas, con el país aislado del resto del mundo. En Checoslovaquia se detiene sin contemplaciones a ciertos «espías» y simpatizantes de húngaros y polacos. Hasta Albania, el benjamín de los satélites, ha llegado la política de «mano dura», puesta en práctica por el Kremlin.

ALBANIA, PARIENTE POBRE DEL COMUNISMO

Moscú no podía olvidarse en estos difíciles momentos, de Albania, verdadero puñal clavado en el flanco de Yugoslavia. Para atenazar a Tito, el Gobierno soviético no se ha limitado solamente a alinear veinte divisiones en la frontera húngara con el feudo de Belgrado. Los rusos se han movido rápidamente en Albania, donde cuentan a su favor con la intransigencia de los dirigentes comunistas de este país.

El fenómeno comunista de Albania se explica por su aislamiento del bloque oriental y del occidental, aumentado aún más por la postura titoísta de Belgrado. Albania ha estado viviendo desde la posguerra como encerrada en una campana neumática. El resultado es que están allá intensamente «rusificados», fieles al recuerdo de Stalin y animados del celo de los neófitos. Los últimos para ingresar en el Komintern, los parientes pobres del comunismo internacional, los comunistas albaneses, cuyo número era ridículamente pequeño en 1939, se ven obligados a estrechar sus filas si han de seguir dominando al país.

La ejecución del cabecilla Kocchi Dodze y de todos los elementos simpatizantes de Yugoslavia vació el partido de sangre, tanto más preciosa ésta dado que los cuadros comunistas albaneses son reducidos. El Instituto Lenin, de Tirana, no ha sido capaz todavía de constituir el plantel de técnicos que requiere el régimen. Quiénes están en el Poder ahora experimentan la sensación de soledad y abandono.

La política comunista de Albania se ha limitado a censurar y condenar la herejía de Tito. El equipo rojo que gobierna en Ti-

rana desconfía profundamente de Yugoslavia. Esto es una historia que arranca de junio de 1940, cuando el V Congreso Comunista del país vecino resolvió separar la región albanesa de Kosovo-Metochia de la región de Montenegro, con el fin de facilitar el desarrollo del partido comunista de Albania. El camarada Popovic fué el encargado de ligar los tres grupos rojos de Korca, Scutari y Tirana.

Lograda posteriormente la unificación de los cuatro grupos comunistas, los simpatizantes de Yugoslavia realizaron activas gestiones, amparados en la ayuda que ese país otorgaba a Albania, para propagar la idea de constituir una república albanesa integrada a Yugoslavia. Todavía hoy, los gobernantes de Tirana acusan a sus vecinos de intentar imponerse para realizar el proyecto.

Moscú ha jugado su carta política en Albania alimentando el recelo de este pueblo contra los yugoslavos, mucho más poderosos. Para descartar todo peligro de rebelión en Albania, el Kremlin ha dado orden en estos días de arrestar a los pocos elementos sospechosos de desviacionismo político, y los más destacados de ellos han sido pasados por las armas sin mayores contemplaciones.

Enterado de estos hechos, Belgrado envía a Tirana un comunicado oficial pidiendo explicaciones por el fusilamiento de un súbdito yugoslavo y otros dos albaneses, una mujer entre ellos, la camarada Liri Ghega, fundadora del partido comunista albanés y miembro del Politburo.

La respuesta es formularia, y Moscú exige a Tirana que extreme sus precauciones. Así se apunta dos tantos con el mismo esfuerzo: asegurarse la sumisión de Albania y estrechar el cerco en torno a Tito.

Los rusos tampoco se han dormido en Rumania. La primera medida puesta en práctica ha sido acuartelar a los 300.000 soldados rumanos y retirarles el armamento. Luego se han cerrado herméticamente las fronteras con Hungría y Yugoslavia.

El Kremlin extrema más aún sus precauciones y llama a Moscú a una delegación del Gobierno de Bucarest, a cuya cabeza figuran el primer ministro, Chivu Stoica, el ministro de Finanzas y el de Comercio Exterior, Krustchev y Bulganin no quieren ser sorprendidos por una reacción popular semejante a la de Polonia o Hungría.

Por los dirigentes que integran el grupo negociador, parece desprenderse que los políticos rumanos acuden a la capital de Rusia con la mano tendida, solicitando la limosna de sus amos. La situación interior es gravísima: faltan viveres, la industria sufre un embotellamiento que paraliza casi todas las actividades. Hay miseria y hambre, escasez de artículos de consumo, falta de carbón y de materias primas. El intercambio comercial con la U. R. S. S. es un expolio de las pocas riquezas del país.

Políticamente, las relaciones entre Bucarest y Moscú siguen siendo las mismas que imperaban en la época de Stalin. La explotación de los recursos petrolíferos

Unidades soviéticas en Bulgaria





Desfile de unidades soviéticas por las calles de Praga

se hace bajo la figura jurídica de «Sociedad mixta», que encubre el control absoluto de los soviéticos de esta fuente de riqueza vital para el país rumano.

Cuando la delegación rumana llega a Moscú el 26 de noviembre, están en la estación Bulgárin, Mikoyan y Saburev, bien enfundados en sus abrigos largos hasta los pies y con las cabezas cubiertas con una especie de fez de piel, prenda ésta que sigue siendo la quintaesencia de la moda moscovita.

A poco de saltar a tierra los delegados rumanos, fuerzas militares de la guarnición de Moscú desfilan ante los huéspedes a paso de parada, haciendo temblar el adoquinado con sus pisadas arrogantes según el «estilo» oca prusiano.

El 30 de noviembre tiene lugar una recepción de gala en la Embajada rumana como despedida de los dirigentes de Bucarest. Asisten Krustchev, Bulgárin, Molotov, Mikoyan... El «premier» rumano alza su copa:

—El espíritu de amistad y comprensión que ha presidido nuestras reuniones son la expresión sincera de los lazos fraternales que ligan a nuestros dos países.

Bulgárin replica mecánicamente:

—El estrechamiento de nuestras relaciones confirma la tradicional amistad rumanosoviética que es la mejor garantía para la paz en estos momentos en que las fuerzas de la reacción se afanan para llevarnos a la guerra.

Hay intercambio de sonrisas entre los amos rusos y los siervos rumanos, y después se acerca un periodista al «premier» Chivu Stoica:

—¿Puede dar una información

sobre el paradero del ministro húngaro Imre Nagy, de quien nada se ha vuelto a saber desde que salió de la Embajada donde estaba refugiado?

—No hay cosa que añadir a lo publicado por la nota del Gobierno húngaro, en la que se dice sin lugar a dudas que el ex ministro ha buscado asilo voluntariamente en Bucarest.

El silencio en el paradero de Nagy será tan ignorado por el dirigente rumano como por el resto del pueblo húngaro, en los momentos que se hace la declaración. Nunca fué hábito del Kremlin dar cuenta de sus hechos a los Gobiernos satélites.

«PURGAS» EN LOS PAÍSES SATELITES

Los rumores se marchan de Moscú el día 4 después de reforzar las amarras que fijan al país con el Kremlin. Ceden el puesto que ocupan en el hotel moscovita a una delegación búlgara. El 5 de diciembre se reúnen otra vez en la estación los dirigentes del Kremlin, bien enfundados en sus abrigos que llegan hasta las botas y bien cubiertas sus cabezas por el fez de oca. El mismo «paso de oca» para rendir honores a los representantes del Gobierno tífere de Sofía.

A espaldas de estos comunistas queda también el pueblo búlgaro que es, entre todos los dominados por la U. R. S. S., el de más bajo nivel de vida y el que sufre más privaciones. Para yugular todo brote de rebeldía, la Policía soviética ha operado con «carta blanca» para liquidar las manifestaciones titoístas. País éste que no tenía sobre el territorio unidades militares soviéticas, ha sido

invadido por efectivos blindados y motorizados. Las fronteras con Yugoslavia y Rumania han sido rigidamente clausuradas.

En Checoslovaquia se han dado asimismo síntomas de agitación. Se ha hecho pública la captura de una red de espionaje y las «órdenes de los servicios de información estadounidenses». Es éste el décimo presunto caso de espionaje anunciado por Radio Praga desde el día 1 de octubre. Según esa misma emisora, entre los detenidos está el estudiante de Medicina Vladimír Maticka, que había huido a Alemania occidental un año antes. El delito más grave de que se le acusa es haber obtenido fotografías en microfilm en el trayecto de tren que va de Praga a Nuremberg. Como es casi una circunstancia inevitable de toda organización de espionaje, los comunistas declaran que han sido detenidas también tres mujeres.

Ninguno de los países sometidos escapan a la conmoción que han producido los acontecimientos de Hungría. Son muchas las cosas que marchan mal en el mundo soviético, pero esta misma circunstancia es motivo más que justificado para que el mundo libre esté alerta y abra bien los ojos. Las reacciones del gigante que siente perder su poderío, como las reacciones del hombre tímido, son siempre imprevisibles, extemporáneas y sin justificación lógica. Así, nada tiene de extraño que un diplomático parlanchín e indiscreto haya declarado en la Embajada polaca de Moscú que Europa estuvo a punto de ser invadida en el pasado mes de noviembre por los Ejércitos soviéticos.

Alfonso BARRA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

DOBLE O NADA



250.000 PESETAS
EN LA MALETA
DE UN MEDICO
DE CADIZ

LAS 4 NOCHES
DEL Dr. SALVADOR
GARCIA, ANTONIO
LOS MICROFONOS
DE LA FORTUNIS